

DIARIO DE UN MISIONERO MÁRTIR

SANTIAGO MARTÍN

EL SILENCIO DE DIOS

CUANDO DIOS PARECE GUARDAR
SILENCIO ANTE LOS DESMANES
DE LOS HOMBRES



Biografía

Santiago Martín es un sacerdote católico. Nació en Madrid en 1954. Licenciado en Biología, teología Moral y Periodismo. Autor de una decena de libros de espiritualidad, es también fundador de una asociación católica, los Franciscanos de María, dedicada al trabajo voluntario y gratuito con todo tipo de marginados y que está ya presente en seis naciones.

Se estrenó en las artes del periodismo y la escritura de la mano de uno de los grandes del último tercio del siglo XX: José Luis Martín Descalzo. Este extraordinario sacerdote y brillante periodista le llamó a trabajar con él, primero en ABC y luego en TVE, empresas en las que continuó prestando sus servicios a la muerte, en 1991, del que fue su maestro.

El silencio de Dios

Diario de un misionero mártir

Santiago Martín

ÍNDICE

Primera edición en esta colección: noviembre de 1999

© Santiago Martín, 1999

© Editorial Planeta, S. A., 1999

Corcega 273-279 - 08008 Barcelona (España)

Edición especial para Bestsella, S. A.

Diseño de cubierta: Enric Jardí

ISBN 84-08-03364-6

Depósito legal: B. 42.712 - 1999

Impresor: Rotoplec

Impreso en España - Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Introducción	7
UN VERANO DIFERENTE	15
TREINTA DÍAS DE OTOÑO	139
DIEZ DÍAS PARA EL PARAÍSO	185
Mártires, testigos de Cristo	203
Julio Rodríguez Jorge	215
Han dicho de él	219
Sus pensamientos	223
SED, una ONG marista	235

INTRODUCCIÓN

El 8 de noviembre de 1996, a media tarde, una noticia empezó a recorrer los circuitos informativos del mundo: han asesinado a tres o cuatro misioneros maristas, de origen español, que prestaban servicios educativos y religiosos en uno de los campos de refugiados situados en la frontera entre Ruanda y Zaire. Me encontraba en ese momento en mi puesto de trabajo, en la redacción de *ABC* y, aunque este tipo de asuntos suele ir destinado al área de información internacional, fui requerido para echar una mano y contactar con quien pudiera ampliarnos la información. La opinión pública española estaba muy sensibilizada hacia lo que estaba pasando en Ruanda —de hecho, en nuestro país se habían recaudado generosos donativos— y el interés aumentaba al tratarse de la muerte de varios compatriotas.

Mi sorpresa fue grande cuando, entre la lista de los implicados, apareció el nombre de Julio Rodríguez Jorge. Aunque sobre él se cernió durante varios días una luz de esperanza, pues se dudaba si también había sido asesinado o si había logrado huir, empecé desde el primer momento a experimentar una intranquilidad aún mayor debido a que Julio había sido compañero mío durante muchos años e incluso, de alguna manera, yo había tenido una cierta responsabilidad sobre él.

Para explicarlo hay que remontarse a muchos años atrás. Julio y yo participábamos, junto a otros jóvenes religiosos de diferentes congregaciones, en una experiencia bastante original que consistía en llevar a la práctica aquí en la tierra la unidad que los fundadores de esas mismas congregaciones viven ya en el cielo. Bajo la tutela y la inspiración del Movimiento de los Focolares, pequeños grupos de religiosos se reúnen semanalmente en todo el mundo para intercambiar experiencias personales basadas en la espiritualidad de la unidad propia de dicho movimiento, y en la específica espiritualidad de la congregación a que pertenece cada uno de esos religiosos. La iniciativa, enormemente enriquecedora para los que la practican, no está exenta de riesgos y, desde luego, de críticas por parte de algunos compañeros y superiores, los cuales con frecuencia insinuaban que no estábamos siendo fieles a nuestro propio carisma y que estábamos «sirviendo a dos señores».

Al margen de si la experiencia —aprobada, con algunas limitaciones, por la Iglesia— es o no correcta, puedo decir que tanto para Julio como para mí y para tantos otros jóvenes religiosos resultó algo maravilloso e inolvidable. Entre los que periódicamente nos reuníamos para poner en común nuestras vivencias de la última semana —y no nuestras teorías o fáciles reflexiones— se creó una fraternidad espiritual e incluso humana que ni el paso del tiempo ni el haber dejado de participar en esa experiencia ha logrado deshacer.

Después Julio se marchó a África y, aunque los dos seguíamos compartiendo el mismo ideal de la unidad puesto en marcha por el Espíritu Santo a través de Chiara Lubich, perdimos la pista el uno del otro.

Así estaban las cosas hasta que, tantos años después, un teletipo volvía a situar delante de mis ojos la vida, y quizá la muerte, de un querido y viejo hermano. En cuanto pude, el primero de los días en que dis-

puse de espacio para publicar uno de mis habituales artículos en *ABC*, me referí a la tragedia desatada en Nyamirangwe —nombre del campo de refugiados en el que los maristas prestaban sus servicios— y también hice alusión a mi amistad con Julio y a los recuerdos entrañables que guardaba de él.

No mucho tiempo después, uno de los provinciales maristas de España, el hermano Adolfo Varas, se puso en contacto conmigo para sugerirme la publicación de un libro que recogiese sobre todo la profunda espiritualidad que animaba a Julio Rodríguez. Se trataba no sólo de explicar qué había pasado y por qué, lo cual por cierto estaba en vías de publicación en un magnífico libro escrito por Manuel de Unciti. Debía intentar entrar en el alma de una criatura que había ido a África por amor, que a pesar de las enfermedades que el estar allí le provocaban volvía reiteradamente y que, por fin, había encontrado la muerte en «acto de servicio», acto que posiblemente la Iglesia algún día considerará martirio.

Entrar en el alma de alguien es simplemente imposible. El riesgo es total. Sin embargo, si había una posibilidad de conseguirlo haciendo pocos destrozos, esa posibilidad estaba en mi mano o en la de algunos de los que habíamos compartido durante tantos años las más íntimas experiencias espirituales, tal y como me dijo el hermano Varas. Efectivamente, la práctica llevada a cabo semana tras semana y año tras año de poner en común lo que habíamos hecho siguiendo el método de la «palabra de vida» —una meditación ofrecida por Chiara Lubich como alimento espiritual para todos los miembros del movimiento de los focolares— me permitía conocer los resortes internos que Julio poseía, las motivaciones que él tenía para permanecer en África, e incluso los apoyos espirituales que él podía haber encontrado para seguir adelante en los momentos de mayor dificultad. Para convencerme de que el muchacho que yo conocí era esencialmente el mismo que había muerto en Nya-

mirangwe, el provincial marista me entregó una colección de cartas que Julio había enviado a distintas personas y que, en esos primeros días, había recopilado apresuradamente. Al leerlas no me cupo la menor duda de que Julio no había cambiado y, a la vez, que yo tenía el deber moral de hacer saber al mundo la extraordinaria personalidad que se escondía en aquel sencillo misionero asesinado a los once días de haber cumplido cuarenta años. Si Julio, como sus compañeros, son o no mártires no me tocaba a mí decidirlo, sino a las autoridades de la Iglesia. Pero lo que resultaba evidente para mí era que me encontraba ante un testigo de Cristo, ante alguien que en el nombre del Señor y permanentemente unido a Él, se había metido en la boca del lobo para llevar allí el último y único rasgo de ternura y de amor que pudiera recordar a miles de víctimas inocentes que Dios existía y que no era indiferente a su terrible suerte.

Acepté, en consecuencia, la oferta del hermano provincial y empecé a documentarme sobre lo sucedido y sobre las condiciones de vida de mi amigo en aquella recóndita región del mundo. Pronto me encontré absolutamente paralizado. No podía escribir acerca de algo que desconocía. Mis conocimientos de África se limitan a dos visitas breves a Ceuta y Melilla. No tengo idea de qué es un campo de refugiados. Julio no había escrito ningún diario y sus cartas apenas me daban datos de cómo era su vida concreta, qué hacían él y sus hermanos o cómo fueron asimilando los cambios que se producían a su alrededor y que culminaron con la invasión de la región del lago Kivu donde se encontraba Nyamirangwe por los tutsis ruandeses.

Se lo dije sinceramente al provincial y le manifesté la imposibilidad en que me hallaba de seguir adelante con el proyecto. Entonces, Dios vino en ayuda de mi debilidad. Adolfo Varas, con los permisos preceptivos, me proporcionó uno de los grandes tesoros a que he tenido acceso en mi vida, una auténtica

reliquia que durante semanas ha santificado mi mesa de despacho. Se trataba de la crónica comunitaria que redactaba uno de los hermanos asesinado, Miguel Ángel Isla. Puntualmente escribía día a día —y, dentro de cada día, cada tres o cuatro horas— lo que sucedía a su alrededor. Es, creo yo, una reliquia, ya que está abundantemente bañada en sangre, la sangre de Miguel Ángel, pues fue encontrado en el suelo de su habitación cuando los hermanos Arrondo y Descarga llegaron a Bugobe para averiguar qué había pasado con sus compañeros maristas.

Con ese tesoro entre las manos —que algún día la Congregación de Hermanos Maristas debería publicar íntegro— ya pude situarme no sólo en el alma de Julio sino también en su contexto. Naturalmente, de ese texto —y de un diario, el de Fernando, menos explícito y que me fue confiado posteriormente— sólo utilicé los datos que me servían para conocer lo que estaba pasando en el campo de Nyamirangwe y en la aldea de Bugobe, cercana al campo, donde vivían los misioneros asesinados. Las múltiples reflexiones de Miguel Ángel, así como sus anécdotas u ocupaciones no han sido recogidas en este libro. Pero gracias a la minuciosidad con que reflejaba todo lo que pasaba se puede saber con bastante exactitud no sólo lo que él hacía sino también lo que hacían sus compañeros, Julio incluido, y sobre todo lo que estaba sucediendo en la zona, cosa que afectaba a los cuatro maristas por igual.

Así es como se ha escrito este libro: con el corazón por un lado, como ofrenda de gratitud y de amistad a la memoria de un amigo asesinado por amar a Cristo y a los pobres; como testimonio del drama que vivieron miles de personas y del que participaron, voluntariamente, cuatro religiosos españoles a los que no deberíamos llamar héroes sino mártires. El libro, escrito en forma de diario para favorecer una intensidad gradualmente creciente según se va acercando el terrible momento final, refleja exactamente lo que

pasó y en el momento en que sucedió, con muy pocas «invenciones» fruto de la imaginación; en cambio, la práctica totalidad de las reflexiones puestas en pluma de Julio sólo deben serme atribuidas a mí, y si he osado hacerlo así es porque estoy convencido de conocer algunos de los resortes espirituales de mi amigo y porque contaba con hacer esta aclaración en este prefacio. Al final de la obra, por otro lado, se recoge una selección de pensamientos de Julio Rodríguez, extraídos de las cartas escritas por él y a las que he tenido acceso; como se verá, la sintonía espiritual entre lo creado y lo real es muy grande.

También al final del libro se incluye un perfil biográfico de este joven marista «mártir», así como un elenco de opiniones acerca de él. Todo con el fin de acercar lo más posible al lector a la realidad de un personaje que merece el conocimiento y el aprecio de todos los hombres de buena voluntad.

Conviene aclarar en esta introducción otros datos para que el lector pueda situarse desde el principio en el contexto de lo que se narra. En 1994 empezaron las terribles matanzas de Ruanda, que primero tuvieron a la minoría tutsi como víctima y luego fueron padecidas por los hutus que las habían iniciado. La consecuencia fue la huida del país de cerca de dos millones de refugiados, que fueron acogidos en un rosario de campos a lo largo de la frontera común entre Zaire y Ruanda, en la región llamada de «los Grandes Lagos», particularmente en la cuenca del lago Kivu, con las ciudades de Goma al norte y Bukavu al sur. Los campos se extendían más al sur aún, a lo largo de la frontera de Zaire con Burundi, hasta la ciudad de Uvira, a orillas del lago Tanganika.

En principio, Zaire —liderada en ese momento por el dictador Mobutu— se mostró dispuesta a prestar esa ayuda humanitaria, a cambio, eso sí, de otro tipo de ayuda y reconocimiento internacional. Pronto se cansó y empezó a hostigar a los mismos refugiados, impidiendo, por ejemplo, que se les diese for-

mación en los campos. Sin embargo, el conflicto se recrudeció debido a la alianza establecida entre los tutsis que vivían en el interior de Zaire, conocidos como banyamulenge, y los de su misma raza en Ruanda y Burundi. Con apoyo de tropas ugandesas y hasta tanzanas, empezaron la invasión de Zaire que, para sorpresa de todos, concluyó con la conquista total del gigantesco país, el exilio de Mobutu y la toma del poder por el antiguo guerrillero comunista Kabila, apoyado ahora por Estados Unidos.

Es en ese momento concreto donde se sitúa el drama que culmina con el desalojo forzoso de decenas de campos de refugiados, el nuevo éxodo de miles de hutus ruandeses y burundeses y el asesinato de los cuatro maristas, Servando, Miguel Ángel, Fernando y Julio. Las FAR, Fuerzas Armadas Ruandesas, de composición hutu, armadas por el ejército zaireño, habían intervenido en la guerra en contra de sus enemigos tutsis, pero no sirvieron de mucho ante el poderoso empuje de éstos. Según todos los indicios, como más adelante se explicará, fueron algunos elementos incontrolados de estas milicias hutus los que dieron muerte a los hermanos maristas, a pesar de que ellos estaban en Nyamirangwe precisamente para servir y ayudar a los de su mismo pueblo.

La llegada de Julio a la aldea de Bugobe, a tres o cuatro kilómetros del campo de Nyamirangwe, tiene lugar el 12 de junio. Es enviado allí por el general de los maristas, el hermano Benito Arbués, y se instala en una comunidad formada por los otros tres religiosos ya citados, todos españoles, de la cual el hermano Servando es el superior. La comunidad decide permanecer hasta el último momento al lado de los refugiados, a pesar del riesgo evidente que corrían, y mantienen esta opción incluso cuando se desencadena la ofensiva final de los tutsis a finales de octubre de 1996. La muerte de los hermanos se produce el 31 de octubre de ese mismo año.

No me queda más que desear al lector que se introduzca en este tremendo y reciente drama llevado a cabo por cuatro hombres que tuvieron siempre presente a Cristo como motivación fundamental de todos sus actos. El amor a los pobres, particularmente a los niños y jóvenes en consonancia con su vocación marista, era la forma concreta de servir y honrar a su Señor. El ejemplo dado por Julio y sus «compañeros mártires» no debería perderse en la noche del olvido, sino perdurar para siempre, como, a pesar del paso de los siglos, seguimos recordando y enriqueciéndonos con el testimonio de tantos otros mártires que han regado con su sangre la tierra africana. Que todos ellos nos ayuden desde el cielo, con su intercesión, para que nosotros seamos fieles a nuestra particular vocación, a la llamada a la santidad que Dios nos hace, hasta nuestro propio final.

Un verano diferente

11 de junio de 1996

Estoy en Goma. Mañana parto para el campo de refugiados de Nyamirangwe y hoy, por fin, me he decidido a comenzar un diario. No se trata de contar sólo las mil anécdotas que nos suceden cada día o los problemas con el agua o con la comida. Nunca he escrito un diario. Recuerdo que, cuando estaba en España, algunos de los jóvenes religiosos que, como yo, vivían la espiritualidad de los foculares sí que lo hacían, pero a mí nunca se me ha dado bien eso de escribir. Sin embargo, ahora es como si sintiera dentro una llamada fuerte, una especie de urgencia, por poner por escrito todo lo que se va agolpando en mi corazón. Es como si estuviera llegando al final de algo e hiciera falta dejar constancia de ello.

Como digo, mañana parto para Nyamirangwe. Jesús me ha pedido con el máximo respeto que vaya a trabajar con los refugiados ruandeses que allí malviven después de la guerra. Él se ha servido de mí superior de Roma para pedírmelo. Yo le he dicho en seguida que sí, consciente de que todo lo que Él me pide es siempre para mi bien y el del mundo.

No voy a estar más inseguro allí que en Goma, porque aquí se ha concentrado la mayor tensión de

la zona. Mientras escribo esto estoy oyendo tiros de fusil y de ametralladora continuamente.

El Estado no paga a los militares y con lo de la guerra de Ruanda ha mandado aquí a muchísimos para que ellos se busquen su salario como puedan. Por eso buscan cualquier excusa para comenzar el saqueo de las casas. Hoy disparan y saquean porque dos militares se han matado entre ellos. Veremos cómo pasamos la noche.

Hace unos días, el primero de este mes, mataron a siete soldados en una emboscada a treinta kilómetros de aquí, pero los cobardes siempre se desahogan con los indefensos. Comenzaron el saqueo y a nuestra casa vinieron a las dos de la tarde cuando yo hacía la siesta. Uno de nosotros salió con el coche a buscar algo para la fiesta del colegio que comenzaba al otro día. Los militares le vieron y le siguieron hasta nuestra casa. Él entró y cerró rápido y se fue a esconder en el colegio que tenemos cercano pero nos dejó los ladrones a la puerta. Uno saltó la tapia y abrió para que entraran los otros con su coche, que por cierto también era robado. Al no encontrar las llaves de nuestro coche, que es lo que querían, entraron en casa y se llevaron todo lo que quisieron: tele, vídeo, dos bicicletas, una radio, un motor generador de luz y los documentos de un compañero. Yo me desperté al oír voces extrañas en lingala, que aquí no habla nadie más que los militares. Miré por la ventana y vi cómo cacheaban a un compañero mío buscando y pidiendo dólares. Después se marcharon y hasta la próxima.

Ésta es la inseguridad en que vive este pueblo y que nosotros hemos elegido vivir con ellos. Los chicos y chicas del colegio nos dicen que en sus casas también han entrado armados como aquí para robarles.

En fin, después de cinco días de saqueo, todo volvió a funcionar y hemos podido terminar el curso. Mis compañeros están con un poco de tensión y fá-

cilmente surge una discusión, por lo que me doy cuenta de que tengo que ser más prudente y delicado con ellos. Pido al Señor que me dé la capacidad de amar en estas situaciones difíciles pues es mi principal misión aquí y donde vaya.

Ir al campo de refugiados es para mí un privilegio pues veo que Jesús confía en mí y me ha elegido entre muchos para trabajar con los más pobres de entre los pobres. No quiero defraudarle. Iré para amar a todos; en primer lugar a mis hermanos de comunidad, que son dos curas y tres maristas. Pido al Señor que me dé la inteligencia del amor evangélico para discernir qué tengo que hacer en las difíciles situaciones en que me voy a encontrar y poder así amar como cada uno necesita y quiere ser amado.

15 de junio

Llevo unos días en el campo de Nyamirangwe y quiero seguir el diario que empecé al marcharme de Goma. Intuyo que se acerca el final de algo, aunque no sé en qué consiste ese final. Sé que aquí, en Nyamirangwe, no estamos seguros. Sé, como todos mis compañeros lo saben, que podemos morir en cualquier momento. Pero no es éste el final que presiento, o al menos no quiero creer que esto vaya a terminar con un golpe de machete en mi cabeza.

Llegar a Nyamirangwe fue toda una aventura. Tuve que embarcarme en Goma y descender a lo largo del lago Kivu, hasta Bukavu, la ciudad más importante de esta parte de Zaire, sede arzobispal, y que está a unos treinta kilómetros del campo de refugiados cerca del cual vivimos. El campo es Nyamirangwe y nuestra casa está en una pequeña aldea a tres o cuatro kilómetros, Bugobe. La navegación por el lago, que debía haber durado siete horas, se nos hizo eterna y muy peligrosa. A mitad de camino se rompió la correa del motor de la embarcación que

nos llevaba y estuvimos parados cerca de una hora en el centro del lago, sin saber si alguien podría echarnos una mano. Al final, otra barca nos vio y nos remolcó, lentísimamente, hasta Bukavu. En fin, esto es África. Aquí los imprevistos son normales y el tiempo simplemente no cuenta. ¡Qué importante lección para los que venimos de Europa y nos quejamos de las cosas que allí no son exactas o rápidas!

Estamos a 2 500 metros de altura y por eso no pasamos calor ni tenemos mosquitos. La zona es muy bonita y riquísima pues se puede cultivar hasta la cima de las montañas. A los refugiados no se les permite cultivar ni hacer comercio pero trabajan para los zaireños, que les pagan una miseria, porque lo tienen que hacer para vivir. El pasado mes de enero, el Estado zaireño prohibió toda enseñanza en los campos, y después de perder dos meses comenzamos a dar clases en las mismas chozas de los refugiados, así que estamos teniendo que dar clases hasta finales de agosto para recomenzar el nuevo curso en septiembre.

En fin, voy a escribir algo que me pasó hace tiempo y que no quiero que se me olvide, porque es muy significativo de cómo está el ambiente en todo Zaire, la situación de pillaje generalizado que vive el país. En cierta ocasión, mientras estaba visitando a los huérfanos del orfanato de Kisangani, dos de ellos me robaron la bicicleta que empleaba para desplazarme. Me sentí mal. ¿Cómo es posible que también a mí me roben?, me pregunté. ¿De qué sirve el riesgo que corro por ellos si no consigo ni que me quieran los mismos a los que ayudo? Me acordé de Cristo crucificado, de ese Cristo al que yo tanto quiero y al que, sin embargo, a veces traiciono. Pero no tuve tiempo para muchas reflexiones más. Los pequeños del pabellón del orfanato se habían dado cuenta ya de lo que pasaba y la noticia había corrido como la pólvora. El escándalo fue enorme y también lo fue el alboroto. El pabellón entero se puso en marcha y

se dispersaron por todos los rincones de la ciudad. A las pocas horas vinieron a verme con la bicicleta y con los dos pilluelos que la habían robado. Querían un castigo para ellos e incluso decían que era necesario para dar ejemplo. Yo me acordé de nuevo de Cristo crucificado y lo más que hice fue echarles un sermón y ponerme muy serio con ellos, además de llenarles de amenazas. ¿Cómo pedirles que respeten la propiedad ajena a unos niños que han visto cómo mataban a todos los suyos y que conviven con la muerte a todas horas? Me conformé con haber recuperado mi bici y con que hubiesen sido los compañeros de los ladrones quienes la recuperaran. Al final, la lección fue positiva. Me acordé de aquello de san Juan de la Cruz: «Donde no hay amor, pon amor y encontrarás amor.» Algo de amor hemos debido de poner Tú, Señor, mis compañeros y yo, porque algo de amor ha brotado en este desierto.

16 de junio

Domingo. Me he levantado tarde y he hecho un rato largo de oración antes de desayunar. Aunque a nosotros no nos falta lo elemental, cada vez que veo ante mí la comida no puedo dejar de pensar en los refugiados. Sé que si no me alimento no sólo saldré yo perjudicado, sino también ellos; pero este razonamiento, que es verdadero, no me tranquiliza del todo, por lo cual busco ser lo más moderado posible en el comer.

Hemos participado en la misa con los javerianos. Estaban también los niños cantores, que aunque hacen lo que pueden tienen todavía mucho camino que recorrer. A las doce hemos ido toda la comunidad al campo de refugiados; ha sido muy emocionante para mí, porque hoy hemos celebrado la fiesta del padre Champagnat y los hermanos han trabajado mucho en ella, así que me ha dado mucha alegría ver el éxi-

to de sus esfuerzos y el homenaje que estos pobres ofrecen a nuestro querido fundador.

El acto comenzó con la presentación de los niños del jardín de infancia. Más de mil cabecitas negras cantan y danzan apiñadas en agradecimiento a la presencia de los hermanos. Al terminar, nos hacen un regalo. Después vinieron los otros grupos, que hacían demostraciones de sus progresos en lengua, matemáticas y, cómo no, en danzas. El presidente de la comisión educativa pronunció unas palabras de agradecimiento a la Congregación Marista, por no haber abandonado a los ruandeses en el exilio y por estar costeando la práctica totalidad de los gastos que lleva consigo la asistencia educativa en Nyamirangwe. El hermano Servando, como superior, le respondió con unas palabras dirigidas a los distintos grupos representados.

A las tres ya estábamos en casa, en Bugobe, para comer y descansar un rato. Servando y yo tuvimos que volver de nuevo al campo de refugiados para asistir a los partidos de fútbol y de balonmano. Regresamos a casa al atardecer. Tanto Servando como yo estamos agotados. Por mi parte, después de rezar un rato me voy a ir a acostar en seguida, en cuanto termine de escribir esto. Me siento lleno de gratitud hacia Dios por pertenecer a la familia marista. De no ser por la intuición de nuestro fundador, en aquella lejana Francia, hoy estos niños, estos jóvenes y estos miles y miles de refugiados no tendrían ni siquiera el pequeño consuelo que nosotros representamos. Somos apenas una gota de agua para calmar la sed de un desierto que se me presenta como casi infinito e inagotable. Pero esta gota de agua es la única prueba que tienen de que Dios no los ha abandonado. Es algo muy especial sentirte representante y demostración de la «ternura de Dios». Pensar en ello me lleva a recordar los ataques que suelen proferir contra Dios y contra la Iglesia, allá en España y en tantos otros lugares, por el hecho de que Dios per-

mita catástrofes como este genocidio. Aquí, en pleno campo de refugiados, los pobres, quienes padecen las consecuencias de ese supuesto «olvido de Dios», no se plantean cuestiones tan teóricas. Y quizá no se las plantean —así quiero creerlo— porque nos ven a nosotros, que somos los testigos de Dios, y que compartimos con ellos su suerte para decirles con hechos que Dios los sigue queriendo y que no es cierto que Dios los haya abandonado. Si los de lejos, los que teorizan y se cuestionan tantas cosas, hicieran algo más y pensarán algo menos, probablemente aquí habría más testigos del amor de Dios y también es probable que la catástrofe que ha originado esta marea de refugiados no hubiera ocurrido nunca.

17 de junio

Estamos ya en plena estación seca. Apenas llueve y cada vez hace más frío. A esta formidable altitud, el clima no tiene nada que ver con lo que uno se imagina que es África.

Hoy hemos celebrado una reunión de comunidad especial para ponerme al día de la situación exacta del campo y de cuáles van a ser mis responsabilidades. Servando ha hecho un resumen de la historia de Nyamirangwe y ha insistido en que nuestra misión es servir de apoyo a las iniciativas de los propios refugiados. También ha dejado claro que todo tiene que hacerse desde la comunidad y no desde iniciativas personales. Me he enterado de que, por ejemplo, a los trescientos niños que tienen entre dos y seis años se les da todos los días un complemento alimenticio; para los más pobres hay previstos ocho sacos de arroz, dos de sorgo, uno de leche y otro de azúcar todas las semanas.

Por mi parte, he hecho algunas observaciones que quizá no le han caído bien a todos los hermanos de la comunidad. Por ser recién llegado, veo las co-

sas de otra manera y creo que eso puede molestar a algunos, que saben mucho más que yo pero que, quizá por el mucho tiempo que llevan aquí, no ven otras posibilidades de hacer las mismas cosas. He notado una cierta distancia con algún hermano y me ha dolido mucho. Pero en seguida me he acordado de que para que Jesús esté presente entre nosotros sólo una cosa es imprescindible: amar. No es necesario que no haya problemas, pues si así fuera probablemente el Señor estaría muy pocas veces entre sus discípulos. Lo que sí hace falta es que, cuando se presentan las dificultades, nos pongamos a amar, a perdonar o a pedir perdón. Mañana me levantaré con el ánimo dispuesto a ver a todos con ojos nuevos y también a ser más humilde y menos precipitado a la hora de decir las cosas.

18 de junio

Hoy se ha dado un paso adelante en la consolidación de nuestra misión educativa en el campo de refugiados. Servando y Miguel Ángel se han reunido en Bukavu con los representantes de Cáritas, entre los cuales había un español, Jesús Jáuregui. Se ha llegado al acuerdo de que la responsabilidad educativa en el campo corresponde a Cáritas y que nosotros somos sus delegados en él. Para apoyarnos, y para ayudar a los demás campos, el arzobispo de Bukavu, monseñor Munzihirwa, ha escrito una carta muy dura al representante del HCR (Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas). Habla de la situación insostenible que se vive en los campos, de que este año terminaremos el curso en unas condiciones pésimas y de que así es difícil continuar.

Todo esto da que meditar acerca de la maldad de los hombres. Quieren matar sus cuerpos y también matar el futuro de aquellos a los que no logran asesinar. Si no saben, no podrán progresar y tendrán

que ser para siempre de la raza de los siervos, de los que trabajan por nada, de los que son mandados y no pueden ocupar puestos de responsabilidad. Pero esta situación tan negativa también me sirve para meditar en la bondad de otros muchos hombres, gente que como nosotros no se resigna y está decidida a evitar que las cosas sigan un curso fatalista. Es la eterna lucha entre el bien y el mal. Lucha en la que siempre ha dado la impresión de que ganaba el mal. Y, sin embargo, Cristo, perdiendo, venció. muriendo y siendo derrotado, nos redimió. Qué importante es para mí, para nosotros, para todos los que no queremos ceder ante la avalancha del mal, tener presente esta teología de la Cruz. Con san Pablo tengo que repetirme: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte.» Cuando pierdo, cuando parece que voy a ser aplastado, cuando quizá lo sea, entonces estaré ganando, entonces seré más fuerte que la bota del enemigo que me pisa. Así ha ocurrido siempre y porque ha sucedido así, a pesar de todas las apariencias, es por lo que esta lucha del mal contra el bien no ha terminado. Cada vez que nos derriban, incomprensiblemente surgen otros, miles a veces, que se apresuran a ocupar el lugar de aquel que fue maltratado por practicar el bien. Aun a sabiendas de que podemos perder —en nuestro caso, de que podemos morir—, no renunciamos a luchar, a defender la causa de la bondad, de la justicia, de Dios.

19 de junio

Hoy nos hemos hecho unas fotos todos los que vivimos aquí, en Bugobe: los dos sacerdotes, los cuatro hermanos, el laico encargado del molino y un joven estudiante. ¿Serán un simple recuerdo o servirán para dar testimonio, ante la posteridad, de que por aquí ha pasado una pandilla de testigos de Cristo, enamorados de Dios y de la causa de los pobres?

También hoy ha ocurrido algo que me ha hecho meditar mucho. Aunque ya llevo tantos años en Zaire, nunca me acostumbro a este tipo de cosas y no puedo dejar de sentir una gran indignación. Han venido a vernos y a pedirnos ayuda dos maestros, Andrés y Leonard, uno de primaria y otro de alfabetización. Venían de Bukavu, donde habían ido a ver a los padres blancos para ver si había llegado un giro de dinero que esperaban procedente de monseñor Perradin. Antes de conseguirlo, en plena plaza central, en la 24, los ha detenido la policía y les ha quitado todo lo que llevaban, sin mediar excusa alguna. Los han llevado a los edificios que se encuentran al borde del lago y allí los han obligado a desnudarse, quedándose sólo en calzoncillos. Humillados e indefensos, han tenido que suplicar que les dejaran al menos las cartas que atestiguaban que eran poseedores del dinero que iban a recoger, pues todo lo demás se lo ha quitado la propia policía.

¡Qué triste y ruin la condición del refugiado ruandés! Resulta imposible describir lo que esta pobre gente debe de sufrir, al sentirse sin derechos, sin casa, sin patria, sin familia y sin esperanza. Una vez más me golpea el misterio de Dios. ¡Creo, Señor, pero ayuda a mi poca fe! ¡Ayúdame a creer que Tú sigues estando ahí, tras un cielo negro, negro, y sin estrellas! ¡Ayúdame a creer que no has abandonado a los hombres, que no te has desinteresado de su suerte, para que yo pueda llevarles algo de esa fe y esa esperanza, lo único que puede consolarlos y lo único que les queda!

20 de junio

Me he levantado como de costumbre, al clarear el día. Después de rezar laudes y desayunar, a las siete de la mañana hemos ido juntos Servando, Miguel Ángel y yo a Bukavu. Teníamos cita con el director

de Cáritas, el padre Cibambo, para firmar el protocolo de acuerdo sobre la educación de los jóvenes refugiados de Nyamirangwe. Hemos tardado doce meses en poder firmar este protocolo, que se nos ha concedido como si de un gran favor se tratara. Es curioso esto: hasta para servir a los pobres y arriesgar la vida en ello hay que pedir favores. Pero lo cierto es que se nos ha hecho un gran favor, pues no hay mayor suerte que la de servir a aquellos que llevan las huellas de Cristo crucificado. Si nosotros hubiésemos conseguido hoy la cesión de un terreno en una rica ciudad europea para construir un gran colegio en el que pudiéramos tener miles de alumnos, no tendríamos tantos motivos para estar contentos como por el hecho de que se nos permite estar en Nyamirangwe, sin cobrar y arriesgando el pellejo.

21 de junio

La situación en el campo está empeorando por momentos. Por más que con las ayudas económicas que nosotros recibimos intentamos paliar algo la situación, eso resulta casi imposible. Ayer, por ejemplo, tuvimos correo y al hermano Miguel Ángel le llegó, de su hermano en Argentina, una generosa aportación, que éste había repartido en veintuna cartas, en las cuales había metido cien dólares en cada una. Con eso pudo ir hoy a Bukavu y encargar cien sacos de arroz, veinte de harina, veinticinco de azúcar y varios sacos de leche en polvo para las madres que dan de mamar a sus niños. Pero, como digo, todo esto no es suficiente, representa poco menos que un vaso de agua cuando aquí se necesita un río caudaloso.

El HCR ha decidido suspender la ayuda alimenticia a los refugiados. Es una medida drástica y difícil de entender. Lo hacen, según dicen, para castigarlos por su ineficacia a la hora de llevar a cabo el

censo en los campos. Pero cabe sospechar que detrás hay una política de asfixia. Es una vuelta de tuerca más, un acogotamiento nuevo, dirigido a endurecer más si cabe la situación que padece esta pobre gente a fin de que regresen cuanto antes a su tierra. Por otro lado, eso es lo que los propios refugiados quisieran, pero muchos temen que volver a Ruanda sea ir hacia el matadero. Quizá sus casas ya han sido ocupadas por otros y, en ese caso, es muy probable que se los acuse de cualquier crimen con el fin de meterlos en la cárcel para que no puedan reclamar lo que es suyo.

Así que están aquí, entre la espada y la pared, con una situación insostenible, pues ya hace más de dos semanas que no reciben la ayuda alimenticia y son miles y miles de personas. Eso los fuerza al pillaje y, con el delito, no tardará en venir la represión, que no me cabe duda que será sangrienta.

22 de junio

La Iglesia celebra hoy la memoria de un santo al que tengo un especial cariño: santo Tomás Moro. Esta mañana, al leer el texto que la liturgia ha seleccionado para recordar a este mártir inglés, me he conmovido. Su situación, especialmente cuando estaba ya en la cárcel, en la famosa Torre de Londres, era de algún modo semejante a la nuestra. Esperaba la muerte, sin tener la convicción de que ésta iba a llegar, pero sabiendo que lo más probable era que así ocurriera. No es por ponerme pesimista, pero algo parecido me está pasando a mí, sobre todo cuando veo los problemas que hay alrededor, las tensiones que aumentan, el peligro de que la violencia estalle con consecuencias desastrosas. Es como estar sobre un volcán y ver que el humo ya ha empezado a surgir por las grietas de la montaña; parece cuestión de semanas que estalle todo y, en ese caso, ¿qué será

de nosotros?, ¿qué será de estos miles y miles de inocentes que ya han sufrido tanto?

Leo a santo Tomás Moro escribiendo desde la cárcel a su hija Margarita: «Aunque estoy bien convencido, mi querida Margarita, de que la maldad de mi vida pasada es tal que merecería que Dios me abandonase del todo, ni por un momento dejaré de confiar en su inmensa bondad. Hasta ahora, su gracia santísima me ha dado fuerzas para postergarlo todo: las riquezas, las ganancias y la misma vida, antes que prestar juramento en contra de mi conciencia... No quiero, mi querida Margarita, desconfiar de la bondad de Dios, por más débil y frágil que me sienta. Más aún, si a causa del terror y el espanto viera que estoy a punto de ceder, me acordaré de san Pedro, cuando, por su poca fe, empezaba a hundirse por un solo golpe de viento, y haré lo que él hizo. Gritaré a Cristo: Señor, sálvame. Espero que entonces Él, tendiéndome la mano, me sujetará y no dejará que me hunda. Y, si permitiera que mi semejanza con Pedro fuera aún más allá, de tal modo que llegara a la caída total y a jurar y perjurar, aun en este caso espero que el Señor me dirija, como a Pedro, una mirada llena de misericordia y me levante de nuevo, para que vuelva a salir en defensa de la verdad y descargue así mi conciencia, y soporte con fortaleza el castigo y la vergüenza de mi anterior negación.»

¡Qué impresionante la vida de los santos! ¡Y cómo se siente aquí la comunión con ellos! Rodeado de miles de refugiados, expuestos al arbitrio de los que tienen ya los ojos encendidos en sangre y las manos cansadas de matar, vuelves la mirada atrás y te das cuenta de que tu historia no es tan distinta de la de aquellos que nos precedieron en la fe. Te sientes miembro de una familia de débiles que encuentran en Cristo la fuerza para ser héroes; de pecadores que son capaces, a golpe de gracia, de convertirse en mártires. ¡Y cómo se agradece ser miembro de esta larga hilera de gigan-

tes, por más que tú te sientas enormemente pequeño y miserable comparado con ellos!

Le pido a Dios, se lo he pedido hoy todo el día, que no me abandone, que no me deje a merced de mis propias fuerzas. Dios mío, ten misericordia de mí, de todos nosotros, de esta multitud de crucificados que nos rodea. Ten misericordia y no nos dejes huir, danos fuerza para quedarnos aquí aunque veamos venir el momento final y aunque podamos evitarlo. Danos esas fuerzas, sobre todo, si huir supone dejar aún más abandonados a quienes ya lo han perdido todo y han sido abandonados de todos.

En cuanto a las cosas del día, he ido por la mañana con Fernando al campo para repartir pantalones entre los niños que pertenecen a la Legión de María. También ha venido a visitarnos el padre Jáuregui.

23 de junio

El hermano Miguel Ángel lleva una temporada muy agobiado y enormemente cansado. Dice que duerme mal y que tiene espantosas pesadillas. Hoy nos ha contado a toda la comunidad la que le ha asaltado esta noche. Soñaba que le habían cortado la cabeza y que él estaba de pie junto a ella y que con sus propias manos se ha cerrado los ojos que se mantenían abiertos. Todo esto no es más que fruto de la tensión enorme que estamos viviendo. Es algo que te va minando poco a poco, que está en el ambiente y que te empapa hasta dentro, como sucede por ejemplo con la humedad. Tu sistema nervioso se deteriora y empiezas a reaccionar agresivamente ante pequeñeces. Por más que intentes mantenerte sereno, el miedo te da de vez en cuando hachazos en el alma que tienen su repercusión en el cuerpo.

En la comida hemos despedido a Servando, que regresa a España. Hoy ha hecho un año desde que llegó a Nyamirangwe y necesita descansar. Si no se va, ter-

minará por quebrarse. Pero su marcha no es definitiva; es sólo una pausa para recobrar fuerzas y regresar junto a Cristo crucificado.

24 de junio

Se ha ido Servando. Le ha llevado Miguel Ángel hasta Kavumu. A la vuelta nos ha contado el calvario de los trámites. Todo era pedir dinero por parte de la policía para permitirte embarcar en el avión. Y el tiempo que se pierde mientras aguardas a que te atiendan. La única palabra que puede definir esto es la de «caos». Todo es caótico, desorganizado, corrupto, ineficaz. ¿Cómo puede tener futuro un país en el que el tiempo no existe ni tampoco existe la justicia? ¿Qué pintamos nosotros aquí, dibujando rayas en el agua que, inmediatamente hechas, el agua cubre de nuevo? Y, sin embargo, la mirada inocente de los niños logra darte razones para seguir, por más que sepas que esos inocentes de hoy serán, probablemente, tan culpables mañana como hoy lo son los adultos. Éste y sólo éste es el misterio de la Cruz.

A las cinco hemos celebrado reunión de comunidad para redistribuirnos los trabajos ahora que Servando se ha ido y somos uno menos. También está fuera el padre Kabera. Tampoco tenemos cocinero. En cuanto al campo, la situación se vuelve más crítica cada día que pasa. Ya hace dos semanas que los agentes del HCR no reparten víveres. Han vuelto a comenzar el censo para saber exactamente el número de los refugiados.

25 de junio

Hace un frío desacostumbrado, así que da más pereza saltar de la cama cuando ves los primeros albos, pues, como cada día, nos levantamos al amanecer. Después de rezar laudes y desayunar he salido para

Bukavu con dos inválidos. Esta tarea la solía hacer antes el hermano Miguel Ángel y con la reestructuración ahora me toca a mí. Me gusta. Miguel Ángel ha hablado con Paulín y Évaste para que se pongan a mis órdenes en la organización de las cosas concretas.

Todo el día ha estado viniendo un rosario de gentes a pedir ayuda. La ausencia de alimentos los desespera y se desparraman por toda la zona para conseguir algo de comer: pidiendo o robando. Junto a nuestro molino, por ejemplo, se han agrupado un buen puñado de niños cubiertos de andrajos. Como digo, hace un frío terrible y se ha puesto a llover. Estos pobres tienen que aguantarlo todo sin apenas ropa y sin comer prácticamente nada. Es imposible seguir así. Es imposible permanecer impasible ante tanta miseria y tanto dolor. Ha sido tan fuerte la escena de los niños que por un momento he creído volverme loco ante la impotencia y he estado a punto de caer en una crisis de desesperación y de nervios. Si no lo he hecho, si he logrado reponerme, ha sido por la conciencia de que no puedo permitirme el lujo de perder la cabeza, ya que, junto con mis hermanos de comunidad, somos lo poco que tienen esta gente. Somos su voz para clamar por ellos ante el mundo, somos sus manos para ayudarlos, por más que sea tan poco lo que conseguimos hacer.

26 de junio

Me he encontrado muy cansado durante todo el día y con un poco de fiebre. Espero que no sea la malaria, que es mi compañera habitual casi desde que llegué a África.

Siento que estar aquí y compartir con estos pobres todas estas miserias es un privilegio antes que nada. Por él doy gracias a Dios y le pido fuerzas para corresponder con generosidad. La posibilidad de caer enfermo me ha hecho pensar de nuevo en el porqué

de mi consagración. Me he acordado, por ejemplo, de los voluntarios europeos que vienen, están una temporada, hacen una labor maravillosa y después se van. Nosotros, en cambio, nos quedamos. Es inevitable sentir el deseo de hacer como ellos. Hoy he experimentado muy fuerte las ganas de marcharme, de regresar a España y volver a estar con mis padres y con todos los míos. Pero hay algo más fuerte aún que me retiene aquí y me hace decidir así mi vida. No es masoquismo, sino una fuerza que me lleva tras de Jesús por el camino de la cruz hacia un amor infinitamente grande y hacia un horizonte infinito. Quiero hacer mía aquella frase que Jesús le dijo a Marta refiriéndose a María: «Ha elegido la mejor parte y no se la quitarán.» Sí, yo también he elegido la mejor parte, porque he elegido estar al lado de mi Esposo Abandonado, del Cristo crucificado que dio la vida por mí. Podrán quitarme la vida, pero esta parte, que es el propio Cristo, nadie me la podrá quitar y la disfrutaré por toda la eternidad.

Han seguido viniendo refugiados a pedir. Ha venido una jovencita, Anatolie, que cuida de sus hermanitos pequeños. «Hermano, no tenemos nada para comer. Me puede avanzar un poco de dinero.» «¿Es verdad?», le he contestado. «Sí, hermano, no nos queda nada.» Le digo que ésa es la condición de todos los refugiados de Nyamirangwe y me contesta que es cierto. Al final le hemos dado 250 000 nuevos zaires, apenas un puñado de dólares, para que pueda aguantar unos días. Sé que así no resolvemos nada de forma definitiva, pero es imposible negarte a la mirada suplicante de unos ojos inocentes.

27 de junio

Hoy he disfrutado especialmente. Me ha tocado, en compañía del hermano Fernando, ir al campo a llevar los víveres semanales para los pobres de los ocho

barrios en que está dividido Nyamirangwe. Hemos podido ofrecerles ocho sacos de arroz, dos de sorgo, uno de leche y otro de azúcar. También hemos llevado ropa para los pequeños que están en los hogares de rehabilitación; la mortalidad es allí muy alta. Todo el material que hemos llevado era apenas una gota de agua para el mar que necesitan tantos miles de personas, pero no podíamos darles más. Cada semana nos esforzamos por conseguir algo, siempre en función del dinero que logramos reunir y que conseguimos que llegue a nosotros. Estoy seguro de que el importe de todo lo que hoy hemos ofrecido no suma el valor de una cena para cuatro personas en un restaurante caro de Madrid. Si allí supieran la alegría que pueden tener tantos con tan poco, no sería difícil encontrar la ayuda que necesitamos. Sin embargo, tampoco podemos quejarnos de eso, sobre todo de España, pues las limosnas son generosas y frecuentes.

Para mí ha sido la primera vez que he participado directamente en el reparto de comida a los pobres. Los hermanos que llevan más tiempo que yo en el campo lo han organizado magníficamente. Como nosotros no sabemos quiénes son los que más necesidad tienen y es muy fácil que nos engañen los más frescos de ellos, ha sido la propia comunidad cristiana la que se encarga de seleccionar a los más pobres de entre esta masa enorme de pobres. Así, con ese sentido ritual que tienen los africanos, con la solemnidad y elegancia que dan a todo, son los líderes laicos de la comunidad los que presentan a los pobres para que nosotros les distribuyamos la comida. Es, para nosotros, de una gran ayuda, pues no sólo está todo organizado y se evitan peleas y asaltos a los alimentos, sino que estamos seguros de que lo poco que podemos dar se reparte entre los que de verdad lo necesitan.

He disfrutado especialmente ofreciendo ayuda a los niños. He recordado mi época de trabajo en los

orfanatos, en el de Kisangani y en el de Ndosho. De todo lo que hago, lo que más me gusta es trabajar por ellos. A veces me han dicho que tengo el don de la paciencia y puede que sea verdad, porque por muchas travesuras que hagan no me cuesta estar tranquilo, sonreírles y no enfadarme. Si además, como en esta ocasión, puedo ayudarlos, darles comida y ropa, me convierto en el hombre más feliz de la tierra.

No entiendo cómo la gente no se da cuenta de que hay más gozo en dar que en recibir. Creo que ésa es la razón por la que la mayoría de nosotros, los misioneros, una vez que hemos probado la seducción de la misión, tanto aquí como en América o en Asia, no queremos volver a Europa. Aquí nos sentimos útiles. Aquí damos a manos llenas, nos damos cuenta de que es así y quienes reciben la ayuda también se dan cuenta de ello. No digo que en España mis hermanos maristas no den, o que no lo hagan los religiosos de las otras congregaciones, lo que pasa es que aquí es más evidente. Yo mismo, cuando estuve, por ejemplo, en Toledo dando clases antes de venir a África, no me sentía del mismo modo, y eso que era importante y generoso trabajar allí, con aquellos jóvenes que no querían saber mucho de religión, ni de Dios, ni de estudiar, ni de nada que no fuera pasárselo bien. Por eso, en realidad el que disfruta es el que da, y cuando ves los frutos inmediatos de tu entrega y que los que se benefician de ella te lo agradecen, entonces no puedes menos que considerarte afortunado por poder dedicar tu vida a una tarea como ésta.

28 de junio

Anoche, tanto mis hermanos de comunidad como yo, oímos llegar un camión a nuestro poblado y detenerse junto a nuestra casa. Después, por la mañana, supimos que eran soldados. Hice como después supe que hicieron los demás: quedarme quieto y no

manifestar el miedo que, de repente, me recorrió el cuerpo. En silencio y todavía acostado, pero dispuesto a levantarme de un brinco, permanecí a la escucha. Oí voces y al cabo de un rato el camión con los soldados se alejó.

Esta extraña visita nos ha servido a todos para situarnos de golpe ante la cruda realidad de las cosas. Porque la realidad no es sólo la del campo de refugiados, la de los cientos de huérfanos o la de que el HCR lleva semanas sin repartir víveres entre esta gente como si quisiera que todo explotara violentamente. Esa realidad se completa con el hecho de que estamos en guerra y, a veces, dentro de la rutina de socorrer la miseria, lo olvidamos. Estamos en guerra y junto a una frontera que es a la vez una línea de fuego y un volcán habitado por cientos de miles de víctimas de dicha guerra.

Ésta es la razón por la que la llegada de un camión de soldados a media noche a la puerta de tu casa te sitúa de golpe ante la realidad completa. Estamos en guerra. Somos un grupo de ingenuos metidos voluntariamente en el corazón del conflicto. De un golpe pueden suprimirnos sin inmutarse, pues para quienes han matado ya a decenas, acabar con nosotros no tiene la menor importancia.

Es inevitable sentir miedo en estas circunstancias. Mientras estaba en la cama escuchando lo que pasaba fuera y aun mucho tiempo después de que el camión se hubiera alejado, noté el sabor del miedo en la garganta. Como es lógico, mientras estaba allí, rígido y a la vez dispuesto a levantarme al menor signo de ataque, le repetía a Jesús, una y otra vez, ese «por ti» que aprendí a decir de la mano de Chiara Lubich. «Por ti, Señor, estoy aquí. Por ti estoy dispuesto a contraer una enfermedad. Por ti me agoto con un trabajo que no tiene ni fin ni pausa. Por ti acepto este frío como aceptaré el calor cuando venga. Por ti abrazo este miedo que tengo ahora. Por ti estoy dispuesto, siempre con la ayuda de tu gra-

cia, a aceptar incluso la muerte. Por ti, Señor, todo por ti.»

No tenemos más arma que ésta para permanecer aquí sin salir corriendo. Quizá lo que han pretendido los soldados era, simplemente, darnos un susto, meternos el miedo en el cuerpo para que nos fuéramos. Están pasando cosas tan raras —lo de que no les den comida a los refugiados, por ejemplo— que somos testigos molestos de ellas. Pero sabemos que si nos vamos esta pobre gente se quedará sola y a merced del capricho de unos y de otros, con lo que es inconcebible lo que les puede llegar a ocurrir. Por eso tenemos que quedarnos. Y para conseguirlo, para vencer el miedo a la muerte, sólo tenemos un recurso: repetirnos una y otra vez que estamos aquí por amor a un Dios que nos amó hasta dar la vida por nosotros. «Tú por mí, Señor, yo por ti.» Ésta es nuestra única arma y en ella encontramos la fortaleza que necesitamos.

Por lo demás, hoy el hermano Miguel Ángel ha repartido el salario a los que colaboran con nosotros en las escuelas de la misión. En total ha podido dar doscientos millones de nuevos zaires y dos mil dólares. No hay que asustarse con esas cifras, pues los nuevos zaires valen poquísimos y en cuanto a los dólares, dada la escasez de alimentos, éstos tienen un precio tan elevado que ni con dinero americano se puede conseguir hacer una compra arreglada.

También hemos sabido hoy que la policía ha detenido a Joel, un refugiado conocido nuestro. Llevaba mercancía robada y no sabemos si la ha robado él o la ha comprado a otro que la había robado. Pero ¿qué se puede esperar de una situación como ésta? El organismo humanitario de la ONU lleva un montón de tiempo sin ayudarlos, con lo que sólo les queda la posibilidad de robar para sobrevivir. No puedo evitar la sensación de que se está provocando, consciente y deliberadamente, el choque. Se están creando las condiciones para que los refugiados hutus re-

gresen a Ruanda a la desesperada, o para que se entreguen en las manos de los soldados de su etnia que quieren utilizarlos como masa de choque para volver a su país a sangre y fuego.

29 de junio

San Pedro y San Pablo. ¡Cuánto he pensado en el papa a lo largo del día de hoy! Admiro con toda mi alma a Juan Pablo II; ver cómo se entrega él a pesar de su cansancio y de su edad me ayuda muchísimo a hacer yo lo mismo. Su teología de la Cruz, su aceptación de las consecuencias dolorosas de su misión, es para mí un ejemplo de lo que yo debo hacer. No es más fácil su trabajo que el nuestro. No corre menos riesgos él que yo. Si a las puertas de su casa no llegan camiones con soldados a media noche, le esperan, en cambio, agazapados entre la multitud los que quieren acabar con su vida. Si él no corre el riesgo de contraer malaria como yo, sí que padece, en cambio, otras enfermedades propias de una actividad tan agotadora como la suya. Por todo ello le he dado gracias a Dios por haber regalado a la Iglesia un hombre como éste. ¡Cuánto nos ha ayudado a recuperar el equilibrio que habíamos perdido en los años previos a su elección! Dios quiera que pueda seguir mucho tiempo aún al frente de la Iglesia y que su salud no se resienta más de lo que está.

En cuanto al día de hoy, sábado, lo hemos aprovechado para mantener reuniones con el jefe del campo y el de la educación, a fin de reestructurar los distintos servicios educativos que prestamos: alfabetización, maternal, primaria y secundaria. Hemos establecido un programa de reuniones de información y reuniones de elecciones para que todo esté terminado antes del 15 de julio.

Por la tarde, después de comer, Fernando y yo hemos ido al campo a llevar la comida para los seis ho-

gares de niños dirigidos por los seis movimientos de Acción Católica. De nuevo la misma experiencia, la misma sensación de alegría al dar y ver el alivio que aportas, y la misma sensación de angustia al no tener más que dar, para ayudar a tantos que se quedan sin nada. Que Dios me dé fuerza para llevar esta situación con alegría, sin que afecte a mi equilibrio espiritual y psíquico, pues esta tensión diaria o casi diaria puede acabar con los nervios de cualquiera, y hasta con su fe.

30 de junio

Es domingo. Hace frío. Me he levantado un poco más tarde, alrededor de las seis de la mañana. Como todos los días, después de lavarme he orado un rato, en silencio en la capilla, para desayunar luego junto a la comunidad. Más tarde, con ellos, he salido hacia el campo a fin de asistir con los refugiados a la misa común, que, como por aquí es costumbre, dura dos horas, de ocho a diez. Hemos llevado dos sacos de azúcar. Durante la misa se han hecho las danzas habituales, pero hoy me he fijado especialmente en la belleza de la que ejecutaba una adolescente en el momento del ofertorio; tienen un don extraordinario para expresar mediante el movimiento corporal los más hermosos sentimientos. A las diez hemos vuelto a casa, a Bugobe; yo tenía los pies helados y creo que no era el único.

Nos preocupa la situación de los refugiados detenidos por la policía, entre ellos Joël. Muchos son absolutamente inocentes y otros están allí por haber robado, pero si lo han hecho es porque se morían de hambre debido a que hace ya mucho tiempo que no se les ayuda con comida. Los policías explotan a los detenidos hasta lo indecible. Da la impresión de que quieren aprovecharse y sacarle partido hasta a la miseria.

Por la tarde viene a vernos el jefe del contingente militar zaireño encargado de la custodia del campo. Nosotros, por nuestra cuenta, tenemos contratado un pequeño retén de soldados, también zaireños, para que custodien Bugobe. Pero en este caso es el responsable de la seguridad en Nyamirangwe el que nos visita. Viene a advertirnos que se están produciendo infiltraciones de tutsis desde Ruanda y Uganda y que emplean el mismo uniforme que los soldados zaireños. Han capturado y matado a dos en Nyanguezí. Nos dice también que se sospecha que hay un plan de ataque y destrucción de los campos de refugiados.

Todo es muy confuso. Nos cuesta trabajo creer que se pretenda dar muerte a más de un millón de personas. Por el contrario, lo que creemos es que el gobierno tutsi de Ruanda quiere que los refugiados regresen y que son algunos de los hutus emigrados, los que estuvieron implicados en las matanzas, quienes no desean que ese regreso se produzca. Así que si se desata un ataque contra los campos no sabremos muy bien de dónde procede, si de los del otro lado de la frontera o de los propios zaireños. De hecho, este ataque ya está ocurriendo. ¿De qué otra manera se explica el que no reparten comida desde hace casi tres semanas? Se está intentando resolver el problema de los campos de una manera o de otra. O bien destruyéndolos o bien convirtiendo la situación en tan insostenible que no les quede a los refugiados otra opción que la de marcharse a Ruanda o emigrar más adentro del Zaire todavía.

Dios mío, ayúdanos. Si Tú no nos proteges, estaremos irremediablemente perdidos. En estas circunstancias se hace muy evidente la verdad contenida en aquella frase del Antiguo Testamento: «Maldito el hombre que confía en el hombre.» No podemos confiar ni en las instituciones humanitarias. De repente, por motivos políticos, condenan al hambre a millones de personas. Señor, no dejes desamparado a tu pueblo, que no tiene a nadie que le proteja más que a ti.

1 de julio

Una de las cosas que más sorprende de los africanos es su increíble capacidad de sufrimiento. No lloran y se quejan poquísimo. Ni siquiera lo hacen cuando se han visto afectados por grandes desgracias. Y no es que no sientan o no sufran, sino que son distintos a nosotros. Quizá sea por eso, porque no exteriorizan y se lo tragan todo, por lo que en un momento dado estallan en violencia y en una violencia indescriptible e inhumana. Hoy, por ejemplo, ha venido a pedirnos ayuda una adolescente de catorce años. Con naturalidad, como se hacen aquí estas cosas, nos ha mostrado las dos nalgas; las tenía absolutamente llenas de costras con pus; era algo repugnante y sumamente molesto para la pobrecita. A pesar de estar así, no lloraba ni se quejaba, e incluso sonreía mientras nos pedía algo de comer porque estaba hambrienta. Naturalmente que la hemos ayudado con comida y con dinero, por más que siempre tenemos la impresión de que lo que hacemos no es más que verter una gota de agua en un desierto.

Hoy también ha tocado repartir dinero entre los huérfanos. Son más de doscientos y en ellos se incluyen exclusivamente los que están solos, es decir, los que no tienen ni siquiera a un hermano o a un pariente. Cada mes repartimos entre éstos setecientos cincuenta dólares. Otra gota de agua en el inmenso desierto.

Mientras hacíamos el reparto ha vuelto a presentarse el jefe del contingente militar. Estaba muy nervioso y ha irrumpido bruscamente dando gritos en la plaza que hay delante de nuestra casa, donde efectuábamos el reparto del dinero. Nos ha dicho que teníamos que haberle advertido previamente de lo que íbamos a hacer, pues le habían llegado noticias de que cientos de personas se dirigían hacia Bugobe y

se había temido lo peor. En fin, nos hemos disculpado y le hemos recordado que ésta es una actividad que hacemos cada mes, pero que en cualquier caso se lo recordaremos la próxima vez.

Hoy nos han dicho que nos van a dar la autorización para retirar el teléfono por satélite que tenían en depósito desde enero. Seis meses han tardado en decirnos que podremos usar lo que es nuestro. Ahora veremos cuánto tardan en dárnoslo.

Ha hecho mucho frío todo el día. Como estamos al sur del ecuador ahora es aquí invierno.

2 de julio

Ha sido un día tremendo. Después de la oración y la misa, he ido al campo con el hermano Miguel Ángel a repartir arroz. He vuelto por la tarde, con el hermano Fernando, a repartir ropa entre los niños. También hemos tenido una reunión con los profesores para darles cuenta de la nueva organización de las autoridades académicas.

Pero lo que ha marcado el día han sido dos noticias. Una buena y otra mala.

La buena ha sido que han liberado a nuestro amigo Joël. Nos ha contado cómo le detuvieron. Iba andando desde nuestra casa hasta el campo cuando oyó gritos y vio a un hombre correr. Inmediatamente se vio rodeado de gente con machetes que le preguntaban dónde estaba el otro. Él no sabía nada, así que se lo llevaron al contingente de soldados acusándolo de ser cómplice. Empezaron a pegarle brutalmente para que confesara; abrumado, confesó todo lo que ellos quisieron y entonces pararon. Por la noche volvieron con las palizas. A pesar del frío que hacía, le desnudaron y le dieron una ducha de agua fría. Luego lo arrojaron al suelo y lo revolcaron en el barro, mientras seguían pegándole. Aunque ya le habían quitado todo, hasta la ropa, le decían que si quería

calentarse debía pagar un dólar. Cuando se cansaron de él, ya estaba más muerto que vivo. Su liberación ha sido posible por la mediación de los dos sacerdotes ruandeses que viven con nosotros.

La mala noticia ha sido la muerte de una de nuestras profesoras, Ancilla. Hemos ido al cementerio, abierto en la ladera de la colina. Después de esperar un buen rato, hacia las cinco de la tarde, vimos llegar el cortejo, precedido de una cruz de madera. El ataúd estaba construido con tablas mal ensambladas y venía cubierto por un paño blanco en el que habían pintado una cruz negra. La gente venía cantando. Depositaron el ataúd justo al borde de la tumba. El catequista alternó la oración con los cantos. A su lado estaba la hija de Ancilla, Providencia, de dieciocho años, que ahora se queda sola. Estaba muy afectada por la muerte de su madre. Al acabar los cantos han metido el féretro en la tumba y lo han rociado con agua bendita mientras rezaban de nuevo. La muchacha ha arrojado dos o tres puñados de tierra sobre él y luego unos hombres han terminado la tarea. Encima han colocado una cruz, flores y tres velas encendidas. Me he limitado a acercarme a la muchacha, antes de que el grupo se dispersase, y a darle un fuerte abrazo. No me sentía capaz ni de decir una sola palabra, pues estaba a punto de echarme a llorar a causa de la emoción.

¿Qué futuro le espera a esta chica de dieciocho años sin su madre? Y como ella hay cientos, miles. El HCR sigue sin distribuir alimentos. La situación, que ya era difícil, empeora por momentos. Son seres humanos como nosotros, con sentimientos como nosotros, con fe como nosotros. ¿Por qué esta situación? ¿A qué se debe esta maldición que les ha caído encima?

Dios mío, Dios mío, ¿por qué nos has abandonado?

3 de julio

Esta noche me he despertado debido al fuerte grito que ha dado el hermano Miguel Ángel. Como nuestra casa es de madera y chapas, con las habitaciones separadas por simples lonas de plástico como el que usan los refugiados, se oye absolutamente todo, y más en el silencio de la noche. Al oír el grito, tanto Fernando como yo nos hemos despertado y hemos acudido a ver qué le pasaba. También él estaba despierto, pero no era más que una pesadilla. Todo es fruto del estado de nervios en que nos encontramos; esta tensión es nefasta para todo, incluso para las relaciones de comunidad, pero es algo que tenemos que asumir si queremos seguir aquí.

De todas formas, el hecho nos ha servido para flexionar, así que hemos decidido tomarnos un día de descanso, así, sobre la marcha, y a las nueve y media nos hemos ido los tres de excursión hacia las montañas que se ven desde nuestra casa. Es curioso cuánta gente nos hemos encontrado en los bosques; estaban recogiendo bambúes y leña para hacer fuego; el caso es que no parecía que hubiese alguien, pero por todos lados descubríamos gente. Nos hemos comido una tortilla y el contenido de unas latas y, ya por la tarde, hemos regresado a Bugobe. Allí nos estaba esperando Joël, con su mujer y su hijo de pocas semanas, para darnos las gracias por lo que habíamos hecho por él.

4 de julio

Hoy ha sido un buen día. Cuando he ido al campo, por la mañana, como todos los días después de rezar y desayunar, me he encontrado con que habían empezado a distribuir víveres entre los refugiados.

El HCR ha decidido levantarles la sanción, aunque les ha recortado las raciones. Al menos tendrán algo que llevarse a la boca y no se verán forzados a robar para sobrevivir. Espero que todo esto ayude también a rebajar la tensión insoportable que hemos vivido en las últimas semanas.

Por la tarde, aprovechando un corto tiempo de descanso, he dado un paseo por el campo. A pesar de que no hace buen tiempo, ya hay mariposas y son extraordinariamente bellas. Me he llevado un libro con la biografía del padre Champagnat. He leído algo de la época en que fundó nuestra congregación. Decía continuamente: «¡Aquí me tienes, Señor, para hacer tu santa voluntad!» En esa época se le presentó la oportunidad de confesar a un niño moribundo y descubrió la profunda ignorancia de la criatura. «¡Cuántos niños se encontrarán a diario en la misma situación y correrán los mismos riesgos por no tener a nadie que les enseñe las verdades de la fe!» Esta convicción fue determinante para lanzarse a fundar los hermanos maristas.

Al leer estas páginas he vuelto a recordar los momentos iniciales de mi propia vocación. Allí en Buitrago, por ejemplo, cuando daba clases mientras estudiaba delineación. Todo tenía sentido en función de Cristo y del servicio a los niños y jóvenes. Pero ¿quién me iba a decir a mí entonces que un día me encontraría en un campo de refugiados con miles de niños que no poseían nada y con la posibilidad de organizar un sistema educativo entero para gente que está deseando aprender? Por otro lado, ¿para qué sirve todo lo que hacemos aquí? Los niños son encantadores. Da gusto pasar la mano por su cabecita, que es como de terciopelo áspero. Tienen una cara linda y llena de paz. Sin embargo, los hombres que llevan machetes, que roban y matan sin remordimientos, también han sido así de agradables unos años antes. ¿Qué sucede para que el cambio sea tan grande? Claro que también en España pasa algo parecido. ¡Cuán-

tos de nuestros jóvenes son estupendos mientras están en el colegio y luego, cuando ocupan los puestos de sus padres, se convierten en tiburones sin escrúpulos, sedientos de ambición y de poder!

Es el misterio del corazón humano. Misterio que no entiendo y que, por otro lado, también descubro en mí mismo. Por eso sólo me queda decirle a Dios la oración del padre Champagnat cuando dudaba en fundar nuestra familia: «Aquí me tienes, Señor, para hacer tu voluntad.»

5 de julio

Ha sido un día tranquilo. Ha seguido el reparto de comida en el campo. Nos han hecho entrega de un giro de 4 500 dólares, que nos vendrán muy bien para poder seguir ayudando a toda esta gente. De hecho, hoy ha tocado el reparto de dinero a los alumnos finalistas.

El hermano Miguel Ángel, que ha estado en Bukavu esta mañana haciendo gestiones, ha notado ruidos raros en el coche. Se lo he pasado al mecánico para que lo revise. Si se nos estropea será una gran contrariedad.

Estoy aprendiendo el kinyarwanda, el idioma de los refugiados, y voy haciendo progresos rápidamente.

Ha venido la niña de las costras en las nalgas. El médico la está tratando y ha mejorado algo. Gracias a Dios.

6 de julio

Tenemos el coche averiado. Se ha roto uno de los soportes del motor con tanto brinco en estos caminos llenos de baches. He tenido que llevarlo a Irataba. Afortunadamente me lo han arreglado en seguida, de

forma que he podido estar en casa al mediodía para comer.

El hermano Miguel Ángel está cada vez más cansado y tenso. Le duele el estómago y duerme mal. Creo que habrá que plantearse que se vaya de vacaciones, aunque eso suponga que nos quedaremos solos Fernando y yo.

Por la tarde estuve en el campo. Apenas llegar nos cayó encima una tormenta de granizo de primera, que rompió muchas de las tiendas de los refugiados, las cuales están hechas sólo de plásticos y son muy frágiles. Durante dos horas se derramó sobre nosotros todo el granizo del mundo, mientras el cielo estallaba en truenos y relámpagos. Después siguió una fuerte lluvia. La consecuencia es que las tiendas de los refugiados —que aquí llaman «blindados»— que no se han roto están completamente inundadas, aumentando así la pesadilla en que tienen que vivir estas pobres criaturas.

Para colmo, los soldados han detenido a varios de nuestros alumnos, apenas unos niños, esta mañana, cuando iban a clase. Afortunadamente no les han hecho nada malo, pero se han reído un buen rato de ellos, divirtiéndose con el miedo que tenían, y les han robado absolutamente todo lo que llevaban antes de soltarlos.

Siempre te preguntas lo mismo cuando suceden estas cosas. ¿Cómo se puede pasar de la bondad que expresan los africanos cuando son niños a las crueldades que hacen cuando son adultos? Y la respuesta es siempre la misma: no entiendo nada ni tengo por qué entender. No he venido aquí a hacer un curso de sociología o de psicología, sino a amar. Y para amar no hacen falta muchos razonamientos. Hace falta decisión y corazón. Dios quiera que ambas cosas no me falten nunca.

9 de julio

He estado dos días sin escribir, en parte por el cansancio y en parte porque no había ocurrido nada especial. Hoy no ha sido así. Ha venido uno de los muchachos que nos ayudan en las clases, Ignacio, a contarnos que durante la tormenta que cayó el sábado un rayo destruyó su cabaña —su blindado— y mató a su hermanito. Estaba muy emocionado y nos pedía ayuda, pues se han quedado a la intemperie. He hablado con la comunidad del asunto y hemos podido conseguir algunos plásticos, sacados de un sitio y de otro, para que el resto de la familia pudiera construirse otro blindado y seguir tirando hasta Dios sabe cuándo.

Por otro lado, hoy nos han llegado las provisiones que teníamos encargadas. Kotecha nos las ha traído en su camión. Dos toneladas de harina, tres de arroz, una de azúcar y cuadernos. Con todo esto podremos seguir ayudando a la gente una temporada más, que será tanto más necesario cuanto menos provisiones reciban de parte de las organizaciones humanitarias. Dios quiera que no vuelvan a interrumpirse los suministros.

Por la tarde he estado con el hermano Fernando repartiendo pantalones a los niños del movimiento scout.

Otra noticia curiosa es que anoche, por primera vez, noté varias pulgas que me corrían por el cuerpo y también descubrí un insecto que llaman «chiqué», que se mete debajo de la piel de los dedos y allí deposita sus huevos, produciendo un picor muy molesto. Pues bien, se ha ido a instalar junto al dedo gordo de mi pie derecho. Son muy incómodos estos «vecinos», pero creo que tendré que ir acostumbrándome, pues en cuanto se vaya el frío van a aparecer como una verdadera plaga. Es una forma más

de «derramar la sangre» por Jesús, aunque sea de una manera tan prosaica y poco noble como servir de alimento a parásitos. Sin embargo, cuando Jesús se hace cuerpo y sangre y se deja comer por nosotros en la Eucaristía, está alimentando a personas que a veces se comportan con sus semejantes peor que estos pequeños bichejos. ¿Cómo se explica, de lo contrario, que buena parte de los asesinos hutus y tutsis sean católicos bautizados? En fin, el misterio del ser humano es muy grande y sólo porque la fe nos enseña que Dios nos ama es por lo que se puede creer que el Señor sigue interesado en una humanidad que es, como decía aquel filósofo inglés, peor que el lobo para con su propio hermano.

10 de julio

Las pulgas hoy se han cebado en mí y, por lo que han contado Miguel Ángel y Fernando, no he sido el único en «dar la sangre» por Cristo. Recuerdo que un santo decía que había dos tipos de martirios, uno a golpe de hacha y otro a golpe de alfileres. No sé si algún día nos llegará la hora del hacha y del machete, pero de momento estamos en la época de los alfilerazos. Cuando te pasas la noche casi en blanco torturado por las pulgas o los «chiqué», forzosamente tienes que ponerte en lo sobrenatural. O te vas de aquí, o te quedas diciéndole a Cristo «por ti, por ti y sólo por ti». Y es que sólo por Cristo se puede aguantar esto, especialmente nosotros, que no tenemos sueldos de ningún tipo, ni tan siquiera nos vemos rodeados del prestigio social del que se benefician los miembros de las ONG cuando pasan una temporada en un lugar como Nyamirangwe.

Por lo demás, esta mañana he estado, junto con Fernando y el padre Urbain, en Bideka para comprar comida que Urbain necesitaba para repartir entre algunos conocidos suyos. Hoy se han celebrado las

elecciones a los puestos directivos de los distintos niveles de estudios. Y hemos tenido un incidente con el destacamento militar que protege el campo. Han venido a controlar el molino, con la excusa de ver si estamos admitiendo como moneda los billetes de quinientos nuevos zaires que ya no están en curso; en realidad lo que quieren es controlar ellos el molino y cobrar una comisión. Han detenido durante un rato a nuestros obreros, sólo con el fin de intimidarlos para ver qué podían sacar. La mayor sorpresa ha sido que el jefe del destacamento se ha metido en nuestra casa y se ha instalado cómodamente en la pequeña sala de estar a ver un vídeo; Miguel Ángel le ha visto y le ha dicho que se fuera. Sé que es duro, e incluso arriesgado, enfrentarse a ellos, pero si no nos ponemos en nuestro sitio, terminaremos por tener miedo de ellos, como les ocurre a los ruandeses y a los mismos zaireños, con lo cual todo nuestro trabajo aquí se habrá terminado, ya que nos explotarán como explotan a su propio pueblo.

Cuando te pasan estas cosas experimentas necesariamente una fuerte soledad. Estamos amenazados por todos los sitios, pues ni siquiera los que están aquí teóricamente para protegernos lo hacen; al contrario, se convierten en los primeros extorsionadores. Sólo Dios, sólo Dios basta, como decía santa Teresa.

11 de julio

Hoy la Iglesia celebra la fiesta de San Benito. Al rezar esta mañana el breviario he tenido ocasión de meditar sobre este santo fundador, tan importante para Europa. No he podido dejar de pensar en España y especialmente en mi madre y en el resto de mi familia. De repente, una oleada de nostalgia se me ha subido a la garganta y no he podido evitar las lágrimas. Menos mal que, como estábamos en la capilla, he podido esconder el rostro entre las manos y así nadie se

ha enterado. Ha sido lo mejor, porque creo que todos experimentamos los mismos sentimientos, mezcla fortísima de añoranzas y miedos; por eso nos esforzamos en animarnos recíprocamente para no ceder a la tentación de coger las maletas y marcharnos.

Con respecto a san Benito, me ha gustado el texto seleccionado en el oficio, que es de la Regla que él escribió. Es curioso cómo las circunstancias, a pesar de ser tan distintas, se parecen tanto. San Benito vivió en una época difícil, con el mundo romano sometido a mil revueltas y guerras por las invasiones de los bárbaros, y él encontró en su corazón y en Cristo la paz suficiente para mirar a los problemas de su presente sin ningún miedo, ni siquiera el miedo a los propios defectos. Me he sentido muy consolado al leer estas frases: «Éste es el celo que han de practicar con ferviente amor los monjes, esto es: estimando a los demás más que a uno mismo; soporten con una paciencia sin límites sus debilidades, tanto corporales como espirituales; pongan todo su empeño en obedecerse los unos a los otros; procuren todos el bien de los demás, antes que el suyo propio; pongan en práctica un sincero amor fraterno; vivan siempre en el temor y amor de Dios; amen a su abad con una caridad sincera y humilde; no antepongan nada absolutamente a Cristo, el cual nos lleve a todos juntos a la vida eterna.» Yo no vivo en un monasterio; incluso nuestra vida de comunidad está sometida a las modificaciones de nuestras difíciles circunstancias. Sin embargo, aquí puedo amar y puedo hacerlo igual que si estuviera en España, en Silos por ejemplo, disfrutando de la paz y de la seguridad que te da el tener unos horarios y un seguimiento por parte de unos superiores. Puedo amar y de hecho estar aquí es ya un acto de amor, aunque sea un amor que hay que practicar en cada momento sin dejarse arrastrar por el genio o por el egoísmo. Estar aquí, junto a estos pobres refugiados que han sido abandonados por todos, es, como aconsejaba san Benito

a sus monjes: «estimar a los demás más que a uno mismo, soportar con paciencia sin límites sus debilidades». Cuando te preocupas por enseñarles, aun a sabiendas de que probablemente eso no servirá para nada, estoy llevando a cabo lo que aconsejaba el santo italiano: «procuren todos el bien de los demás, antes que el suyo propio; pongan en práctica un sincero amor fraterno». Y cuando el miedo se te sube a la garganta estás viviendo expresamente eso que también él decía: «vivan siempre en el temor y amor de Dios». Pero, sobre todo, lo que tengo presente estando aquí, y las circunstancias no me permiten olvidarlo, es la última frase recogida en el texto del breviario: «no antepongan nada absolutamente a Cristo, el cual nos lleve a todos juntos a la vida eterna». De eso se trata, efectivamente, de poner a Cristo en el primer lugar de nuestra vida, de confiar en su amor, de creer que al fin y al cabo lo más que nos puede pasar es que muramos como están muriendo tantos a nuestro alrededor, pero eso será poca cosa teniendo en cuenta que sabemos que más allá está abierta, de par en par, la vida eterna.

Por cierto, hoy he tenido mi primer problema con la policía desde que estoy aquí. Esta mañana, en Bukavu, mientras hacía las compras, me han detenido varias horas con la excusa de que no llevaba los papeles en regla, cosa que no era cierta. Querían que les diera veinte dólares, y como no los tenía encima no me querían soltar. Al final, cuando se han convencido de que no iban a sacar nada de mí, me han dejado en paz. Como decía ayer, si éstos son los que nos cuidan, estamos perdidos; son peores que las pulgas que nos devoran por la noche.

12 de julio

Hemos tenido un día muy difícil. Había miedo en la gente. Los rumores de nuevas matanzas y de movi-

mientos de tropas cerca del campamento ponían a todos en una situación próxima a la histeria. Algunos se han ido, sin saber dónde, quizá a encontrarse con la muerte en una emboscada. La mayoría, sin embargo, se ha quedado en el campamento.

Una vez más he experimentado la impresión de dibujar rayas en el agua, de no saber si nuestra presencia aquí sirve para algo. Pero también, una vez más, he dirigido mi mirada a Cristo crucificado y he comprendido que su sacrificio sí que fue aparentemente inútil y que, sin embargo, fue en esa inutilidad como nos salvó. Por eso, esta tarde tenía necesidad de leer algo que tranquilizara mi alma y me he ido a un viejo y querido libro, el de *Meditaciones* de Chiara Lubich, que siempre llevo conmigo. Abriéndolo al azar, he encontrado esta reflexión: «¡Te he encontrado en muchos lugares, Señor! Te he sentido palpar en el silencio profundo de una ermita alpina, en la penumbra del sagrario de una catedral vacía, en el palpar unánime de una muchedumbre que te ama y llena las arcadas de tu iglesia de cantos y de amor. Te he encontrado en la alegría. Te he hablado más allá del firmamento estrellado, mientras, de noche y en silencio, volvía del trabajo a casa. Te busco y a menudo te encuentro. Pero donde siempre te encuentro es en el dolor. Un dolor, cualquier dolor, es como el son de la campanilla que llama a la esposa de Dios a la oración. Cuando aparece la sombra de la cruz, el alma se recoge en el tabernáculo de su intimidad y, olvidando el tintineo de la campana, te ve y te habla. Eres Tú que vienes a visitarme. Soy yo que te respondo: "Heme aquí, Señor. Te quiero. Te he querido." Y en este encuentro, mi alma no siente su dolor, sino que está como embriagada en tu amor, invadida por ti, impregnada de ti: yo en ti, Tú en mí, a fin de que seamos uno. Luego abro de nuevo los ojos a la vida, a la vida menos verdadera, divinamente aguerriada para conducir tu guerra.»

Es una maravilla ver cómo el Señor acude en ayuda de nuestra debilidad y nos socorre con sus auxilios espirituales en el momento en que más lo necesitamos. Sí, yo también le quiero decir, como Chiara Lubich: «Heme aquí, Señor. Te quiero. Te he querido.» Estoy aquí, donde Tú me has puesto, por ser fiel a la historia de amor que empezamos los dos hace ya tantos años. Estoy aquí por amor a ti, porque antes, Tú, por amor a mí, supiste cumplir la voluntad del Padre y moriste en la Cruz. Tú por mí, Señor, y yo por ti. Tú diste la vida por mí y yo quiero darla por ti. Por eso el dolor, también el miedo y la sensación de inutilidad, ya no son para mí maldiciones, sino ocasiones para encontrarme contigo, para devolvarte algo, aunque sea muy poco, de la infinita deuda que tengo contigo. Conducido por ti estoy en esta guerra, tan distinta a la que se libra a mi alrededor. Esta guerra es tu guerra, la del amor, la de la lucha por rescatar de la muerte a estos pobres, a estos niños, a estos enfermos. Contigo, Señor, no tengo miedo, por más que el miedo siga siendo mi compañero más frecuente.

He estado casi todo el día en Irabata para que nos soldaran una pieza del molino que se nos estropeó ayer.

14 de julio

Hoy no he podido vencer la añoranza y me he acordado mucho de mi etapa en Kisangani, cuando llegué a África. Me he acordado de aquellos catorce grandes pabellones que se construyeron a finales de los años sesenta, en parte gracias al doctor Sanz Gadea y en parte gracias a la ayuda de Europa, especialmente de Bélgica. Yo llegué en 1983 y los hermanos estaban allí, con Chechi a la cabeza, desde 1978. Desde el principio tuve que ocuparme de los huérfanos, además de dar dos horas de clase de religión en el

centro para niños y jóvenes sin escolarizar y de ocuparme de las compras para la comunidad y el orfanato. Fueron aquellos unos años maravillosos y por eso me costó tanto obedecer cuando, en julio de 1985, recibimos la orden de abandonar el centro. ¡Qué difícil fue para mí aceptar aquella orden que ni yo ni los hermanos de comunidad entendíamos bien! Sabíamos que era necesaria una reestructuración de las actividades de los hermanos en el Zaire, sobre todo después de la decisión de que los hermanos ruandeses regresaran a su país, pero dejar aquel orfanato era muy duro para nosotros y para los niños. Cuando llegó el momento final, el 1 de julio, los niños rodearon la casa y se echaron a llorar. No podíamos ni salir. Si lo hacíamos se agarraban a nosotros y nos preguntaban, con lágrimas en los ojos: «¿Cuál será nuestro futuro?» Yo intentaba conservar la presencia de ánimo y sonreír, por más que por dentro estuviera tan angustiado como ellos. «Unas religiosas se ocuparán de vosotros. Os querrán y cuidarán mejor que nosotros», les decía, sin que mis palabras sirvieran para consolarlos. Tenían miedo, un miedo horrible. No había a corto plazo ninguna amenaza. No nos íbamos porque llegaran enemigos que pusieran en peligro sus vidas o nuestras vidas. Era todo muy normal y, sin embargo, era completamente insólito para unas criaturas que habían encontrado a nuestro lado un poco de consuelo y, quizá por primera vez en su triste vida, algo de ternura y de espíritu de familia. Hacía las tres dejamos el complejo. Recuerdo que Chechi se echó a llorar y entonces yo también lo hice. La angustia me venció mientras los huérfanos se repartían en dos filas para dejarnos pasar en el coche en el que nos íbamos y nos saludaban con sus manos y con sus lágrimas.

He pensado en todo esto estando aquí, en este campo de refugiados, donde hay tanta miseria y tanto dolor. Esto es mucho peor aún que aquello. He pensado en lo que sucedió en Kisangani porque no

sé qué ocurrirá si llega el momento en que tengamos que irnos de aquí dejándolos solos. Aquella experiencia, la de Kisangani, fue muy dura para mí. Me costó mucho obedecer y tuve que apretar los puños para hacer lo que Dios me pedía, y eso que no abandonábamos a los huérfanos a su suerte, sino que otras personas se iban a encargar de ellos, tan bien o mejor que nosotros. Pero si ahora tuviéramos que irnos de aquí, quizá sería más difícil. Por eso le pido a Dios que los superiores no nos ordenen irnos. Sé que estando aquí podemos morir. Sé que corremos su misma suerte. Pero el buen pastor no es el que huye cuando ve venir al lobo, sino el que se queda al lado de sus ovejas, dando su vida por ellas. Que sea lo que Dios quiera pero, a ser posible, que podamos compartir la suerte de estos pobres hasta el final, como Cristo compartió la nuestra.

Ha sido domingo. Por la mañana he estado en el campo, con mis hermanos de comunidad, participando en la misa con los refugiados. Por la tarde he vuelto para organizar juegos con los niños.

15 de julio

Ha habido una importante reunión en Bukavu de los responsables de la educación en los campos de refugiados de la zona: Karanibo, Nyakavogo, Mudaka Chabarhabe, Inera, Adi Kivu y Ena. Es muy importante que coordinemos esfuerzos y estrategias, pues de lo contrario, si vamos cada uno por nuestra cuenta, obtendremos menos que si nos mostramos como un frente unido. Afortunadamente para nosotros ya está ultimado el acuerdo con Cáritas, que va a patrocinar y proteger la misión educativa en Nyamirangwe.

El coche ha vuelto a darnos problemas. Se ha roto la chapa que protege el motor y que sostiene el radiador. Esta avería, tan sencilla de solucionar en Europa, aquí es un drama. He hablado con el res-

ponsable de Cáritas, el padre Cibambo, que ha sido muy comprensivo con nosotros y se ha ofrecido a prestarnos un coche todo el tiempo que dure la reparación del nuestro.

Llega un mensaje de Jeffrey, delegado del Consejo General para la zona en conflicto, que nos invita a ir a Goma para retirar una cantidad importante de dinero —32 000 dólares— que le ha sido confiada a un comerciante y que es un donativo de los hermanos maristas andaluces. Al hermano Miguel Ángel le ha salido un bulto, como un pequeño tumor, encima de la rodilla, lo que contribuye a aumentar su cansancio. Menos mal que ya le queda menos de un mes para irse de vacaciones.

16 de julio

Como todos los días, después de rezar laudes y participar en la misa, he desayunado y luego he salido fuera de casa. Esta vez no he ido al campo sino a Bukavu para emprender desde allí el viaje a Goma a fin de recoger el dinero que nos han prometido. Fernando me ha acompañado y de paso ha dejado nuestro coche en la ciudad y se ha llevado el que nos ha ofrecido Cáritas. En esta ocasión no hago el viaje en barco por el lago Kivu sino que consigo viajar en una avioneta y así he podido llegar más rápidamente.

Ahora estoy alojado en la comunidad marista de aquí. Mañana recogeré el dinero y si puedo volveré a Nyamirangwe; si no lo consigo hacer todo rápidamente tendré que esperar un día más.

Podría parecer que estar fuera del campo dos días son como unas pequeñas vacaciones. Sin embargo, no es así, aunque quizá debería serlo, pues terminas por sentirte tú también un refugiado más, expuesto a sus mil problemas y a todas sus inseguridades. Por eso es necesario salir de vez en cuando, para airearte y romper esa sensación tan fuerte de

enclaustramiento y de opresión. Sin embargo, a pesar de que sé que salir me ayudará a mejorar mi estado de nervios, estoy deseando volver. Han quedado solos Miguel Ángel, con su rodilla mala, y Fernando, al que no le sobran las fuerzas. Además, Fernando tuvo que dejar nuestro coche en Bukavu y volverse con el de Cáritas, que no tenía muy buena pinta.

Por lo demás, aquí en Goma las cosas están casi peor que en nuestra zona, pues las noticias son más alarmantes en cuanto al desarrollo de la guerra. He escuchado por la radio que siguen las matanzas en Ruanda y en Burundi. También me han contado que los tutsis de Zaire, los banyamulengue, están cada vez más inquietos. Parece como si se estuviera fraguando una fenomenal tormenta que puede estallar de un momento a otro. No sé qué pasará, ni quién ganará si estalla una guerra en Zaire; sí sé quién perderá: los pobres, los débiles, los que no tienen culpa de nada, tanto zaireños como ruandeses, sean de la etnia que sean. Suya será la sangre y suyas serán las lágrimas. Suyas y, quién sabe, también nuestras. Esto lo digo con pleno conocimiento de causa, pues ya han matado a tantos sacerdotes, religiosas y religiosos, que no es ninguna garantía de seguridad el ser blanco o el pertenecer a la Iglesia. Cuando el odio los ciega, nada los detiene. Algo parecido a lo que sucedió contigo, Señor, que también fuiste víctima del odio. ¿Cómo podría aceptar todo este absurdo si no hubieras ido Tú por delante abriendo camino y tragando cálices y cálices de dolor? Dame fe, Señor, porque si la fe en que eres amor me falla, todo se me hundirá bajo los pies. Todo.

18 de julio

Ayer pasé todo el día de trajines, de esperas, de ejercicio casi ilimitado de la paciencia. Hoy, por fin, estoy de nuevo en nuestra comunidad de Bugobe, con

los 35 000 dólares que teníamos que haber recibido en febrero pero que, al fin, han llegado a nuestras manos, aunque con cinco meses de retraso. Todo el viaje he tenido un miedo terrible a ser detenido por una patrulla de la policía o del ejército, como me sucedió hace unos días en Bukavu; si tal cosa hubiese ocurrido, no habrían dudado en despojarme de todo, e incluso me habrían matado, para no temer a la denuncia que sin duda hubiera hecho. Luego hubiera resultado muy fácil para ellos decir que algún refugiado me había robado, e incluso habrían apresado a algún inocente que, a base de palos, habría firmado la confesión que ellos hubiesen querido. En fin, gracias a Dios y a la Virgen, estoy en casa y con el dinero, el cual, por cierto, hemos dejado en el economato de Bukavu y en Kotecha, en depósito, para no correr el riesgo de tenerlo en casa y despertar la tentación de asaltarnos para robarnos.

En esta fecha y en este ambiente no he podido por menos que meditar en la guerra civil española. Han pasado muchos años desde entonces y todavía siguen abiertas algunas heridas en nuestro país. ¿Cuánto tiempo tardarán en cerrarse las que ahora existen en Ruanda? Y en el mismo Zaire, con el ambiente de enfrentamiento entre los banyamulengue y los adictos a Mobutu, ¿no tendremos pronto otra guerra civil que nadie sabe cómo podrá acabar?

La guerra es terrible. Me vienen a la memoria unas palabras que he leído en algún sitio y que se atribuyen a Pío XII, cuando intentaba poner freno a lo que después se conoció como segunda guerra mundial: «Nada se pierde con la paz. Todo puede perderse con la guerra.»

Pero si la guerra es terrible en cualquier parte, aquí, en África, parece más cruel y sanguinaria todavía. Las escenas de violencia son indescriptibles. Las narraciones de lo que ha ocurrido a pocos kilómetros de donde me encuentro, de lo que han sufrido estas personas, parecen sacadas de una novela sádi-

ca, fruto de una mente enferma. ¿Cómo se puede ser tan despiadado? ¿Cómo se puede matar de manera tan cruel y sistemática a miles y miles de personas?

Pero no son sólo éstos, los habitantes de África, quienes tienen los ojos ciegos de sangre. Porque, en realidad, ellos hacen lo que hacen porque otros se lo permiten e incluso los alientan. Detrás de ellos están unos nuevos «señores de la muerte», mercaderes de armas sin escrúpulos que acuden como buitres carroñeros allí donde hay cuerpos en descomposición para alimentarse de sus despojos. Es terrible ver que no tienen para comer pero sí tienen para comprar armas. ¿Con qué las pagan? ¿Con qué pagan las costosas municiones? ¿Por qué se permite este inicuo tráfico de material para asesinar, sabiendo positivamente cuál es su destino? Por si fuera poco, ¿cómo es posible que la comunidad internacional, conocedora de lo que está pasando, del genocidio que está teniendo lugar aquí, no se haya movilizad todavía? Pienso, como otros muchos, que aquí no se interviene rápidamente porque no hay dinero por medio, como sucedió cuando la invasión de Kuwait. No hay ganancias y por eso las naciones contemplan impasibles las muertes de unos cuantos centenares de miles de negros. Hasta es posible que piensen que así alivian la presión demográfica que amenaza con invadir sus cómodas y opulentas tierras. Sí, muchos de estos africanos son culpables de crímenes espeluznantes y de crueldades espantosas, pero probablemente serán más culpables aún quienes les ponen las armas en las manos o los que están cruzados de brazos emitiendo inútiles comunicados de solidaridad que no sirven para nada.

19 de julio

Esta mañana he hablado con el hermano Descarga. Quiere que nos vayamos con él a Nyanguezi, porque dice que allí estaremos más seguros. Me ha pedido

que intente convencer a los demás, especialmente a Servando, el superior, cuando vuelva. Es inútil. No podemos marcharnos y dejar todo el trabajo que estamos haciendo aquí. Además, tampoco es más seguro su refugio que el nuestro. Aquí contamos con un pequeño grupo de soldados zaireños para protegernos. Como están pagados por nosotros son bastante fieles, y no como los soldados de Mobutu, que son los primeros ladrones del país, en parte porque hace meses que no cobran su sueldo y consideran que tienen derecho a vivir del pillaje.

Más nos preocupa un grupo de profesores y colaboradores de nuestras escuelas. Hoy hemos tenido un altercado con ellos a propósito de los planes para el próximo curso. Quieren politizar todo esto. Quieren utilizarnos para sembrar el odio contra los tutsis, heridos como están por lo que consideran matanzas contra su etnia. Pero, a pesar de todo, nosotros no podemos convertirnos en títeres de una u otra facción. Estamos aquí como testigos de Jesucristo, para sembrar paz y no para avivar odios fratricidas. Cuando Miguel Ángel se lo ha dicho, he notado que el rencor brillaba en sus ojos. No ha sido fácil la reunión con ellos y personalmente he sentido miedo. Más miedo, casi, que de las bandas que de vez en cuando pasan cerca del campamento y que podrían caer sobre nosotros cuando quisieran. No sé por qué, pero he pensado en Judas. Se lo he dicho a Miguel Ángel: «Tenemos el enemigo en casa», y él me ha dado la razón, pero de momento no podemos hacer nada. Expulsarlos o enfrentarnos a ellos sería una provocación que ocasionaría sin duda una venganza cierta. Es cuestión de dar largas y esperar a ver cómo se van resolviendo las cosas, especialmente en este tiempo del verano. Si Dios quiere, a lo mejor para septiembre u octubre, cuando entremos en el nuevo curso, todo se habrá solucionado y algunas de estas personas se habrán ido de aquí con su odio a cuestas.

Súbitamente, a lo largo de la mañana, el HCR ha llevado a cabo su tercer censo de la población del campo. Nadie sabe para qué.

20 de julio

He ido a Bukavu a devolver el coche de Cáritas y a recuperar el nuestro; también a conseguir gasóleo y gasolina. No he conseguido nada. La escasez de carburante es enorme, lo que supone para nosotros una gran contrariedad, pues dependemos completamente de él. Sin ellos no funciona el grupo electrógeno, ni marchan los molinos, ni se mueven los coches. En fin, habrá que probar otro día.

Otra contrariedad, también grave, ha sido que el HCR ha decidido suspender de nuevo el reparto de víveres. No sabemos cuánto tiempo durará la suspensión, si varias semanas como la última vez o sólo unos días.

Lo mejor del día ha estado en el rato que he pasado en el orfanato por la tarde repartiendo la comida entre los trescientos niños a los que nos encargamos de alimentar. A veces me toca a mí llevar a cabo esta tarea y constituye uno de los mejores momentos. Quiero mucho a los niños. Quizá por eso me hice marista. En ellos no me cuesta ver el rostro de Cristo, que tan camuflado y deformado está en los mayores. Además, siempre me queda la esperanza de que, tratándolos bien, ellos sean distintos a los que los rodean; sé que las posibilidades de que no salgan como sus padres son muy pocas, pero para eso trabajo. Para eso y para amar a Cristo en ellos, pues siempre tengo presentes las palabras del Señor: «Lo que hagas al más pequeño, a mí me lo haces.» En este caso no les he dado el vaso de agua que Él dice que no quedará sin recompensa, sino la habitual papilla de sorgo, azúcar y leche; un manjar para ellos y una delicia para mí verlos comer con tanto apetito.

21 de julio

Domingo. La misa, como siempre, en Nyamirangwe y de más de dos horas. Al principio no había casi nadie y al final la iglesia estaba llena. Las dos niñas que han bailado hoy en las ofrendas parecían dos angelitos negros llenos de encanto y dulzura.

La sorpresa del día nos la ha dado la visita que nos han hecho esta tarde un buen grupo de curas y monjas que venían de celebrar, junto al arzobispo, el 75 aniversario de la parroquia de Burhale. Lo hemos pasado muy bien juntos. Cuando se tienen tantos problemas como tenemos nosotros y se experimenta cotidianamente el riesgo, el estar un rato en compañía de personas que viven del mismo modo y que tienen las mismas motivaciones es un paréntesis maravilloso, algo así como un pedacito de cielo en la tierra.

Durante la celebración se ha presentado un coche con las dos ruedas pinchadas. Hemos ayudado a arreglar una y le hemos prestado la que tenemos de repuesto nosotros para que pueda salir del apuro. Esperemos no necesitarla nosotros mañana. En todo caso, ni se nos ha pasado por la cabeza hacer otra cosa. Aquí la solidaridad no es optativa. Es cuestión de vida o muerte. Si no das ayuda quizá no recibas tú ayuda mañana y nunca se sabe lo que puedes necesitar. Además, si no ayudas a alguien es probable que le estés condenando a pasar graves apuros o incluso a la muerte, con lo cual ni se te ocurre dejar de hacerlo.

Otra buena noticia en el día del Señor: mañana volverán a repartir víveres. Esta vez el susto ha durado poco tiempo. Dios sea bendito.

22 de julio

Hoy es Santa María Magdalena. Nos hemos acordado de ella esta mañana en misa. El padre Twagirayezu nos ha recordado aquellas palabras tan hermosas que Jesús le dirigió cuando ella derramó el perfume de nardo sobre sus pies: «Mucho se te ha perdonado, porque mucho has amado.» Y nos ha invitado a amar mucho, porque también nosotros, a pesar de la vida de sacrificio que llevamos aquí, tenemos mucho de que arrepentirnos. Yo he sentido estas palabras dirigidas expresamente a mí, y no porque el buen padre Urbain las pronunciara en ese sentido. Así que he aprovechado un hueco para dirigirme a él y pedirle que me confesara. Me he sentido lleno de paz, una paz que contrastaba con la violencia y el miedo que se respira alrededor.

Me gusta mucho la confesión. Siento no hacerlo con más frecuencia. Me acostumbré a ella allá en mi noviciado de Maimón, en Córdoba. Siempre he notado una tranquilidad enorme después de recibir el perdón sacramental. También es verdad que en más de una ocasión me he preguntado si merecía la pena confesarse a la vista de la reincidencia en los pecados, quizá poco después incluso de haber recibido la absolución. Pero siempre he acabado por renovar el sacramento, en parte para buscar la paz y en parte como acto de fe en la Iglesia. Muchas veces no experimentas la fuerza de Dios. No la experimentas en ti y no la ves tampoco a tu alrededor. ¿Dónde está Dios cuando pecó, por qué me deja pecar? ¿Dónde está Dios cuando esta multitud hambrienta tiene que vagar de un sitio a otro dejando el camino lleno de cadáveres? Y, sin embargo, noto dentro la voz de Cristo que me invita a tener fe, a fiarme de él, a avanzar en la oscuridad, a creer que, pese a la falta de pruebas, Él ni me ha abandonado a mí ni ha dejado de lado a

estos infelices. No entiendo mucho de teologías, pero creo que la falta de fe en la fuerza de Dios, en el poder de la gracia, es uno de los problemas mayores. Es, sin duda, un gran misterio y muchas veces me veo zarandeado por él. Pero es un misterio que de vez en cuando se ilumina, como sucede cuando, por ejemplo, te confiesas. La paz que sientes, la paz que yo he sentido hoy, no tiene precio y es como cuando Tomás metió el dedo en las llagas de Cristo: basta para creer, porque he tocado. He tocado la paz, he tocado la fuerza de Dios, me siento limpio, nuevo, sano, fuerte. Quizá mañana estaré de nuevo un poco sucio, pero será cuestión de volver a empezar una vez más. A lo mejor en eso y sólo en eso consiste la verdadera santidad. Así por lo menos nos lo ha enseñado Chiara Lubich y creo que ella debe de saber bastante más que yo de las cosas de Dios y de los efectos de su amor.

Por cierto, hoy ha llegado a la comunidad el hermano Jeffrey, consejero general, que viene a hacernos una visita y a ver cómo estamos. Ha sido Miguel Ángel quien ha ido a buscarle hasta Kabumu, el aeropuerto de Bukavu. Nos ha referido la gran cantidad de trampas y sobornos que ha tenido que hacer en el aeropuerto para que dejaran entrar a Jeffery. Por si fuera poco regalo venir con un hermano, además de traerle ha venido cargado con otro tesoro: doscientos litros de gasóleo y veinte de gasolina, suficiente para ir tirando. Otro motivo más para darle gracias a Dios. Y pensar que lo que es normal en España —como llenar el depósito en una gasolinera— aquí se convierte en algo extraordinario y en causa de gozo. Claro que a lo mejor somos más realistas aquí, pues a base de no tener nada sabemos apreciar lo que valen las cosas y sabemos darle gracias a Dios por ellas. Allí, como tienes tanto, lo consideras normal y casi nunca te paras a pensar que en realidad lo único normal es que haya problemas en la vida. Me siento como alguien que ha estado enfermo y ha recuperado la sa-

lud; disfruto de esa salud con una intensidad que no notaba antes de la enfermedad; la disfruto y lleno mi boca y mi alma de gratitud hacia Dios, lo cual antes no hacía ni con la misma fuerza ni con la misma frecuencia.

23 de julio

Hoy nos han traído unos plásticos nuevos para poder mejorar las divisiones existentes dentro del baracón en el que vivimos. Son los mismos que los que el HCR ha distribuido entre los refugiados del campo para que rehagan sus tiendas. Han traído muchísimo material, así que hemos podido reconstruir también la iglesia e incluso ha sobrado. Uno de los que viven con nosotros, Augustin, el responsable del molino, ha sido todavía más previsor y ha solicitado quedarse con varios rollos de plástico, «para los cadáveres de los refugiados, si algún día hace falta», ha dicho. Fernando y yo hemos comentado que, aunque parecía algo de mal gusto, no dejaba de ser una buena idea, pues nunca se sabe lo que puede ocurrir. Bromeando, él me ha dicho que quizá podrían servir para nosotros mismos, tras lo cual los dos nos hemos santiguado y nos hemos echado a reír para no dramatizar demasiado.

Nuestra comunidad haría feliz al padre Champagnat. Vivimos en una pobreza casi absoluta y además vivimos también en una aceptable armonía. Las cosas importantes de la comunidad las vemos todos juntos y todos sentimos que el verdadero superior es Jesús, que está presente entre nosotros. De este mismo clima participan los dos sacerdotes ruandeses, Étienne y Urbain, y un poco menos Téléphore, que es estudiante, y Augustin, el del molino. Nuestra unidad es tan grande que nos sentimos enormemente protegidos por ella, como si, permaneciendo unidos, nada grave pudiera pasarnos. Sé que esto es una im-

presión y que si un día una de las bandas hutus decidiera matarnos, lo haría sin mayores dificultades, pero a pesar de eso, la unidad nos envuelve como un manto protector, como el manto de la Virgen que acoge a los peregrinos según se ve en algunos cuadros antiguos en España. Incluso si llegara el momento del martirio, la unidad nos habría ahorrado otro tipo de martirio mayor y peor: el de vivir en el infierno de la desunión. Eso sí que no es vida: tener que estar continuamente en guardia porque no sabes por dónde va a salir el hermano con el que convives; o no poder comunicarte con él, abrirle tu alma y desahogarte. Aquí, en medio de estas dificultades, con problemas tan variados y con la sensación de peligro que no nos deja nunca, es como si estuviéramos purificados de todo lo que no es Dios. La sensación de que podemos encontrarnos ante Él en cualquier momento es tan grande que nos ha liberado de todo lo que es superficial. Sólo Dios cuenta, sólo Dios basta como decía santa Teresa. Y en ese «sólo Dios» se hace más fácil renunciar incluso a los propios puntos de vista para que no se rompa la unidad. Resulta increíble ver hasta qué punto somos todos conscientes de esto, y cuando digo todos me refiero incluso a los que no viven como Servando y yo la espiritualidad de la unidad. Las circunstancias nos están dando una lección que nunca olvidaremos: la unidad nos hace fuertes en medio de las dificultades; la división nos destruye, aunque alrededor no existan problemas.

24 de julio

No sé por qué, después de las buenas noticias de ayer, con los plásticos nuevos que han servido para renovar tantas tiendas en Nyamirangwe y arreglar nuestra propia casa, hoy me he sentido triste. Quizá es porque como no estamos acostumbrados a las buenas noticias, después del éxtasis de alegría que

ayer nos encendió a todos, hoy ha venido la resaca. Quizá se deba a las noticias que han llegado desde Burundi. Hay muchos rumores sobre inquietud en el ejército contra los hutus que están en el gobierno, incluido el presidente. Si allí se rompe el equilibrio, definitivamente los refugiados estarán perdidos.

Se lo he comentado a Jeffrey en la reunión personal que he mantenido con él, como delegado del superior general, y él me ha invitado a que aprovechara algún hueco libre para leer algunas páginas de la vida de Champagnat, especialmente de los muchos momentos difíciles que tuvo que pasar para llevar adelante la congregación. Así lo he hecho y me he centrado en aquella época inicial, cuando tanto costaba que nacieran vocaciones. Nuestro padre le dijo entonces a la Virgen: «Ésta es obra tuya. Tú nos has reunido, a pesar de las contradicciones de la vida, para dar gloria a tu hijo; si no nos ayudas, pereceremos; nos apagaremos como una lámpara sin aceite. Pero si perece esta obra, no perece nuestra obra, sino la tuya. Tú lo has hecho todo entre nosotros; contamos contigo, con tu ayuda poderosa, y contaremos siempre con ella.» Muy poco después, como es sabido, llegó un muchacho que había salido de los lasalianos y a través del cual entraron ocho novicios; por cierto, ese chico terminó marchándose, pero los que metió en la congregación se quedaron.

El caso es que yo también le he dirigido a María la misma oración que Champagnat: «Esta obra es tuya. Si no nos ayudas, pereceremos. Pero si perece esta obra, no perece nuestra obra, sino la tuya. Tú lo has hecho todo entre nosotros; contamos contigo, con tu ayuda poderosa, y contaremos siempre con ella.»

No me cabe la menor duda de que la Virgen me ha escuchado. Lo que pasa es que no sé en realidad qué pedirle. Para los refugiados sí lo tengo claro, como para las hermanas que están en su convento aquí al lado o para mi propia comunidad. Pero no sé

lo que conviene para mí mismo. ¿Y si lo mejor fuera que me tocara dar la vida para defender a estos pobres indefensos? ¿Y si Dios quisiera para mí el martirio? Sé que Dios no desea la muerte ni el sufrimiento de nadie, pero sé también que hay una página de misterio en el libro de los designios de Dios que ningún hombre puede leer. Ahí está, como prueba, la historia del mismo Cristo, que también suplicó a Dios que apartara de Él el cáliz de la amargura. Y ni siquiera la Virgen pudo hacer nada para evitar que tuviera que beber el cáliz hasta la última gota. ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Qué va a permitir que ocurra con nosotros? No lo sé, no lo sabemos. Pero en medio de esta oscuridad, sé que no nos dejará de su mano nunca y que la Santísima Virgen no dejará de protegernos. Dicen que la sangre de los mártires es semilla de cristianos. Quizá la mía esté llamada a eso, aunque sé que no soy digno de semejante privilegio: dar la vida por Cristo. Pero si así fuera, sólo me cabe encomendarme a Dios y a la Virgen para que el sufrimiento no sea insoportable y para que no me fallen las fuerzas a la hora de dar testimonio de mi fe y de mi amor por ellos.

Que así sea.

25 de julio

Fiesta de Santiago Apóstol, patrono de España. Como no podía ser de otro modo, lo hemos celebrado por todo lo alto, dentro de lo que permiten nuestras miserables posibilidades. Los padres Étienne y Urbain han concelebrado la misa, más solemne que de costumbre. Estábamos todos reunidos, incluidas las hermanas ruandesas y también algunas personas de Bugobe e incluso alguno de los refugiados de Nyamirangwe a los que habíamos invitado especialmente. Al final de la misa, los tres españoles hemos cantado ese «Salve, Madre, en la tierra de mis amores, te saludan

los cantos que alza el amor». Teníamos la voz entrecortada por la emoción y nos ha costado mucho cantarla entera, sobre todo el final, cuando se dice eso de que «y si de ti me olvidare, tú no te olvides de mí». Un fuerte aplauso ha seguido a una canción que todos hemos cantado como si fuera la primera y la última vez que lo hacíamos.

Antes, los cuatro de la comunidad habíamos orado y leído el texto del oficio de lecturas dedicado a Santiago Apóstol. Después de la misa, el desayuno, con pequeños lujos que habíamos estado guardando para este momento: unas galletas de chocolate procedentes de un reparto de Cáritas y hasta mermelada en esos pequeños estuches individuales que permiten que no se estropee. La leche en polvo nos ha sabido más buena que nunca porque no nos hemos racionado el café como solemos hacer siempre.

Pero la contrapartida ha sido la oleada de nostalgia. Todos, incluso el hermano Miguel Ángel que es el más fuerte, nos hemos sentido atenuados por ella durante todo el día. Procurábamos no pensar mucho en España ni en nuestras familias, y mucho menos manifestarlo, pero era visible en las caras.

Así han pasado la fiesta del patrono de España tres españoles que están tan lejos de su patria. Hay que ver cómo la queremos y cómo la echamos de menos. Sin embargo, por nada del mundo volveríamos allí si eso significara tener que renunciar a lo que Dios quiere de nosotros. Somos ciudadanos del mundo y ahora Zaire es nuestra patria y estos hombres y estas mujeres son nuestros hermanos, nuestros hijos y nuestros padres. El lingala es mi lengua, como lo es el castellano o el francés. Siento que sólo así soy plenamente católico, es decir, universal. Sólo si en mi corazón cabe el mundo entero soy un verdadero discípulo de Cristo. Por otro lado, ¿no es esto ser español? Y es que cuando naces en Castilla te acostumbras a los horizontes abiertos y a que las barreras de distancias, de lenguas o de países no sean

demasiado importantes, y por eso, con gran facilidad, te sientes en cualquier sitio como en tu casa.

Por cierto, en la comida, que también ha sido un poco más generosa de lo ordinario, hemos cantado *Asturias, patria querida*. Y ahí sí, ahí, al acabar, hemos llorado los tres y eso que ninguno es asturiano. Claro que se nos ha pasado en seguida porque hemos arrancado con el *Que viva España*, con los demás coreando a su modo las palmas.

En fin, un buen día para recordar y para encomendarnos a nuestro patrono y a la Virgen que a él le dio tanta fortaleza.

26 de julio

Ha hecho un frío tremendo, nueve grados, lo cual es mucho para esta zona, especialmente porque no tenemos prácticamente nada con que protegernos. Nuestra casa es muy frágil y los refugiados están todavía peor, defendidos sólo con plásticos.

He ido con Jeffrey y Kabera a Bukavu y Nyan-guezi. Allí he estado con nuestra comunidad y hemos podido intercambiar noticias sobre la situación y sobre lo que conviene hacer. Todos estamos preocupados por lo que está pasando en Burundi, especialmente los dos sacerdotes ruandeses que viven con nosotros. Ha habido un golpe de Estado protagonizado por los miembros tutsis del ejército. El presidente Sylvestre Ntumbantuganya se ha refugiado en la embajada de Estados Unidos y el primer ministro ha presentado la dimisión, con lo cual se ha producido un vacío de poder que no augura nada bueno.

Parece inminente una ofensiva tutsi para solucionar el problema de los refugiados y el problema de las guerrillas interahamwe que se escudan en los campos para mantener una situación que les permita entrar un día en Ruanda y en Burundi y recuperar el poder. La supresión de los hutus que estaban

en el poder en Burundi facilita una acción global de los tutsis y no creemos que esa campaña vaya a tardar mucho.

Que Dios nos proteja y que cuide también de estas criaturas inocentes.

27 de julio

Los días buenos y malos se suceden con gran rapidez. Las cosas han empeorado súbitamente. Los interahamwe han hecho de nuevo su aparición en la zona. Han estado en Bukavu. Monseñor Munzihirwa, el arzobispo, se las visto y se las ha deseado para hacerles respetar los templos y las vidas de sacerdotes y religiosas. Querían de él que cooperara y que aconsejara a todos los hutus de la zona que emprendieran la huida hacia el interior del Zaire. Ésa va a ser la política a seguir desde ahora en adelante por todos estos grupos armados. Saben de sobra que los refugiados son su escudo protector. Su presencia sirve para atraer las ayudas internacionales y buena parte de esas ayudas logran transformarlas en dinero con que comprar armas y mantener abiertas las posibilidades de regresar a Ruanda y derrocar al gobierno tutsi. Al margen de si unos son mejores o peores que los otros, para la Iglesia y para nosotros la solución no está en la guerra interminable sino en la paz. Con la guerra los que más sufren son los inocentes, estas masas de miles y miles de personas sin hogar que llevan desde 1994 huidos de sus casas.

En fin, todo es terriblemente complicado y lo malo es que la historia no ha terminado. Ahora que el gobierno tutsi de Ruanda quiere dar la oportunidad a los refugiados para que vuelvan, son los antiguos militares hutus quienes no lo desean. Dicen a los de su etnia que si vuelven van a matarlos a todos y que todos están implicados en lo que ocurrió en el 94. Les dicen que sus casas y sus campos han sido ya ocu-

pados por los tutsis y que allí no los espera más que el hambre. Pero la gente está deseando acabar con esta vida miserable y son mayoría los que quieren regresar. Por eso las milicias hutus, los interahamwe, requieren de nosotros y del arzobispo Munzihirwa que convenzamos a los refugiados para que los sigan hacia el interior de Zaire si llegan a la zona los ban-yamulengue y los tutsis de Ruanda, sus aliados. De ahí las amenazas y de ahí el terrible riesgo que corremos al encontrarnos entre dos fuegos; para unos somos incómodos porque no colaboramos con ellos; para otros somos enemigos porque hemos ayudado a los refugiados hutus durante años. En fin, parece que por esta vez el arzobispo ha tenido éxito y que las milicias se han retirado de Bukavu sin causar graves daños.

Por cierto, hemos sabido que ha sido asesinado un hermano marista. Estaba cruzando la frontera con Burundi y se había quedado rezagado del grupo para ayudar a unas religiosas. Uno más que se une a una larga lista de maristas muertos en esta estúpida guerra fratricida. Recuerdo a los hermanos Fabien, Gaspard y Pierre, que se habían acogido a la seguridad del seminario de Kabgayi, junto con otros sacerdotes y religiosos, y donde todos ellos encontraron la muerte. O al hermano Joseph, que era hutu, y que murió junto al hermano Chris Marmion, inglés, asesinados cuando iban a Save para intentar que liberaran a otros hermanos maristas allí retenidos y cuyos cuerpos aparecieron calcinados.

En todo caso, aunque todos sabemos el riesgo que corremos, las noticias de nuevas muertes nos impresionan muchísimo. Los ruandeses que viven con nosotros, Kabera, Urbain, Téléphore y Augustin, así como las monjas, se estremecen cada vez que llega alguna novedad de este tipo. A veces son personas conocidas y queridas, cosa que lo hace más duro todavía. Para nosotros mismos es un claro aviso de que lo que le ocurrió a este hermano nuestro

nos puede suceder cualquier día a nosotros, sin importar que seamos europeos, pues como se ha visto en tantos casos, cuando llegan con intención de matar, no se salva nadie, por mucha autoridad que tenga en la Iglesia o por muy blanca que tenga la piel.

María, no abandones a tus hijos en esta colina de lágrimas, en este campo donde los pobres no tienen más esperanza que la que les viene del cielo.

28 de julio

He ido a Kavumu, el aeropuerto de Bukavu, a recoger a Jeffrey, que había hecho una rápida visita a Goma. Eso me ha llevado casi todo el día, por lo pesados que son los trámites en el aeropuerto.

Por la tarde hemos tenido reunión comunitaria con el visitador general para pasar revista a nuestra vida espiritual y a las relaciones personales entre nosotros.

El asesinato del hermano marista ha pesado todo el día sobre nosotros como una enorme losa que no lográbamos quitar de nuestro ánimo.

29 de julio

A pesar del enorme disgusto de anteayer, por la noticia del asesinato de nuestro compañero, y del riesgo que corremos con las milicias hutus instaladas en Bukavu y amenazando al arzobispo, hoy mis compañeros de comunidad han querido tener un detalle conmigo. Siempre bromea con eso y como hoy ha sido la fiesta de Santa Marta, me han querido homenajear a su modo. Dicen que yo soy como Marta, siempre trabajando, siempre pendiente de los pequeños detalles, siempre procurando que las cosas no falten o que falten lo menos posible. Es verdad

que me gusta ser así y que es lo que he intentado hacer desde que me consagré a Dios como marista y desde que vivo la espiritualidad de la unidad. De ambos, de Champagnat y de Chiara Lubich, he aprendido el secreto de las cosas pequeñas. Es lo que nuestro fundador nos enseñaba con lo de las violetas sencillas y humildes que, sin embargo, perfuman todo a su alrededor. Es lo que dice Chiara cuando nos insiste en que la grandeza de las cosas está en el amor con que las haces.

En fin, por eso me han hecho una pequeña y sencilla fiesta hoy. Por eso y porque necesitamos hacer como si no pasara nada, como si fuéramos una comunidad normal en un sitio normal. El hermano Miguel Ángel decía hace unos días que, sin darse cuenta, empieza a pensar como un refugiado más y a sentir cada vez más miedo. Estamos condicionados por los límites que nos impone el refugio en el que se ha convertido nuestro campamento y esta pequeña población de Bugobe, tan cerca, a tan sólo tres kilómetros, de las miles de personas que se agolpan en Nyamirangwe, por no citar a los de Nyangezi y tantos otros campos como surcan la frontera de Zaire con Ruanda y con Burundi. Por todo eso, necesitamos aprovechar cualquier excusa para comportarnos como si nada pasara a nuestro alrededor, como si fuéramos profesores normales que empiezan las clases a su hora y reciben la comida a mediodía y la cena por la noche para luego irse a descansar a la sala de estar y más tarde a sus habitaciones. Los seis mil niños y jóvenes que atendemos en este campo son para nosotros como los mil quinientos que hay en tantos colegios de Madrid, por ejemplo, por más que todos éstos vayan descalzos, muchos sean huérfanos y casi todos estén esqueléticos o tengan el estómago inflado por las infecciones. Si no conseguimos hacernos con un ambiente psicológico de normalidad, estamos perdidos. Y es casi imposible lograrlo. Por eso, en medio de las mayores tensiones, aprove-

chamos cualquier excusa para quitar hierro al asunto, para bromear, para engañarnos a nosotros mismos y hacer como si lo que está ocurriendo a nuestro alrededor no tuviera la menor importancia. Es la única manera de sobrevivir, de no permitir que el desaliento nos derrote por dentro antes que la enfermedad o las balas lo hagan por fuera.

En fin, que santa Marta, la trabajadora, nos ayude y nos sostenga en nuestra actitud de servicio. Lo necesitamos, lo mismo que necesitamos no perder de vista la vida espiritual, que es la que nos infunde motivos para seguir haciendo las cosas en lugar de echar a correr lejos de todo esto.

Por cierto, hoy se ha marchado Jeffrey, poniendo así fin a su visita. Miguel Ángel, Kabera y Augustin han ido a acompañarle hasta el aeropuerto de Kavumu. A Miguel Ángel le han «asaltado» dos personas que, delante de la policía del aeropuerto, le han acusado de tener con ellos una gran deuda. Durante hora y media ha tenido que defenderse de sus acusaciones, completamente falsas, delante de la policía que probablemente estaba compinchada con los maleantes. Afortunadamente, cuando comprendieron que no iban a sacar nada de él, le dejaron en paz. Así son las cosas en esta tierra: con frecuencia, los que tienen la misión de cuidarte son los más peligrosos enemigos.

30 de julio

Hoy he leído una página de la biografía de Champagnat y me he detenido en aquel momento tan difícil para la joven congregación, cuando el sacerdote Courveille le disputaba a nuestro fundador la primacía en el instituto, con grave daño para los hermanos que no le querían. El padre Champagnat había estado muy enfermo y todavía lo estaba, lo cual había servido para que Courveille aumentara su tiranía so-

bre la comunidad, con lo que ésta estuvo a punto de disolverse. Apenas repuesto Champagnat, poco antes de que Courveille se fuera definitivamente del instituto, llegó un muchacho solicitando la admisión al noviciado. Le hicieron subir a la habitación de Champagnat, donde estaba en ese momento Courveille; éste le describió la vida religiosa con los tonos más duros y le habló de las grandes dificultades que debería superar si se decidía a ingresar en la congregación. Champagnat, entretanto, para no contradecirle públicamente, guardaba silencio. El joven estaba cada vez más desanimado y ya se disponía a irse para no volver cuando nuestro padre le hizo una seña para que se quedara a solas un momento con él. Entonces le llevó a la capilla, a la cual le costó mucho llegar por cierto porque apenas podía andar. Allí le señaló la imagen de María y se cuenta que le dijo: «Ahí tienes a la augusta Virgen, es nuestra buena Madre. Será también la tuya si te quedas en esta casa que le está consagrada y te ayudará a superar las dificultades de la vida religiosa. No podemos decir que el yugo de Jesucristo sea duro y pesado, ya que el mismo divino Salvador, que es la Verdad suma, nos enseña que su yugo es suave y que llevarlo constituye un consuelo y una dicha. Te garantizo que encontrarás mayor satisfacción, alegría y contento en el servicio de Dios que los que podrían proporcionarte todos los placeres del mundo. Ven, pruébalo y verás. La vida religiosa nada tiene de difícil para quienes están animados de buena voluntad. No temas; te prometo la protección de nuestra buena Madre, que te cuidará como a un hijo. Te espero, pues, uno de estos días, no me falles.»

Y el muchacho no le falló. Volvió, se hizo religioso y fue siempre fiel a la Virgen y al instituto.

Meditando sobre esto, me ha parecido estar en una situación semejante. Desde fuera todo lo que hacemos aquí puede parecer heroico. Las dificultades físicas, los problemas para conseguir alimentos, los

peligros de enfermedades y de atentados, todo eso hace que nuestra experiencia en Bugobe tenga muchos tintes de dramatismo y de heroicidad. Pero, si ves las cosas desde Dios, si miras a tu propio corazón, son de otra manera. Es completamente cierto lo que nuestro fundador le aseguraba a aquel postulante. Nosotros sentimos que somos afortunados. Estamos aquí porque queremos y no cambiamos nuestra vida ni nuestro destino por cualquier otro. El hermano Benito Arbués continuamente nos está diciendo que cuando queramos podemos retirarnos y que otros hermanos vendrán a sustituirnos pues hay muchos voluntarios en la congregación. Pero es que somos nosotros los que no queremos irnos. Para nosotros es un privilegio estar aquí, dar la vida por Cristo que está presente en esta multitud de desheredados. No nos importan los sacrificios ni los peligros, y no porque no los sentimos o no tengamos miedo, sino porque hay algo más fuerte que nos invade, nos sostiene, nos mantiene en pie. Creo que es aquí, en situaciones límite como ésta, donde se experimenta incluso físicamente lo que es la gracia de Dios, ese tipo de fuerza que notas y que te hace capaz de hacer cosas que hasta ese momento consideraste fuera de tu alcance.

Además, está la promesa de Champagnat al postulante: «No temas; te prometo la protección de nuestra buena Madre, que te cuidará como a un hijo.» Sí, sabemos que ella no nos abandonará, como no abandonó a su Hijo crucificado. Puede ser que nos toque morir, como Él murió, pero ni aún así estaremos abandonados de nuestra Madre.

Y, por último, las palabras de Champagnat, que siento proféticas y dirigidas especialmente a mí: «Te espero. No me falles.» Por eso hoy le he renovado a mi querido fundador mi fidelidad absoluta. No quiero fallarle a la congregación; no quiero fallarle a él, ni a la Virgen, ni a Cristo, ni a estos miles de hermanos desconocidos, alguno de los cuales, quizá,

guarda un machete con el que un día me cortará la cabeza. Ni siquiera a él quiero fallarle, porque sé que sólo muriendo por él le salvaré, como Cristo hizo conmigo.

31 de julio

Ha sido un día terrible. Ahora mismo, cuando escribo el diario antes de acostarme, son ya las cuatro de la madrugada y me alumbro con una linterna.

Durante la jornada parecía que todo iba normal. He dado clases en el campo, como siempre, y al mediodía he sabido que a Miguel Ángel le han robado mientras hablaba con Kotecha cuatro de los veintiocho bidones de aceite de motor que había comprado en Bukavu. Estaba muy enfadado, pero entre todos le hemos tomado el pelo y hemos tratado de tranquilizarle.

Lo malo ha venido por la noche. A las diez me llegó aviso del campo y fui rápidamente para allá. Al llegar me encontré con un refugiado moribundo. Tenía el cuerpo molido a palos y vomitaba sangre por la boca, fruto de una paliza que había recibido al ser pillado in fraganti cometiendo un robo. Prácticamente había perdido el sentido. No sabía qué hacer, si llevarle a Bukavu al hospital o si conducirlo al contingente militar. Lo primero era lo más lógico, pero si se me moría en el camino cabía la posibilidad de que me acusaran a mí de participar en su muerte. Con lo corrompidos que están aquí los policías y los militares, todo es posible. Así que a eso de las once y media estaba ya en el contingente con el pobre muchacho moribundo que me había dejado la camioneta llena de sangre. Los militares, al ver cómo estaba y comprender que si se lo quedaban asumían un problema, me han hecho un interrogatorio para saber qué había pasado y luego me han permitido llevarlo al hospital. Allí he llegado en torno a la una

de la madrugada y, gracias a Dios, me han atendido muy bien y se han hecho cargo en seguida de la situación. Al llegar, el herido se ha recuperado un poco y daba la impresión de que podía sobrevivir. Entre una cosa y otra, se me ha hecho tardísimo cuando he llegado a Bugobe, a casa.

En el viaje de vuelta, aunque he limpiado la sangre como he podido allí en el hospital, no podía dejar de sentir una gran aprensión. Esa sangre mañana puede ser la mía. Y todo por un robo. Es decir, que te pueden matar en cualquier momento simplemente porque quieren robarte, o porque te ves envuelto en un lío del que no eres culpable.

Santa María de los refugiados, ruega por nosotros.

1 de agosto

Hemos empezado un nuevo mes con pocos cambios. He llevado y traído a Miguel Ángel al campo, siempre de camino hacia Bukavu, pues buena parte de mi trabajo diario consiste en desplazarme a la ciudad para hacer compras y diligencias. Al hacer el viaje, tanto Miguel Ángel como yo hemos podido ver en algunos sitios el reguero de sangre que fui dejando anoche con el coche, procedente del refugiado que llevé al hospital.

Una de las cosas que he hecho ha sido ir a verle. No tardaron en darme la noticia: estaba completamente roto por dentro; murió pocas horas después de ser ingresado y ahora estaba en el mísero depósito de cadáveres, esperando que alguien acudiera a identificarle o a reclamar su cuerpo antes de ser enviado a la fosa común. Ni siquiera sé cómo se llamaba. Anoche, en medio de la confusión, nadie se solidarizó con él. Todo eran gritos y maldiciones contra la pobre criatura, y total por haber robado un par de coles.

Siempre es el mismo drama, el único y verdadero drama, el de la maldad humana. ¿Cómo es posible

tanta brutalidad? ¿Por qué los mismos que sufren las vejaciones de los demás se convierten en crueles torturadores cuando se les da oportunidad para ello? Por unas coles matan a un hombre a palos. Y los que golpean son a su vez golpeados por otros, tan crueles como ellos, tan víctimas como ellos.

El caso de este muchacho es típico de lo que ha pasado en Ruanda. La locura, la ceguera, la sangre se apoderó de muchos y las víctimas empezaron a crecer. Luego, las víctimas tomaron la revancha y mataron con el mismo salvajismo del que habían hecho gala los anteriores asesinos. Es un círculo vicioso, una cadena de mal que te sientes incapaz de romper. Es una especie de visualización del pecado original: el pecado que se transmite y se contagia; el pecado que se copia y se imita, de víctima a verdugo, de verdugo a víctima. Alguien tiene que poner fin a esto. Y ese alguien, Señor, sólo puedes ser Tú. Tú detuviste en ti la cadena del odio. Tú demostraste que se podía responder con amor a la violencia. Tú, Señor, eres nuestro único salvador, nuestra única esperanza.

Por cierto, ha hecho mucho menos frío. Como nos levantamos tan temprano, tenemos ocasión de ver amanecer y también, por la tarde, de ver la puesta de sol. Son espectáculos extraordinarios, de película. El sol se levanta y se pone bañado en rojo sangre. Lástima que toda esta belleza no vaya unida a la serenidad entre los hombres. ¿O quizá será que la sangre que baña el sol procede de la que derraman los hombres?

2 de agosto

Después de rezar un largo rato, con laudes incluidos, y desayunar someramente, me fui al campo a trabajar. Al llegar a casa por la tarde me encuentro con una grata sorpresa. Miguel Ángel, que ha estado en Bukavu, ha traído el teléfono vía satélite. Ha venido

también cargado con todo lo necesario para instalar un servicio de radioaficionados y, para colmo de bendiciones, ha conseguido doscientos litros de gasóleo.

La misa la hemos celebrado hoy por la tarde y todos juntos hemos dado gracias a Dios por el don del teléfono y de la radio que hoy nos ha otorgado y que tanto tiempo llevábamos aguardando. Si nos atacan, no servirán de nada, pero con ellos parece que estamos menos solos. Vamos a ver cuándo podemos instalarlos y cuándo podemos comunicarnos con nuestras familias y con nuestros hermanos en España y en Roma. Nos ayudará también a hablar con Cáritas de Bukavu y con el Servicio Jesuita de Refugiados.

El camión de Kotecha ha venido cargado de cuarenta sacos de harina, otros tantos de azúcar y veinte sacos de arroz. Con esto podemos seguir alimentando a los más pobres del campo, especialmente a los huérfanos y a los inválidos.

Dios sea bendito. Gracias, Madre.

3 de agosto

No ha sido un buen día. He tenido un fuerte encontronazo con uno de los sacerdotes ruandeses, Urbain, el cual ha ido a quejarse al hermano Miguel Ángel, que le ha dado la razón en mi contra y que me ha llamado entrometido y desconfiado.

No me gusta escribir estas cosas, pero quiero hacerlo hoy por hablar de todo y no sólo de lo que hacen los demás. Todo el día he estado algo amargado. Cuando se rompe la unidad, cuando en la comunidad no hay amor recíproco, es como si el sol desapareciera. Todo carece de sentido y, tanto si las cosas externas son fáciles como si son difíciles, la situación se hace insostenible.

No he sabido qué hacer, aparte de examinar mi

conciencia y reconocer la parte de culpa que podía tener en mi comportamiento. Soy muy despistado. Con frecuencia llego tarde a los sitios. Me enredo y no sé cortar a la gente, con lo cual hago esperar a los miembros de la comunidad que me aguardan para comer o cenar. Quizá no son cosas grandes, pero en este ambiente de tensión hasta las cosas más insignificantes adquieren gran importancia.

En fin, intentaré corregirme y procuraré molestar menos a mis hermanos, pues ya tenemos bastantes problemas externos como para que aún añadamos la pérdida de la unidad entre nosotros.

4 de agosto

Hoy he conocido a un personaje singular. Se llama Twagidimana y es un huérfano ruandés de etnia hutu. Lleva en el campo desde antes de llegar yo, pero hasta hoy no había tenido ocasión de tratar directamente con él. Tiene nueve años y le falta un brazo, el izquierdo. No sabe bien cuándo dejó Ruanda, aunque, por lo que me han dicho otros, probablemente salió del país con su familia en las primeras oleadas de refugiados, en 1994. Los demás le miran mal y a veces hasta le maltratan. Parece ser que su madre, de la que no sabe si está viva o muerta, era una de las esposas de un jefe hutu de cierta importancia que se destacó por su crueldad contra los tutsis en las masacres de 1994. Al principio, en aquellos terribles momentos, incluso durante la desbandada inicial, Twagidimana, lo mismo que su madre y sus hermanos, eran muy bien considerados por el resto de los refugiados. Ahora, en cambio, la situación interna entre los hutus se ha vuelto muy tensa, casi parecida a una guerra civil dentro de una guerra civil.

Volviendo al pequeño Twagidimana, es un claro exponente de lo que está pasando en su pueblo. Los del grupo de sus padres, que serían los hutus vio-

lentos que participaron en el asesinato de miles de tutsis, están lejos y son odiados por su mismo pueblo. Él está solo, más débil que los demás porque le falta un brazo y más pobre que nadie porque no recibe ni siquiera la solidaridad de aquellos que padecen su misma suerte. En el reparto de comida le cuesta mucho hacerse con algún bocado, debido a las peleas que hay. Me han contado que el año pasado, cuando el gobierno ruandés, para precipitar la solución al problema de los refugiados, paralizó ochenta camiones del Programa de Alimentación Mundial que se dirigían a Bukavu, aquí, en Nyamirangwe, la situación se hizo enormemente difícil. Entonces Twagidimana estuvo más de una semana sin probar bocado y sólo se salvó gracias a que uno de nuestros hermanos maristas ruandeses, que entonces dirigían este campo, se dio cuenta a tiempo y le dio parte de su propia comida.

Ahora el pobre manco vaga por el campo como un pollito sin madre, desechado por todos. Es curioso cómo funciona el sistema de solidaridad en África. La persona vale muy poco. Vale en tanto es miembro de un clan, de una tribu. Si tu grupo está en desgracia o te has separado de él —de la manada, como si dijéramos—, estás perdido. Eso es lo que le pasa a Twagidimana. Él lo sabe, como sabe, a pesar de sus nueve años, que él haría lo mismo si fuera Kititi, otro niño de su misma edad pero que vive con su madre y sus hermanos, el que se encontrara en su situación. No hay concepto de caridad ni de respeto a la persona. Y eso que todos ellos están bautizados y que cuando el padre Joseph celebra la santa misa, como ha sucedido hoy, que es domingo, todos participan llenos de fervor. Hay que venir aquí, en situaciones tan extremas como ésta, para darse cuenta de lo que el cristianismo ha significado para Europa. Aunque lo que está pasando en Bosnia es también de una enorme crueldad, por no citar lo que sucedió en nuestro país en la guerra civil, lo que

estoy viendo en África no tiene parangón. Es la crueldad por la crueldad. Es la ausencia de remordimiento al ejercer el mal. Simplemente, no hay concepto ni de culpa ni de misericordia. Unos y otros, víctimas y verdugos, son bastante parecidos. Lo que hoy hacen unos, ayer, quizá, lo hicieron otros, o lo harán mañana.

Señor, me pregunto por qué no hablas y por qué no actúas para poner fin a tanto dolor. Pero también me doy cuenta de que somos nosotros los que te obligamos a guardar silencio, los que no te dejamos actuar. Cuando algunos filósofos y teólogos teorizan sobre la muerte de Dios, sobre lo inútil que es ya Dios en un mundo secularizado que ha llegado a una supuesta mayoría de edad, habría que invitarlos a venir aquí y que vieran este espectáculo. Sin Dios, sin un modelo de hombre como el que nos enseña Cristo, el ser humano muestra su verdadero rostro, más parecido al de una fiera que a esa criatura angelical y modosa que pensamos que somos. Salva a tu pueblo, Señor, y no lo abandones a sus propios instintos.

Por la tarde, como casi todos los domingos, he vuelto al campo para organizar los juegos de niños y jóvenes. He disfrutado mucho, pues hoy se ha llevado a cabo un campeonato de atletismo y los ruandeses han demostrado que tienen una gran preparación física a pesar de la penuria alimenticia a que se ven sometidos.

5 de agosto

Amanece y una espesa niebla cubre nuestra casa y todos los alrededores, campo de refugiados incluido. Rezo un rato y luego participo en la misa comunitaria, que hoy hemos celebrado por la mañana. Después me acuesto de nuevo y paso todo el día en la cama. Tengo fiebre. De nuevo la malaria. No me da miedo, porque ya estoy acostumbrado a estos ataques

y sé que tienen un ciclo y que hay que tener paciencia. Pero no deja de ser molesto. Estoy con desgana de todo y bastante mareado. Lamento mucho, además, ser una carga para mis compañeros de comunidad, como si no tuvieran ya muchas cosas que hacer para además cuidar de mí. Pero así son las cosas en misiones. A veces ayudas y en otras ocasiones eres tú quien necesitas ser ayudado. Una buena lección de humildad, en el fondo.

7 de agosto

Ayer pasé el día en la cama. Hoy ya estoy mejor. La labradora, un pájaro de aquí, como todos los días, me ha despertado al amanecer y aunque no estaba bien del todo me he levantado.

Me he encontrado con la sorpresa de que en estos dos días han instalado ya el teléfono y la emisora de radio. Faltan unos detalles que a lo largo del día ha intentado solucionar Augustin. Por la tarde hemos podido oír perfectamente la radio y así nos hemos enterado de que el cerco internacional se ha ido estrechando alrededor del régimen de Buyoya, el verdadero responsable del asesinato del presidente Melchor Ndadaye. Lo malo es que los que van a sufrir las consecuencias del embargo internacional son los de siempre, los más pobres y los más inocentes.

He estado, junto a Fernando, en el campo toda la mañana, repartiendo ropa y comida. Por la tarde se ha vuelto a estropear el grupo electrógeno, aunque Augustin lo ha arreglado en seguida.

Se oyen tormentas lejanas y se ven los resplandores de los relámpagos en el cielo. Sin embargo, sobre nosotros el cielo está muy estrellado en la noche, lo cual contribuye a aumentar la sensación de pequeñez. Si somos tan frágiles que un poco de fiebre nos desarma, ¿por qué no colaborar unos con otros para

hacernos la vida más fácil? Es el misterio de la condición humana. Más difícil de resolver, por cierto, que los más abstractos misterios de la fe.

8 de agosto

He pasado casi todo el día en Bukavu y allí me he enterado de que el hermano Cecilio, mi querido Chechi, ha muerto electrocutado en Kisangani. Me ha afectado muchísimo. Tanto que he olvidado hacer algunos de los recados que tenía pendientes. Cuando he llegado a casa, me he dado cuenta de que, entre mis olvidos, figuraba recoger el pasaporte de Miguel Ángel; menos mal que se lo ha tomado bien y que no me ha recriminado nada, haciéndose cargo de mi estado de ánimo, pues la tensión en la comunidad persiste, posiblemente debido al cansancio que todos padecemos, y basta cualquier cosa para que salten las chispas.

Me duele que las cosas en la comunidad no vayan como al principio. Sé que en buena medida es culpa mía. Aquí el tiempo no cuenta y cuando vas a hacer una cosa tienes que armarte de paciencia. Además, me han enseñado a escuchar y trato de atender a cada uno como si fuera la cosa más importante que debo hacer en la vida, pero eso a veces va reñido con otras cosas, como aprovechar el tiempo. El caso es que, por una cosa o por otra, suelo llegar tarde a casa, molestando a veces a los miembros de la comunidad, que están esperando para comer o para cenar o que simplemente tienen necesidad del coche para hacer alguna gestión. Hago todos los días propósito de enmienda y no lo consigo todas las veces que quisiera.

Quizá si viviéramos en condiciones normales estos problemas se verían más en su conjunto, se relativizarían bastante y no pasaría nada. Pero aquí, con el cansancio y con los mil problemas y tensiones que

nos desbordan, todos tenemos un poco los nervios a flor de piel. Dios quiera que vuelva pronto Servando, porque él tiene una capacidad muy grande para poner armonía en la comunidad y para unirnos a todos.

Por cierto, hoy me he permitido un pequeño capricho: he comprado un gatito que sus dueños, unos niños del campo, iban a matar. Les he dado unos caramelos y me lo he llevado a casa. Espero que sea útil no sólo para las muchas ratas que hay, sino también para que me sirva de consuelo y compañía en esos momentos de soledad que a veces vienen.

9 de agosto

Hemos rezado los laudes de difuntos esta mañana por el hermano Cecilio. En la oración me he acordado mucho de él, de lo bueno que fue siempre conmigo, de los buenos ratos que pasamos juntos en el asilo Mamá Mobutu de Kisangani, mi primer destino en África. Él ha muerto trabajando por los pobres de esta tierra, con una muerte que puede calificarse de «vulgar», poco heroica, poco novelesca. No le ha matado ningún bruto, no ha caído bajo las balas, no ha sido víctima del golpe de un machete. Ha sido algo tan corriente como un accidente laboral, cuando estaba trabajando en nuestro colegio de Kisangani. Ni siquiera podrá aspirar a ser considerado mártir, como los hermanos maristas y los otros religiosos y sacerdotes que han sido asesinados en esta tierra. Pero todo eso será así a los ojos de los hombres, porque Chechi estaba aquí por Cristo y era por Cristo por lo que se había metido en esa obra en la que se produjo el accidente. La descarga eléctrica que le fulminó, aunque no la asestara ninguna mano humana, ha segado su vida por el mismo motivo que si hubiera sido asesinado por un hutu o por un tutsi. Por estar en África al servicio de Cristo, de los po-

bres, de la Iglesia. Que Dios se apiade de su alma y sí, como espero, está ya en el cielo junto al Padre, que desde allí interceda por nosotros para que podamos cumplir bien nuestra tarea sin tenerle miedo a la muerte.

Han venido a vernos dos refugiadas, cada una con sus problemas. Una de ellas, Teresa, tiene dermatosis purulenta en su seno derecho. A la pobrecita le daba mucha vergüenza enseñarlo y por eso ha estado aguantando días y días sin decir nada. Al final, cuando ya el pecho se le ha llenado de costras con pus, se ha decidido a venir a nosotros. Puede parecer extraño que estas cosas sucedan en un ambiente como éste, pero es que aquí las mujeres no suelen ir con los pechos al aire, como en otras zonas de África. Además, como han sufrido tantos abusos, las que son honestas se cuidan mucho de dar indicios que hagan pensar que están dispuestas a mantener relaciones sexuales. En fin, le he dado a Teresa un tubo de pomada y unas gasas para que se cure ella misma, pues es imposible llevarla al hospital de Bukavu por un motivo como éste; siendo una refugiada y por algo que se considera insignificante a la vista de lo que tienen otros, no la atenderían.

La otra muchacha que ha venido se llama Claudette y quería medicinas para su hermano, muy afectado por la malaria. También la he ayudado dándole parte de mis propias medicinas, a la espera de poder comprar más mañana o pasado.

Miguel Ángel ha pasado toda la mañana en Bukavu para recuperar su pasaporte. Le han hecho esperar tres horas y al final ha tenido que salir sin nada. Es lo que comentaba ayer: la medida que aquí hay del tiempo es totalmente distinta a la que tenemos en España. Quizá los africanos no lo notan tanto, pero a nosotros estar tres horas esperando inútilmente y para nada es algo que nos rompe los nervios. Esto, sumado a la malaria y a tantos otros sufrimientos, sí que es un martirio. Un martirio cotidiano e incruen-

to, pero quizá más difícil de aceptar que aquel otro que se presenta de momento y dura unos instantes.

10 de agosto

San Lorenzo, mártir. Esta celebración nos ha hecho pensar a los tres que formamos la comunidad y también a los dos sacerdotes ruandeses. Fue un mártir notable, que supo dar la cara por Cristo y que, según la tradición, no perdió el buen humor ni siquiera cuando le daban martirio. Pero fue un hombre cercano a los pobres, desde su trabajo de diácono encargado de administrar los bienes de la Iglesia. Según cuentan, cuando los romanos le ofrecieron salvar su vida si les decía dónde se guardaban los tesoros de la Iglesia, les pidió que le acompañasen y los llevó a los barrios pobres de la gran urbe. Allí, señalando a la multitud de menesterosos a los cuales la Iglesia atendía con sus limosnas, dijo: «Éstos son los tesoros de la Iglesia.» Naturalmente, le mataron.

Quiero hacer de san Lorenzo un patrono muy especial en estas circunstancias. También aquí, cuando miro alrededor y veo la inmensa miseria que hay, no puedo por menos de pensar: «Este es el tesoro de la Iglesia.» En España, por ejemplo, algunos de los alumnos de nuestros centros están obsesionados por la ropa de marca y los hay que llevan zapatillas de deporte de hasta doce mil pesetas. Con esa cantidad puede vivir aquí una familia durante un mes, y eso que los precios de las cosas son abusivos. Con esto no quiero decir que aquellos, los alumnos ricos de los colegios ricos, no sean también, a su modo, pobres que necesitan ayuda. Pero hoy, día de San Lorenzo, no puedo sino alegrarme de estar aquí, al servicio de estos pobres entre los pobres. Y si me devora la malaria, me comen las pulgas y las chinches, me salen parásitos en el estómago o, si Dios lo permite, me matan a golpes de machete como han hecho ya con

tantos, seré un afortunado por dar mi vida por Cristo presente en estos hombres, en estas mujeres, en este hormiguero de niños. Seré feliz, como lo fue san Lorenzo. Y ojalá pueda mantener el buen humor y la fidelidad, como él, hasta el final.

Por cierto y a propósito de esto, he estado todo el día fatal del estómago. Era mi cuota cotidiana de martirio.

11 de agosto

Si ayer celebré la fiesta de San Lorenzo, hoy no he podido menos que recordar a santa Clara, la compañera de san Francisco de Asís. En este día, todos los que participamos de la espiritualidad de los focolares nos acordamos de la fundadora, Chiara Lubich, y elevamos al cielo nuestras oraciones por ella, por su salud, por el éxito y difusión del movimiento de la unidad que ella puso en marcha allá en 1943. ¿Sería yo el mismo si no hubiera conocido los focolares? Es una pregunta de difícil respuesta. Pero pienso que cuando Dios permitió y quiso que los conociera es porque era lo mejor para mí, porque quizá yo no habría perseverado en la vida marista sin este complemento de fuerza, de espiritualidad, de unidad con hermanos de mi congregación y de otras congregaciones. ¡Cuánto echo de menos a veces esas reuniones que celebrábamos en Madrid, o los encuentros de Italia! Pero ahora Dios quiere que yo esté aquí, lejos de todos y no por eso aislado. Quisiera decirles a todos mis antiguos compañeros: «Tenemos a Jesús en medio. A distancia, como nos ha enseñado Chiara, pero con tanta intensidad como si estuviésemos juntos, uno al lado del otro y contándonos las experiencias de la Palabra de Vida.»

Por lo demás, ha sido un día maravilloso en todos los sentidos, especialmente porque Miguel Ángel ha logrado traer de Bagira a un técnico en comuni-

caciones que nos ha instalado, por fin y bien, el teléfono y la radio. Yo he sido el encargado de aprender a manejar la radio, ya que el teléfono es mucho más sencillo y sólo estábamos pendientes de que instalaran la antena.

Cuando ya estaba todo listo hemos empezado las pruebas. No puedo describir la alegría que he sentido al hablar por teléfono con mi madre. He intentado mostrarme fuerte y tranquilizarla, pues ella estaba más emocionada aún que yo. Cuando he colgado, sin embargo, he roto a llorar y le he dado gracias a Dios de todo corazón por estos milagros de la técnica que permiten a gentes como nosotros sentirse un poco menos solos, un poco más próximos a sus seres queridos.

Miguel Ángel, por su parte, ha hablado con la curia general en Roma. Ha sido también un momento muy emocionante para todos. Era como estrechar lazos con otro tipo de madre, con la madre espiritual, con los hermanos que rezan por nosotros y se preocupan por nuestra suerte.

En fin, como digo, un día maravilloso que únicamente ha estado turbado por un problema con los soldados por la noche. Poco antes de que el hermano Miguel Ángel saliera con el coche para llevar al campo a nuestra cocinera, Évaste, tuve un altercado con ellos. Estaban merodeando en torno a la antena recién instalada. Son el pequeño destacamento que está aquí, instalado en Bugobe, a pocos metros de nuestra casa; en teoría están para protegernos y de hecho les pagamos nosotros el sueldo. Sin embargo es frecuente que sus ruidos y juergas nos molesten por la noche y al menos en dos ocasiones nos han robado a lo grande, por no contar las menudencias que nos desaparecen casi cada día. En esta ocasión, al verlos mirar con tanta insistencia la antena, me dio miedo a que a lo largo de la noche se la llevaran. Cuando me acerqué se pusieron muy nerviosos y nos acusaron de haber instalado sin permiso un sistema

que puede servir para dar datos al enemigo. Intenté calmarlos y les dije que, por el contrario, serviría para avisar a sus propias fuerzas si observábamos movimientos de tropas de los banyamulengue o de los tutsis. Cref que los había dejado convencidos, pero luego, cuando Miguel Ángel se marchaba con Évaste, se pusieron ante él con las armas montadas y le prohibieron salir. Nos costó un montón convencerles de que era un asunto rutinario y que se trataba de dejar a la cocinera en su choza, que no había ninguna intención política en el asunto. Sin la mediación de Augustin creo que no lo hubiéramos conseguido. En fin, está claro que somos prisioneros, o al menos estamos en libertad condicional, pues no me extrañaría que, en caso de convenirles, estos soldados fueran los primeros en acabar con nosotros.

Con todo, nada ha podido borrar el grato recuerdo de la voz de mis padres, ni el sollozo de mi madre cuando se ha dado cuenta de que era yo quien estaba al teléfono. De nuevo, Dios sea bendito por los avances de los hombres, especialmente cuando se usan para acercarnos, para unirnos, para facilitarnos la vida.

Por cierto, aunque era la fiesta de Santa Clara, hoy se ha celebrado aquí la de la Asunción de María. Como era domingo, hemos ido a misa al campo y la novedad ha estado en que los niños han hecho la primera comunión. Entre ellos estaban los hijos de Paulin. Ha sido un espectáculo maravilloso, pues a pesar de la enorme pobreza, las familias se apañan para que sus pequeños pasen un día inolvidable.

12 de agosto

He ido a Kavumu a recoger a Servando, que llegaba de Nairobi. A las doce y media estaba ya de vuelta en casa. ¡Qué alegría tenerle de nuevo entre nosotros! Su madurez nos reconforta a todos, especialmente ahora, que viene descansado y con ganas de

trabajar, no sólo por los refugiados sino para que la presencia del Señor esté entre nosotros.

Por la tarde he estado un largo rato, más de una hora, con Miguel Ángel, que ha estado poniéndome al día de las obligaciones que van a recaer sobre mí cuando él se vaya de vacaciones. Esta conversación ha servido para quitar un poco de hierro a la relación tensa que ha habido entre nosotros en las últimas semanas. Es cuestión de saber perdonar y también de saber pedir perdón, aunque ambas cosas se hagan implícitamente, sin decirlo de forma abierta, pero sabiendo que de eso se trata y que con un gesto se adelanta más que con un discurso.

Por cierto, el nivel de pillaje en el aeropuerto de Kavumu está llegando a límites insospechados. Como el gobierno hace mucho que no paga a los funcionarios ni a los soldados, cada uno tiene que valerse de los medios que puede encontrar para sobrevivir. Y esos «medios» son los incautos que caen en sus manos. Por eso, aquí, si te roban, lo único que no debes hacer es ir a la policía, pues es posible que te encuentres en el cuartel con el mismo que te ha robado o que aprovechen para sacarte algo también ellos. ¿Cómo puede funcionar un país así? Por mucho dinero que se dé desde el exterior, todo irá a parar al pozo sin fondo de la corrupción y del caos. Y todo esto no es exageración, sino la realidad cotidiana y generalizada, a todos los niveles y en todos los sitios.

También hemos sabido, precisamente gracias a la nueva radio con la que podemos ponernos en contacto con los otros misioneros, de los desmanes que están sacudiendo a Burundi.

15 de agosto

Estos dos últimos días he estado tan ocupado que no he tenido humor para escribir el diario por la noche. Servando ha ido a Kavumu acompañando a Miguel

Ángel, que se iba de vacaciones. En principio, casi todas sus responsabilidades recaerán sobre mí, al menos hasta que Servando, recién llegado, vaya asumiendo algunas de ellas. De todos modos, como ya estamos a finales del curso, esperamos que el trabajo disminuya.

A la vuelta de Kavumu, Servando, que ha acompañado en todo momento a Miguel Ángel hasta dejarle al pie del avión, nos ha contado la gran cantidad de sobornos que ha tenido que hacer nuestro hermano para lograr embarcar. Todo empezó a las nueve y media: 150 000 nuevos zaires a la policía de la entrada del aeropuerto para que te dejen pasar sin problemas; 110 000 al siguiente control de policía; a los de inmigración, 50 000; a los que controlan la tasa, otros 50 000; luego vino uno que decía ser de seguridad y al que Miguel Ángel tuvo que dar 50 000 más, además de prometerle que le traería algún regalo de Europa. En fin, a las once menos cuarto pudo subir al avión y salir para Kenia.

Gracias a Dios, hoy pudimos hablar con los nuestros. Es indescriptible lo que me ha costado hablar con mis padres, especialmente con mi madre, y no echarme a llorar. Ése era un lujo que no me podía permitir. Cuando hablo con ellos siempre tengo que demostrar mayor seguridad de la que tengo, pues si dejo entrever algo de angustia o de miedo eso supone aumentar la ya pesada carga que soportan. Mi madre me ha vuelto a repetir lo de siempre: que me vaya a España, que allí también hay mucho que hacer, que ya llevo mucho tiempo en África, que hay mucho peligro, que otros pueden venir a sustituirme, que no estoy bien de salud, que si las fiebres y todo lo demás. Yo la comprendo y le agradezco todo el amor que contienen sus consejos y advertencias, incluso los más duros, los que intentan conmoverme a base de decirme que no la quiero lo suficiente y que si la quisiera más estaría a su lado. Sé por qué lo hace, pero sé también que en el fondo ella está orgullosa de mí

y está orgullosa de que esté aquí, en medio de esta gente extraña, dando la vida por ellos y por Cristo. Así que, una vez más, la he tranquilizado, he minimizado los riesgos que corremos y aunque sé que no la engaño le he dicho que aquí no nos falta de nada y que la zona de peligro está a muchos kilómetros de nosotros.

Señor, no me importa mucho morir por ti, aunque, naturalmente, lo que quiero es vivir muchos años para poder servirte más en tantos hermanos necesitados. Sin embargo, lo que más me hace sufrir cuando pienso en que algún día pueden quitarnos la vida aquí, como ya ha sucedido con otros, es saber lo mal que lo pasarán mis padres. Los quiero muchísimo y estar lejos de ellos es un sacrificio que sólo los que lo padecen saben valorar en su justa medida. Acepta también este don, Señor. Acéptalo, Tú que sabes lo duro que fue separarse de la Madre, de María. Y bendice a mis padres, calmando su dolor y ayudándolos a aceptar que yo esté aquí, jugándome la vida por unos desconocidos, que además se pueden convertir en cualquier momento en mis asesinos.

Por cierto, hoy ha sido la fiesta de la Asunción de María, pero aquí no se ha celebrado, pues la Iglesia local la trasladó al pasado domingo. Por mi parte, he rezado el rosario con especial devoción. Durante toda esta semana estamos sin misa, pues los sacerdotes se han ido a participar en un retiro espiritual.

A las seis ha comenzado a llover y no ha parado hasta las siete y media. La estación húmeda puede estar a punto de empezar.

16 de agosto

Vuelvo a estar con algo de fiebre, aunque no me ha quedado en la cama. El canto de la labradora, puntual al amanecer, me ha despertado. He hecho la oración y luego, como todos estos días, hemos teni-

do una celebración de la Palabra, sin misa, y hemos comulgado de la reserva del Santísimo.

He trabajado todo el día sin parar, empezando porque he tenido que ir a Bukavu y Nyanguezi. Estamos rematando ya el final del curso y eso significa que no cesamos de hacer reuniones, sobre todo con los responsables de los distintos cursos, aunque yo soy el que menos se ocupa de las cuestiones escolares. Una vez realizadas las elecciones para el curso que viene, ahora hay que mantener la decisión de que los elegidos sean los nuevos responsables y los nuevos profesores, lo cual no es nada sencillo.

Este curso ha acabado tan tarde porque hemos tenido grandes dificultades para darlo, debido a la prohibición del gobierno zaireño, que no quería que los refugiados recibiesen formación de ningún tipo. Por eso hemos tenido que dar las clases en chozas, a escondidas, comprando con un soborno el silencio del responsable del campo. ¡Teníamos que pagar para dar clases! ¡El mundo al revés! Sin embargo, en ningún momento nos planteamos dejar de hacerlo, a pesar del riesgo que corríamos por desobedecer una orden dada por el propio Mobutu. Nuestra vocación es enseñar y enseñar por amor a Cristo, lo mismo que la de otros es curar, y son capaces de hacerlo en medio de las balas.

Luego la cosa cambió. Creo que fueron los dirigentes hutus refugiados, los interahamwes, los que convencieron a Mobutu. El motivo no fue, sin embargo, el bien de su pueblo, sino la posibilidad que ellos veían de infiltrarse en el sistema educativo que los distintos misioneros estaban estableciendo en los campos. Introduciendo profesores de su ideología creían poder convertir las clases en centros de formación política. Claro que no contaban con que los misioneros no somos fáciles de pelar y que nos íbamos a oponer a ello con todas nuestras fuerzas.

Algo, de todos modos, han conseguido. Sabemos que hay profesores radicales en nuestro equipo y

también sabemos que los hay corruptos. En los días pasados, cuando se celebraban las elecciones, recibíamos con frecuencia anónimos que indicaban que tal o cual candidato era un *génocidaire*, un responsable de los asesinatos que tuvieron lugar en Ruanda. Es posible que esas acusaciones sean verdaderas y que el autor no se atreva a poner su nombre porque se juega la vida en ello, pero nosotros no podemos hacer caso de los anónimos y además tenemos que respetar mucho el proceso electoral. No hay que olvidar que no tenemos ninguna fuerza que nos apoye. Estamos en casa de Mobutu, que no es precisamente un modelo de gobernante democrático. Estamos rodeados de soldados de Mobutu, que son como perros feroces. Junto a ellos, los únicos que tienen fuerza son los interahamwes, los hutus armados, que desean abiertamente que las escuelas se conviertan en centros de reclutamiento de jóvenes soldados. De hecho, es milagroso que podamos mantener un mínimo de independencia y que se nos permita movernos a nuestro antojo. Claro que saben que si no lo hacen así será peor para ellos, porque nos iremos y además desprestigiarémos su causa ante la comunidad internacional.

Hablando de corrupciones, hoy, cuando volvía del campo a casa, he traído en el coche a un joven delgado como una astilla. Me ha dicho que algunos responsables del comité que controla el campo venden los alimentos de la HCR destinados a los pobres, especialmente la leche. Lo creo, por más que no tengamos pruebas y que, aunque las tuviéramos, no podamos hacer nada para evitarlo. La corrupción está generalizada y todos los que pueden se aprovechan para medrar en esta situación de miseria. De ahí que sea tan importante nuestra presencia aquí, pues quizá nosotros seamos los únicos que estamos voluntariamente y de forma desinteresada, mientras que tanto hutus como zaireños están porque no tienen

otro remedio y como consecuencia de algo que los ha herido profundamente y les ha roto la vida.

Además de lo que ya he contado, hoy se nos ha roto uno de los molinos. Intentaremos arreglarlo o tendremos que comprar otro.

17 de agosto

Problemas, y graves, en el campo. El nuevo administrador ha ordenado, durante la noche, destruir los puestos del mercado porque los comerciantes se habían negado a pagarle un impuesto de diez dólares. La gente está muy asustada. Todo ha quedado arrasado y los comerciantes han tenido que poner sus mercancías en el suelo.

A nosotros se nos ha estropeado una de las camionetas, pese a lo cual hemos podido utilizar la otra para ir, por la tarde, a llevar comida y dinero a los grupos a los que atendemos. También a nosotros, por llevar a cabo esta labor social, nos ha pedido dinero el nuevo administrador del campo. Servando ha decidido darle cien dólares para no tener problemas con él.

Los sacerdotes han regresado de su retiro espiritual.

18 de agosto

Domingo. Hemos participado en la misa en el campo junto a todos los refugiados. Yo he vuelto más tarde, después de comer algo, para estar en la segunda misa. Por la tarde ha venido a visitarnos el padre Jean-Baptiste. Quería saber algo de una de las religiosas de la comunidad que vive también aquí en Bugobe, Léonie, que se ha marchado del convento y se ha ido a vivir a otra casa de monjas en Bukavu. Ninguno de nosotros tres sabía nada, porque no te-

nemos mucho trato con las hermanas, sobre todo porque, al no ser sacerdotes ni pertenecer a la misma congregación, nuestras relaciones no están forzosamente ligadas al trabajo o a la espiritualidad común.

De paso hemos estado hablando un poco de todo. Ha salido a relucir la brutalidad de las guerras. Cada uno tenía casos espeluznantes que contar, pero a mí me ha impresionado mucho lo que nos ha dicho Servando. Cuando ha estado fuera, de vacaciones, ha podido enterarse mejor de lo que pasa por el mundo. Ha contado, por ejemplo, lo que está sucediendo en Iraq con los kurdos. En un campamento de refugiados del Kurdistán iraquí, las tropas de Saddam hicieron una incursión y se llevaron a todos los varones, niños incluidos: unos ocho mil. Los mataron a todos. Cuentan que les hacían beber gasolina, que los bañaban en agua hirviendo o con ácido sulfúrico y que les arrancaban los dientes con tenazas. Oyendo estas cosas te das cuenta de que la brutalidad no es exclusiva de los africanos. Pero es un triste consuelo saber que los hombres son alimañas para los propios hombres en otros sitios además de aquí.

Señor, ¿cuándo terminará todo esto? ¿Cuándo podremos vivir en paz unos con otros y padecer sólo por las cosas que son naturales, como la enfermedad y la muerte? ¿Cuándo dejarán los hombres de hacerse daño unos a otros, de vengarse unos de otros, de destruirse mutuamente?

Sólo Tú, Señor de la misericordia, sólo Tú puedes traer la cordura a este mundo. Cuando nos alejamos de ti, estamos perdidos, porque sale a relucir lo peor que hay en nosotros y hasta las fuerzas buenas que hay en el hombre, su razón y su bondad natural, se ven desbordadas y arrolladas por las malas, por esos instintos suicidas que los conducen a matar al otro y a morir matando.

19 de agosto

Ahora que ya no tenemos clases y que, de momento, la organización del futuro curso está parada, tenemos más tiempo para todo. Por ejemplo, para dar paseos y para practicar la oración. Sigue haciendo frío, pues, como estamos al sur del ecuador, ahora es la época del invierno. Aunque aquí no hay casi invierno y todas las estaciones son muy parecidas, al estar a una altitud tan grande, sí se notan más las estaciones. El frío, sin embargo, no impide ni la existencia de una vegetación magnífica ni tampoco la de insectos, como las pulgas o las mariposas. Las mariposas en esta región, como en general en tantos sitios de África, son extraordinariamente hermosas y grandes. Cuando paseas por estas colinas, te quedas extasiado viéndolas. Además, parecen no tener miedo del hombre y puedes acercarte a ellas sin que huyan.

También tengo más tiempo para rezar. Hoy, por ejemplo, he estado meditando sobre un texto de Chiara Lubich que copio a continuación:

«Te he encontrado en muchos lugares, Señor. Te he sentido palpar en el silencio profundo de una ermita alpina, en la penumbra del sagrario de una catedral vacía, en el palpar unánime de una muchedumbre que te ama y llena las arcadas de tu iglesia de cantos y de amor.

»Te he encontrado en la alegría. Te he hablado más allá del firmamento estrellado, mientras, de noche y en silencio, volvía del trabajo a casa. Te busco y a menudo te encuentro.

»Pero donde siempre te encuentro es en el dolor. Un dolor, cualquier dolor, es como el son de la campanilla que llama a la esposa de Dios a la oración.

»Cuando aparece la sombra de la cruz, el alma se recoge en el tabernáculo de su intimidad y, olvidando el tintineo de la campana, te ve y te habla. Eres

Tú que vienes a visitarme. Soy yo que te respondo: "Heme aquí, Señor. Te quiero. Te he querido."

»Y en este encuentro, mi alma no siente tu dolor, sino que está como embriagada en tu amor, invadida por ti, impregnada de ti: yo en ti, Tú en mí, a fin de que seamos uno.

»Luego abro de nuevo los ojos a la vida, a la vida menos verdadera, divinamente agueruida para conducir tu guerra.»

¡Cómo me ha gustado este texto y cuánto me ha sabido a nuevo a pesar de que lo he meditado tantas veces y hasta he cantado la canción que compusieron con su letra!

Sí, Señor, Tú me ayudas a descubrir lo que hay de profundo en las cosas que nos rodean. La epidermis, lo superficial, habla de dolor, pero Tú me has enseñado que debajo hay otra cosa, que debajo estás precisamente Tú.

La mayoría ve a los refugiados desde el punto de vista externo. Para unos son «carne de cañón». Para otros, un material al que explotar para aprovecharse hasta de su miseria. Para los mejores, los refugiados son seres humanos por cuya dignidad hay que luchar. Tú, Señor, me has enseñado que además de esto en ellos hay otra realidad escondida, la realidad de tu presencia. Por eso, porque sé que estás ahí, oculto tras cada piel morena, sufriendo en los huérfanos o en los llagados, es por lo que acudo corriendo a ti para consolarte, para aliviarte, para demostrarte mi amor. Por esto también, cuando otros se van al comprobar que su vida está en peligro, mis compañeros y yo nos quedamos aquí. Y cuando los demás, los mejores, están aquí por humanismo y por un sueldo a veces muy bueno, nosotros estamos aquí hasta pagando —como hemos tenido que hacer este curso—, porque estamos aquí por algo más que por humanismo, estamos aquí por amor a ti, que eres «el esposo» de nuestra alma, que eres lo más importante en nuestra vida.

En el dolor te he encontrado, Señor. Y te he abrazado, gracias a tu gracia. No me dejes solo ahora, Dios mío. No me dejes solo en la cruz, pues tengo las fuerzas que tengo y me da miedo no ser capaz de serte fiel hasta el final, hasta la culminación de este abrazo con el dolor que puede ser, en cualquier momento, la muerte.

Por cierto, si ayer hablábamos de la crueldad de las guerras, hoy se nos ha confirmado una vez más esa terrible verdad. Hemos sabido que los tutsis del ejército de Burundi han asesinado a cientos de hutus en Rutegama, provincia de Muramvya. El miedo se extiende sobre toda nuestra comarca como un manto espesísimo.

Por la tarde ha empezado a llover y a esta hora todavía sigue.

20 de agosto

Me he levantado, como cada día, cuando la luz del amanecer entra en mi cuarto. También, como cada día, después de lavarme he acudido a la capilla para hacer un rato de oración y para rezar laudes junto a los otros dos miembros de la comunidad, Servando y Fernando.

He estado en el campo, repartiendo ropa a los niños huérfanos. Tenemos que hacerlo con una cierta frecuencia, pero sin darles todo a la vez, pues si tuvieran en abundancia se la quitarían los demás para sus hijos o para venderla. Así que hay que ir cada semana a llevarles algo y ver quién es el que la necesita más.

A mediodía hemos comido los tres solos, pues los dos sacerdotes estaban en el campo organizando la pastoral con los catequistas. Después he pasado un largo rato junto a Évaste, nuestra cocinera, que está muy enferma de malaria y con unas fiebres altísimas. Eso significa que no tardará en darme a mí. Le

hemos dado medicinas y aconsejado paciencia. Paciencia es lo que más les sobra a los refugiados, pues asumen sus circunstancias y su negro futuro con una calma, al menos aparente, que te desconcierta. Ojalá tuviera yo esa misma calma a la hora de afrontar mis problemas.

Por la tarde he rezado un largo rato y he dado un paseo, ya anocheciendo, con Servando. La relación con él es tan buena que se toca casi la presencia del Señor en medio nuestro.

21 de agosto

Nos levantamos cuando la claridad comienza a penetrar en nuestros cuartos. Rezamos como de costumbre. Desayuno. Luego, trabajo aquí en casa, sin ir al campo, pues hoy no me ha tocado a mí.

El molino funciona bien, después de la última avería. Su ruido, completamente monótono, se oye todo el día, ya que está en marcha más de doce horas al día. Eso da al ambiente de Bugobe un cierto aire de fábrica. Ya no hay largas colas, pues se suele moler todo lo que los refugiados traen cada día y no se guarda nada en el cobertizo. Con eso ahorramos muchos sudores a los refugiados; si no estuviera funcionando tendrían que ir muy lejos para moler su maíz, además de que en cualquier sitio les robarían en el peso y les cobrarían bastante por el trabajo. Es increíble el bien que se puede hacer con pequeñas cosas como esta del molino, que no resultan tan caras pero que en este ambiente son de la mayor utilidad; una prueba más de que la técnica, cuando se pone al servicio del hombre, se convierte en una auténtica colaboración con Dios en la obra de la creación. Un regalo excelente, por cierto, de la comunidad de Guardamar, en Alicante.

Al mediodía, mientras comemos, escuchamos en la radio que el secretario general de la ONU, Butros

Gali, ha propuesto al Consejo de Seguridad la creación de una fuerza internacional de cincuenta mil soldados para que intervenga en Burundi y no se repita el genocidio que tuvo lugar en Ruanda. La propuesta es bienintencionada, pero nosotros sabemos de sobra que no va a llevarse a cabo, porque no les interesa a los grandes resolver el problema de los pequeños. Tenemos la impresión de que dentro de los grandes planes políticos, los tutsis han sido ya considerados vencedores de esta guerra y se les deja las manos libres para que actúen como crean conveniente. Estamos seguros de que reciben presiones para que resuelvan del mejor modo posible el problema de los refugiados, pero se va a hacer la vista gorda ante posibles desmanes que tengan lugar, salvo si son muy llamativos. De hecho, la presión para que los ruandeses refugiados regresen a su país continúa; según la misma radio, ayer cruzaron la frontera cinco mil. En nuestra comarca, al sur del lago Kivu, no se percibe movimiento todavía, así que creemos que el primer golpe se lo llevarán los del norte, los de Goma.

Por otro lado, los militares nos han comunicado que un sacerdote que conocemos, el padre Ciprien Gasimba, ha sido asesinado cerca de Kashusha. Uno más en la inmensa lista de víctimas de esta guerra cruel.

Por la tarde, en este ambiente de paz tensa que estamos viviendo estos días, ya con el curso acabado y con menos trajines, damos otro paseo Servando y yo. Rezamos juntos el rosario y le pedimos a la Virgen que lleve cuanto antes al cielo al padre Gasimba y que cuide de todos nosotros, en especial de esta numerosa tribu de desposeídos a los que queremos aliviar con nuestro trabajo.

En ella y no en los grandes de la tierra tenemos puesta nuestra confianza.

22 de agosto

Santa María reina. Como sucede cada día que se celebra una fiesta de la Virgen, excepto cuando por el cansancio o la tensión se me pasa inadvertida la ocasión, he intentado estar en sintonía permanente con nuestra dulce Madre. La lectura del oficio de hoy era de un texto de san Amadeo de Lausana y en ella se afirma, entre otras cosas, que «nadie se apartó jamás triste o deprimido de su lado. Todos volvían contentos a sus casas, habiendo alcanzado por la Madre del Señor lo que deseaban».

¡Qué necesitados estamos nosotros de esa protección! Quizá sea por eso por lo que se hace más duro experimentar la angustia, el miedo, el paso del tiempo sin que se resuelva nada, la sensación de soledad y la de impotencia al ver que las naciones pierden el tiempo en discusiones políticas mientras que aquí los problemas crecen de día en día. Si la fe en que Dios es amor se pone en entredicho al ver la miseria que nos rodea, sucede lo mismo con la confianza en la protección de María.

Pero ¿cómo dudar del amor de la Madre? Aunque no tenga pruebas, aunque todo siga yendo a peor, aunque se estropee completamente, aunque caigan sobre nosotros los peores desastres de los hombres, no dudaré de ti, Madre mía. El corazón se me rebela cuando asoma en él la sombra de la duda. No, tú no me abandonas. Pase lo que pase, sé que tú estarás siempre a mi lado y sólo le pido a Dios que no me falte tu mirada de Madre en el momento final, que no le falte a estos pobres que ni tan siquiera te conocen y que no saben lo mucho que los quieres.

Además, si no fuera por ti, ¿estaría yo aquí? Fuiste tú quien me sedujo. Fuiste tú quien me llamó a entrar en esta familia de los hermanos de María. Es por ti por lo que estoy aquí, en nombre tuyo cui-

dando de estos hijos a los que amas más porque llevan en su cuerpo las huellas de Cristo crucificado, tu querido Hijo. Por eso resulta falso decir que los has abandonado; mientras nosotros estemos aquí, tú estarás cuidando de ellos, porque nosotros somos tu presencia a su lado, la prolongación de tu mano materna junto al que lleva la carga de la cruz. Y qué privilegio servite a ti para que tú ames a través nuestro. ¡Qué calidad tendrá que tener nuestro amor para que no desmerezca de aquella en cuyo nombre lo damos!

María reina. Ave María. Amén.

23 de agosto

Lo de hoy ha sido increíble. He ido con Servando a Bukavu para participar en una reunión con el arzobispo, el padre Cibambo y Jesús Aguirre. Nos han dicho con toda claridad que las organizaciones humanitarias, tanto el HCR de la ONU como la Cruz Roja, están en contra de nuestra presencia en el campo y han amenazado a Cáritas con represalias si insisten en seguir ayudándonos para que mantengamos el sistema educativo en pie.

Estamos tan conmocionados y disgustados que prefiero no escribir ni un comentario sobre esto que, por otro lado, se califica por sí mismo. ¡Hasta dónde, Señor, puede llegar la maldad de los hombres, incluso de aquellos que llevan la etiqueta de humanitarios y buenos! Tengo que decir lo que Tú dijiste: «Perdónalos, pues no saben lo que hacen.»

25 de agosto

Ayer no me sentí con ánimos de escribir nada. Hoy me he levantado algo más tarde, pues ha sido domingo. He rezado un largo rato, antes de decir los

laudes con el resto de la comunidad. Después hemos desayunado juntos.

A las ocho menos cuarto hemos salido para el campo, junto a uno de los sacerdotes y a las monjas que viven aquí, en Bugobe. Hemos tenido que regresar cuando ya estábamos casi llegando, pues el cura se había olvidado el alba y los copones.

Como suele suceder, al llegar nos rodean los niños y se nos cuelgan encima, tirando de las manos, los brazos y el pantalón. No nos están pidiendo cosas, pues saben que ni llevamos encima nada ni se las vamos a dar aunque las llevemos; sólo quieren cariño y saciar de algún modo su terrible soledad. Si todos fueran aquí como niños, esto sería el paraíso. Por fin logré soltarme y entré en la iglesia.

La misa fue en el idioma local, el kyniaruanda, que ya domino casi perfectamente. Como siempre, dura dos horas, y también según es habitual me fascinan las niñas danzando en distintos momentos de la misa, especialmente el ofertorio. ¡Qué distinta esta liturgia a la nuestra, en España! Claro que responde a otra cultura y, por lo tanto, estaría fuera de lugar algo como esto en Europa. Pero aquí uno no puede menos que disfrutar de la belleza de una misa en la que los participantes se integran con todo su ser y participan activamente con cantos, danzas y aplausos, en lugar de ser estatuas inmóviles y pasivas como a veces sucede en España.

Por la tarde he vuelto al campo, junto con Servando, para reunirnos con los inválidos, que son también muchos. Llenamos las fichas de Lilian Fonds, que nos ayudará a pagar los cuidados dados hasta el presente y las operaciones que se realizarán en los próximos meses. Escuchamos diferentes peticiones de algunos de ellos y luego dejo a Servando atendiendo al resto pues yo me voy a jugar con los niños y a arbitrar un partido de fútbol.

Cuando intentamos irnos, no hay manera. Más de cincuenta chiquillos se nos suben a la camioneta y

no quieren bajarse. Para ellos, nuestra marcha, aunque sea sólo por un corto tiempo, pues mañana volveremos, supone el fin de un paréntesis de felicidad y la inmersión en la vida amenazadora que los espera en sus «blindados» de plástico. Al final, siempre en broma, tengo que coger un palo y amenazarlos. Jugamos un rato más a algo parecido al «ratón y el gato» y por fin se bajan y podemos irnos. Servando me regaña, pues dice que por estos juegos y esta paciencia con ellos llego con frecuencia tarde a otros sitios, donde hay personas esperándome. Sé que tiene razón, pero los niños son mi debilidad y daría cualquier cosa por hacerlos felices o al menos por aliviar en algo sus muchos sufrimientos.

Por la noche, después de rezar y de cenar, para terminar de rematar este domingo tan hermoso, hemos visto juntos una película que teníamos en video: *Colmillo blanco*. Y nos hemos ido a descansar cada uno a su «cubil» soñando con una paz, la de hoy, que por desgracia sabemos que es irreal y transitoria.

26 de agosto

He ido con Servando a Nyanguezi a llevar la comida dada por Cáritas a los familiares de los hermanos ruandeses. Es una forma de ayudar a nuestra propia familia, pues los hermanos de nuestros hermanos deben ser atendidos por nosotros como si de nuestra propia carne se tratara.

En Nyanguezi la situación es muy similar a la de Nyamirangwe. La misma sensación de impotencia, la misma incertidumbre en cuanto al futuro. La misma escasez de medios. Y así tantos y tantos campos de refugiados que bordean toda la frontera con Ruanda y parte de la de Burundi, sin que se intuya cuándo se pondrá un final pacífico y justo a todo esto.

Hablando con nuestros hermanos de allí, hemos sabido que Amnistía Internacional ha publicado un

informe que revela que desde el 25 de julio, fecha en que se dio el golpe de Estado tutsi en Burundi, han sido asesinados seis mil hutus. Cinco mil de ellos fueron asesinados de una vez y enterrados en fosas comunes; esto ocurrió en la provincia de Gitega, que está en el centro del país y que es también donde más fuertes están siendo los enfrentamientos entre las dos etnias.

Por la tarde, ya en Bugobe, llega una mujer que estuvo enferma hace una temporada y a la que ayudamos a curarse. Está restablecida, pero nos cuenta que su único hijo, de padre desconocido, ha muerto. Quiere casarse y nos pide ayuda. No podemos sufragar dotes de nadie, así que le decimos que, sintiéndolo mucho, no puede contar con nosotros. Se va con total indiferencia. Con la misma indiferencia con que nos había comunicado que su pequeño había fallecido apenas quince días antes.

Es curioso cómo afrontan la muerte y cómo ven las relaciones sexuales. Para ellos todo es «natural» y hasta te da la impresión a veces de que ese sentimiento de naturalidad, o de fatalidad, los influye a la hora de cometer las barbaridades que cometen. Por ejemplo, con las violaciones. Dicen que en Bosnia y Croacia los serbios planificaron una campaña de violaciones sistemática para humillar a las mujeres de sus enemigos y mortificar a los soldados —sus hijos, maridos y hermanos— que estaban en el frente. Aquí ni se sabe las violaciones que tienen lugar y, sin embargo, no les dan tanta importancia. Difícilmente se comete un aborto, por ejemplo. El hijo es siempre un don, venga de donde venga. Además, en estas circunstancias los matrimonios son muy escasos y como la única satisfacción humana que pueden darse es la del sexo, es muy frecuente que las jovencitas se queden embarazadas ya desde muy temprano. Me han contado incluso que algunas mujeres buscan esos embarazos con la terrible esperanza de tener muchos hijos y que algunos las sobrevivan para

vengarlas. Y es que la venganza es otro sentimiento asumido por esta gente de forma también muy «natural». Lo natural es vengarse. Por eso tenemos la impresión de que el problema es irresoluble. Esta crisis se terminará resolviendo, dentro de un año o dentro de cinco, pero se superará. Sin embargo, será sólo un paréntesis. Dentro de diez años o dentro de treinta se producirán nuevas matanzas, nuevas carnicerías de hutus contra tutsis y de tutsis contra hutus, pues lo que está en el corazón de la mayoría de unos y de otros es el odio y la venganza. Hasta que no cambie el alma de este pueblo, hasta que la paz de Cristo no arraigue en su corazón desgarrado por el odio, estas naciones no tendrán viabilidad posible.

27 de agosto

He viajado a Bukavu, a hacer recados como casi siempre que voy a esta ciudad. He llevado el coche lleno de gente, incluidos inválidos y monjas. A los impedidos los dejo, también como siempre, en Heri-Kwetu. Hago todos los recados que puedo, que debido a la lentitud con que aquí se hace todo nunca son todos los que debía hacer, y a las doce y media termino y emprendo el camino de regreso a Bugobe. La pista está en buenas condiciones, salvo dos o tres grandes baches. Ha hecho frío.

Por la tarde tenemos reunión comunitaria. Hablamos del próximo curso y de cómo han quedado las cosas después de las elecciones de profesores y de responsables de las distintas áreas educativas. También repasamos el contenido del protocolo firmado con Cáritas por el cual esta institución se hace cargo de la subvención de los gastos que lleva consigo la enseñanza en el campo. Hasta ahora hemos funcionado bien gracias a la ayuda internacional que hemos recibido de los maristas.

Al final, aprovechando la calma de la tarde y el ambiente vacacional que se respira, Servando y yo damos otro paseo, en el que nos comunicamos el alma y ponemos uno al servicio del otro las experiencias que Dios va haciendo a través de nosotros. Él me habla de su preocupación, pues no puede evitar la sensación de que la calma que estamos viviendo es la que precede a una gran tormenta. Me ha contado que hace un año, más o menos por estas fechas, estuvo visitando algunos campos de la zona para conocer su funcionamiento, con más de cien mil personas cada uno. Uno de los campos estaba dirigido por un mercedario español, el padre Carlos; a ese campo llegaron en un solo día quince mil refugiados, mientras Servando estaba allí; procedían de las montañas y llevaban una semana vagando por los campos sin comida, después de haber sido expulsados de sus propios campos. Según Servando, y es fácil darle la razón, la escena era horrible, de poner los pelos de punta y de temer por la propia vida. Una multitud de personas famélicas, extraordinariamente delgadas, con abundancia de mujeres y de niños, con los ojos llenos de abatimiento y muchos de ellos con los vientres hinchados debido a los parásitos. Entraban en el campo y lo llenaban todo, teniendo que defenderse a veces de los golpes de los otros refugiados, que tenían por su propia subsistencia. Para el padre Carlos, la situación se hizo insostenible, pues no tenía forma de acomodar a tanta gente y tampoco tenía valor para obligarlos a irse, pues significaba condenarlos a una muerte cierta.

Según Servando, es algo que puede sucedernos a nosotros en cualquier momento. Si los tutsis, con sus aliados banyamulengue, entran en Zaire por el norte, por Goma, desplazarán hacia el sur a cientos de miles de personas que nos arrastrarán en su huida. Si lo hacen por el sur, desde Burundi, nos sucederá lo mismo. Y si entran por ambos extremos del lago Kivu, nos cogerán en medio.

En fin, no nos queda nada más que esperar. Me siento, nos sentimos, extraordinariamente impotentes ante una realidad tan desmesurada que nos desborda. No sé por qué, hoy me he acordado de la *Desolada*, esa meditación que tantas veces he escuchado a Chiara Lubich, y que tan bien representó Miguel Ángel en la escultura que se guarda en el Vaticano. María que sostiene en brazos a su Hijo muerto. María que, impotente, ha tenido que asistir al asesinato de su Hijo. María, que sólo puede levantar los ojos y las manos al cielo, en una súplica muda, con una oración de confianza y de dolor infinitos. Así somos nosotros aquí, como María Desolada. No entendemos el juego de las grandes potencias, que llevan ya dos años en estériles discusiones, mareando la perdiz, sin decidirse a una intervención humanitaria que ponga fin a este suplicio. No entendemos nada y lo que podemos hacer es poquísimo: apenas sostener el cuerpo de un moribundo y esperar a que muera, con el riesgo real de que su muerte nos lleve también a nosotros a la misma muerte.

María, tú que has pasado por situaciones así, tú que nos entiendes bien porque sabes lo que es ver morir al ser querido sin poder hacer nada, te suplico: haz todo lo que puedas por esta pobre gente y, si como dice Servando, lo peor está aún por venir, socórrenos a todos y ten misericordia de nosotros. Amén.

28 de agosto

Hace fresco, pero menos que en días pasados. Ha llovido un poco. Oigo a mis hermanos lavarse, así que me levanto y hago lo mismo. Rezamos juntos, laudes incluidas, y luego desayunamos.

Hoy, como tantos días, me ha tocado ir a Bukavu. Se hace pasado recorrer treinta kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, de mal camino, una y otra

vez. Si todo va bien, es algo más de una hora de traqueteo. Pienso en los obreros que tienen que vivir lejos de sus centros de trabajo y que hacen una hora de viaje en coche cada día para llegar a su oficina o a su empresa, con atascos y nervios, cansados a la vuelta y soñolientos a la ida. Pienso en ellos y me hago a la idea de que a mí también me pasa lo mismo, que estoy unido a tantos y tantos hombres a los que no les queda más remedio que someterse a esta pesadez continuamente. Y pienso que la diferencia, a mi favor, está en que yo puedo decirle a Jesús continuamente «por ti», puedo ofrecérselo, puedo incluso convertir en oración y llenar de sentido todo este trajín cotidiano. Eso me lo hace más suave y comprendo que soy muy afortunado al disponer de unas claves que me permiten pasar por las dificultades que atraviesan los demás sin hundirme en ellas.

Esta vez he llevado a un buen grupo de inválidos a los que he dejado en su centro de Heri-Kwetu.

Hemos tenido problemas con los soldados del contingente. Han vuelto a detener a los empleados que trabajan en los molinos, siempre con la misma excusa de los billetes de quinientos nuevos zaires. He tenido que salir en su defensa, pues Servando no estaba en ese momento, y les he dicho que me llevarán a mí detenido, pues era decisión mía que las cosas se hicieran del modo que se hacían. No se han atrevido y nos han dejado tranquilos. Sabemos bien lo que quieren: dinero; para conseguirlo se dedican a meter miedo a los refugiados y a los propios zaireños. Son como parásitos insatiables, aunque tienen la excusa de que también ellos son víctimas de la actual situación de caos, pues hace ya mucho tiempo que no cobran su sueldo y eso les da una especie de legitimidad para robar y extorsionar a fin de sobrevivir. Este simple dato da idea de lo explosivo de la situación: una multitud de gente armada que utiliza su poder de matar a capricho, pues nadie los juzga,

con el fin de ir tirando y salir adelante. En fin, también los demás tenemos que sobrevivir, así que al menos hoy les he hecho frente y he conseguido que se marcharan sin llevarse ninguna presa entre los dientes.

29 de agosto

Martirio de san Juan Bautista. El oficio nos ofrece una lectura de san Beda el Venerable que contiene el siguiente párrafo: «La muerte —que de todas maneras había de acaecerle por ley natural— era para él algo apetecible, teniendo en cuenta que la sufría por la confesión del nombre de Cristo y que con ella alcanzaría la palma de la vida eterna. Bien lo dice el Apóstol: A vosotros se os ha concedido la gracia de estar al lado de Cristo, no sólo creyendo en Él, sino sufriendo por Él. El mismo Apóstol explica, en otro lugar, por qué es un don el hecho de sufrir por Cristo: los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá.»

¡Cuántas veces habré leído este texto sin que me produjera la impresión que me ha hecho hoy! Incluso en Kinshasa, cuando me vi envuelto en aquellas terribles revueltas y nuestra vida estuvo en serio peligro, no tuve la misma sensación de estar cerca del martirio. Por eso, estas antiguas reflexiones, hechas a propósito de un hombre que murió por ser fiel a Dios y a su conciencia, me han golpeado hoy en lo más hondo.

Tiene razón san Beda cuando dice que, de todos modos y por ley natural, tenemos que morir. Voy a cumplir dentro de poco cuarenta años. Soy todavía joven y la inmensa mayoría de los de mi generación viven y gozan de buena salud. Pero ya algunos han partido. Unos por accidente de tráfico, otros por enfermedades inesperadas. En todo caso, la vida es una carrera contra reloj, en la que sabes que más pronto

como tarde vas a llegar a la meta, que es la muerte, que es el principio de otra vida. Por eso lo verdaderamente importante no es vivir una hora más o una hora menos, sino vivir con arreglo a un ideal, de acuerdo y con fidelidad a tu conciencia. Quiero vivir y quiero vivir muchos años. Pero no a costa de cualquier cosa. No quiero prolongar ni un minuto el tiempo de mi vida si para hacerlo tengo que renunciar a estar aquí, a consolar al que sufre, a ser la esperanza del que ha sido abandonado por todos. Además, yo sé y así tengo que transmitirlo, que esto es un tránsito. Quizá obraría de otra manera si no fuera por la certeza que tengo de que la muerte es sólo un paso y que más allá existe de verdad otra vida.

Desde esta perspectiva se ven las cosas de otro modo, con miedo pero de otro modo. Adquieren pleno sentido las palabras de san Pablo: «A vosotros se os ha concedido la gracia de estar del lado de Cristo, no sólo creyendo en Él, sino sufriendo por Él.» Sí, efectivamente, es una suerte estar a su lado, compartir con él la cruz y esperar de su mano y por su gracia la corona de gloria que se nos ha prometido. Confío en que un día oiré de sus labios esa dulce frase: «Ven, bendito de mi Padre, porque tuve hambre y me diste de comer, fui niño huérfano y no me abandonaste, estuve en un campo de refugiados y te mantuviste a mi lado a pesar de los riesgos que corrías.» Y yo entonces le contestaré con aquel viejo soneto castellano: «Señor, no me tienes que dar porque te quiera, pues aunque lo que espero no esperara lo mismo que te quiero te quisiera.»

De momento, hoy he podido ofrecerle el «pequeño martirio» de un esguince en el pie derecho. Fastidioso, porque me ha mantenido inmovilizado y no he podido acompañar a Fernando al campo a repartir la comida entre los pobres.

30 de agosto

Hemos tenido una importante reunión con los responsables de Cáritas, de cara a la organización del nuevo curso que queremos comenzar a mediados de septiembre, si todo va bien. El contrato hecho con ellos nos va a permitir figurar como empleados suyos y tener una carta profesional. Eso no sirve para nada si estalla la guerra, pero es muy útil si se mantiene la actual situación de calma tensa.

Ha vuelto a romperse la tolva de uno de los molinos. Mañana habrá que ir a Irabata otra vez para que lo arreglen. Es una lástima, porque estaban funcionando muy bien y a tope, aliviando mucho la suerte de los refugiados, que pueden moler su maíz sin tener que irse lejos. Espero que lo arreglen en seguida.

Por la tarde vino el jefe del campo y tuvo una reunión con Servando. Éste luego nos contó que ha sido muy difícil, pues exigía que no se respetaran los resultados de las urnas y que se introdujesen algunas modificaciones en la nómina de profesores y de responsables de áreas. Aunque no lo dijo claramente, sabemos de qué va la cosa: quieren controlar el profesorado para servirse de ellos como transmisores de sus ideas políticas y de sus móviles de venganza. Por nuestra parte, no podemos ceder. Ya hacemos mucho al dejar que sea la gente la que elija a los profesores, con lo cual nos arriesgamos a que éstos sean manipuladores más que educadores, pero si además aceptamos apartar a los pocos que han salido neutrales, entonces estaremos permitiendo que el campo se convierta en un centro de educación para la violencia y el odio. Para eso, más nos valdría marcharnos de aquí cuanto antes.

Cuando se han ido, Servando nos lo ha explicado todo a Fernando y a mí. Estamos los tres de acuer-

do, por más que sabemos que en las actuales condiciones de inseguridad la negativa que hemos dado al director del campo pone aún más en peligro nuestra vida. Si no les somos útiles quizá opten por eliminarnos y si no lo hacen por las buenas pueden servirse de cualquier momento de confusión para llevarlo a cabo. Esta gente no perdona. Está tan llena de odio y de venganza que aplican a rajatabla eso de que «el que no está conmigo está contra mí». Para ellos, estamos seguros, por habernos negado a hacer lo que nos pedían hemos pasado a engrosar la lista de sus enemigos y ya nos ven como colaboradores de los tutsis, por más que con nosotros estén viviendo los dos sacerdotes ruandeses de etnia hutu y por más que esté a la vista de todos el servicio que estamos prestando a los refugiados. Quizá lo que pasa es que para ellos su propio pueblo no significa nada y les resulte bastante indiferente el sufrimiento de los de su misma raza. Lo que quieren es venganza y a la venganza supeditan todo lo demás, religión y amistad incluidas.

He estado todo el día de reposo para curarme del esguince.

1 de septiembre

Ayer seguí todo el día en cama o recostado. El esguince va mejor, pero aún me duele. Hoy hemos empezado un nuevo mes. Ha sido domingo. Como siempre, hemos participado en la misa del campo, junto a los refugiados. Había menos gente que de costumbre, incluso al final, pues aquí la gente no suele ser puntual y van llegando a la iglesia durante toda la celebración, sin preocuparse ellos y sin que el cura se preocupe mucho tampoco.

Son muchísimos los refugiados católicos y casi todos ellos participan en la eucaristía dominical. En la capilla dedicada al beato Champagnat suele haber siempre gente rezando los días de diario. La mayo-

ría, como en España, son mujeres, pero no faltan los hombres. Lástima que esta religiosidad no les impida cometer los crímenes que han cometido y los que cometerán, aunque es injusto decir que todos han hecho barbaridades. Sabemos de muchos casos heroicos, casos de católicos que precisamente por fidelidad a su fe se han negado a participar en las matanzas e incluso han protegido a personas de la otra etnia y que por ello han tenido que sufrir persecución de los de su misma raza. Si algún día se hace la historia completa de lo que ha pasado en Ruanda, se verá que la semilla de la fe ha arraigado mucho más de lo que se puede sospechar a simple vista a juzgar por los sucesos de 1994.

Vuelvo a Bugobe al mediodía, ya tarde, junto a los dos sacerdotes. No me han esperado a comer, pero tampoco se molestan conmigo; Miguel Ángel era más estricto en esto y no comprendía que si no estaba a la una en punto era porque estaba trabajando en la pastoral, ayudando a los dos sacerdotes con los cientos de refugiados. Para él todo era cuestión de puntualidad, como si estuviéramos en un colegio en España y las cosas se pudieran regular a golpe de timbre. Ahora que no está me siento un poco más libre, lo cual no significa que desprecie los horarios comunitarios, sólo que hay momentos y circunstancias en los que la flexibilidad es imprescindible. Servando lo entiende también así y por eso no se preocupa si no he llegado a la hora en punto.

Después de comer me echo la siesta. Es domingo y hay que aprovechar el relativo clima de tranquilidad de que disfrutamos. Además, según pasan los días la temperatura va mejorando y ya no hace tanto frío como antes, sobre todo por las mañanas.

A pesar de que el curso ha acabado, hoy hemos recibido otro anónimo. En este caso va dirigido contra el director de la enseñanza secundaria. Se le acusa de no ser veraz a la hora de informar sobre las faltas laborales de los profesores. Cuenta la carta algunos ca-

son concretos, de amigos de él que no dan clases y de cuyas ausencias no informa. Tendremos que investigar el caso y, si es así, llamarle la atención.

Como norma general no es bueno fiarse de los anónimos, pero es verdad que aquí tienen muy pocas posibilidades de poner una denuncia de otra manera, pues si dan la cara corren no sólo el riesgo de perder su trabajo sino también la vida. El control político que hay en los campos es tan fuerte que la mayoría de los refugiados tiene que plegarse a él si quiere tener alguna esperanza de supervivencia.

Por la tarde ha llovido y mis hermanos no han podido salir a pasear como era su deseo. Yo he hablado por teléfono con Miguel Ángel para ver si podía comprar un nuevo molino en Madrid y enviarlo con el contenedor de Cáritas de Bukavu.

Servando me ha hecho compañía un rato y me ha entretenido contándome algunas viejas historias. Por ejemplo, que hace más o menos un año, por estas fechas, dos religiosos de la comunidad, que entonces era más numerosa, estuvieron una temporada desaparecidos. Eran los hermanos Boso y Elie Nkundabagenzi, hutus los dos. Habían sido retenidos por los soldados zaireños que, como siempre, hacen eso con una cierta frecuencia para cobrar un rescate a las víctimas o a los familiares. Después de unos días de humillación, los dejaron salir, una vez que les hubieron robado todo lo que llevaban menos lo puesto. Aquel incidente fue decisivo para que los superiores decidieran enviar a otras zonas a los hermanos de origen ruandés y por eso tuvieron que llamar primero a Fernando y luego a mí para que viniera a reforzar una comunidad que se quedaba reducida a la mínima expresión.

En la capilla, juntos los tres, hemos rezado el rosario. Es muy dulce desgarnar las avemarías en este ambiente. La plegaria te sale más del corazón que de la boca y te parece que el cielo está de verdad al alcance de tu mano.

2 de septiembre

Ha llovido toda la mañana. Estoy mucho mejor del esguince, pero creo que tengo parásitos intestinales. Tendré que ir al médico cuando vaya a Bukavu, aunque aquí esa enfermedad, lo mismo que la malaria, es muy frecuente, debido a la poca higiene que hay en la preparación de las comidas. Es curioso esto del cuidado de la salud. Ciertas cosas te preocuparían muchísimo más en España que aquí. Aquí aprendes a convivir con la enfermedad como algo natural. Casi se podría decir que lo natural es estar enfermo. Quizá sea porque ves tantos enfermos graves a tu alrededor, o porque te haces a la idea de que no hay un sistema sanitario eficiente en el que puedas confiar. El caso es que cuando notas algo raro, simplemente te preocupas por curarlo pero sin hacer ningún drama. La enfermedad, lo mismo que la muerte, son cosas que se asumen sin dramatismo; son parte de la vida y la gente cuenta con ellas del mismo modo que cuenta con el agua en la temporada de lluvias o con el frío en el invierno.

En el campo ha aumentado la tensión debido a un incidente extraño que se está investigando. En una choza, uno de esos refugios de plástico que ellos llaman «blindados», han asesinado a dos exorcistas, dos muchachas jóvenes. No se sabe qué estaban haciendo, aunque lo raro es que había un sacerdote con ellas —no de los que viven con nosotros en Bugobe—. El sacerdote ha perdido una mano. Las versiones son confusas. No se sabe si les han tirado una granada dentro de la tienda o si estaban manipulándola y les ha estallado. El hecho de que el sacerdote estuviera allí añade más misterio al caso, pues normalmente la Iglesia no tiene contacto con los que practican la religión tradicional, precisamente para hacer ver a los católicos que la brujería no se puede com-

paginar con la fe en Cristo. De momento, el cura está en Bukavu en el hospital y se ha abierto una investigación. En todo caso, que Dios tenga piedad de los muertos y también del que ha sobrevivido.

Nos enteramos por la radio de que el Ejército Patriótico Ruandés, tutsi, ha matado entre el 6 y el 8 de agosto a ciento once refugiados hutus que habían regresado a Ruanda. Casi todos ellos eran civiles. El dato procede de un informe del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos. Noticias como ésta, que inmediatamente se difunden por los campos, son terribles porque, aunque dentro de los grandes números de muertes que se llevan ya producidos pueda parecer que cien personas más no son muchas, para esta pobre gente representa una vuelta de tuerca más en la oleada de terror que los aplasta. Por un lado, desde Ruanda se los anima a volver; por otro, se enteran de que algunos de los que vuelven son asesinados impunemente, quizá porque los que están viviendo en sus casas o trabajando en sus tierras no quieren abandonarlas. Todo eso facilita la labor de los interahamwes, que les hacen ver que su única esperanza es seguir en Zaire, mantenerse en los campos de refugiados, armarse hasta los dientes y luchar. El odio es, en todo caso, el único vencedor. Un vencedor que no deja ninguna posibilidad a la esperanza.

3 de septiembre

La niebla es densa y está echada sobre nuestra colina. He ido con Fernando a Bukavu y allí me han dado medicinas para los parásitos intestinales. Había un gran nerviosismo en la ciudad. Parece que ha empezado la ofensiva al norte del lago Kivu, más allá de Goma. Los precios han subido una barbaridad, así que aprovecho para gastar gran cantidad de dinero del que tenemos depositado aquí y compro todo

lo que puedo encontrar, desde comida a gasolina. Con la camioneta hasta los topes, regresamos a Bugobe. El resto de lo que he comprado lo enviarán con un camión lo antes posible. Afortunadamente a Servando no le parece mal lo que he hecho, pues si bien hay un riesgo en almacenar tantos productos en casa, si la cosa se pone fea como parece que va a suceder, los refugiados tendrán necesidad de toda nuestra ayuda, ya que la distribución de alimentos por parte del HCR cesará inmediatamente y todos o casi todos los voluntarios laicos que trabajan en el campo se marcharán antes de que la zona se quede incomunicada y bajo las bombas.

A mediodía, en la radio, oímos la noticia de que los hutus de Burundi han contraatacado. Parece inevitable la guerra civil, con la consecuencia de matanzas y de nuevas oleadas de refugiados.

Por la tarde hemos estado un largo rato con Bizimana Jean viendo con calma algunos aspectos del nuevo curso que, si todo fuera normal, deberíamos empezar el día 15 de este mes. Hay que actuar como si todo fuera a salir según lo previsto, pues de lo contrario estaríamos introduciendo el virus del miedo en el campo y los refugiados empezarían a ponerse nerviosos. No sé qué les conviene más, si irse de aquí hacia el interior de Zaire, o si enfrentarse con los soldados de su propia etnia y acogerse al programa de reinserción que se les brinda en su patria. Además, tampoco está claro que Mobutu acepte tener por su territorio una nube de trashumantes que vagan de un sitio para otro. Por eso, de momento, lo mejor es esperar a ver qué pasa con esa ofensiva que se ha iniciado a muchos kilómetros de nosotros y actuar como si no nos fuera a afectar.

Parte de lo que he comprado se lo hemos vendido, sin ganancia por supuesto, a los profesores, sobre todo el arroz.

5 de septiembre

Ayer los hutus de Burundi bombardearon los suburbios de la capital, Bujumbura. Esta noticia, que indica que los hutus no están tan desarmados como se pensaba, aunque es terrible pues significa que la guerra civil es imparable en el país vecino, ha dado mucha alegría a los refugiados del campo. Tal parecía que se tratase de un acontecimiento deportivo y que estuvieran festejando un gol de su selección. Y es que para los hutus la guerra sigue, lo mismo que sigue abierta la herida del odio. Por eso, en lugar de dolerse con la aparición de un nuevo frente de combate, se alegran si los suyos, los de su etnia, ganan en el combate. Quizá sea comprensible esta actitud en ellos, pero para mí no cabe ninguna alegría; los muertos son siempre muertos, sean de la raza que sean. Además, no tengo tan claro que los hutus puedan ganar esta guerra; el ejército burundés está en manos de los tutsis y probablemente se impondrán a sus rivales, con lo cual habrá más matanzas y más refugiados.

Mientras tanto, aquí en Nyamirangwe todo sigue su ritmo normal. Afortunadamente, se está procediendo de forma regular al reparto de víveres por parte del HCR; uno de los molinos funciona y no deja de moler maíz durante doce horas todos los días; la vida, en definitiva, parece hasta rutinaria, a no ser por los pequeños incidentes que de vez en cuando suceden. Pero de sobra sabemos que todo es falso; estamos en un polvorín que puede estallar en cualquier momento.

Sin embargo hay que seguir como si no pasara nada y como si no fuera a ocurrir nada. Hoy, por ejemplo, he hecho la meditación sobre un texto de nuestras constituciones, el artículo 33. Dice así: «El padre Champagnat manifiesta su corazón de pobre ante todo por su confianza en la Providencia. La

fundación del instituto es prueba siempre actual de que la fe permite todas las audacias.»

«La confianza en la Providencia.» Se dice pronto y quizá a la ligera cuando no te falta de nada, cuando sabes que a mediodía tendrás la comida en el plato y que una buena cama te espera para descansar por la noche. Pero aquí, viviendo en una casa de tablas, con las paredes de las habitaciones hechas de plásticos, con pulgas que recorren tu piel y que no te dejan dormir y, sobre todo, con este permanente telón de fondo en el que se dibuja la incertidumbre y el miedo, aquí o no se habla de la Providencia o si piensas en ella te lo tienes que creer de verdad.

Nuestra vida está siempre en manos de Dios. También en España es así. También allí puedes tener un accidente de tráfico o te puede sorprender un infarto. Pero aquí notas más esa presencia divina. Aquí vives cada día y casi cada momento en lo sobrenatural. Es como si las circunstancias se convirtieran en una charla de ejercicios espirituales que constantemente se te está predicando. Incluso cuando la rutina se hace presente, nunca termina de desaparecer la certeza de que en cualquier momento puedes ser llamado ante el tribunal de Dios. O vives con Él, en su presencia, en un permanente «por ti», o te hundes y te vas de aquí inmediatamente.

Sí, Señor, por ti. Por ti la audacia de estar aquí, la misma audacia de que hablan las constituciones de nuestra congregación. La misma que empujó a nuestro fundador a iniciar la aventura de la familia marista. Por ti, sin saber qué será de mí mañana. Por ti, sin saber si me salvarás en el último minuto o si me dejarás beber hasta el final el cáliz del martirio como hiciste con tu Hijo. Por ti, sabiendo, eso sí, que hay otra vida y que en esa otra vida me voy a encontrar definitivamente contigo. Por eso, como un día dijo san Pablo, quiero decirte yo ahora, en un campo de refugiados y con la amenaza de muerte en el aire: «Para mí la vida es Cristo y una ganancia el morir.»

6 de septiembre

Otro día de niebla y luego de lluvia. Me he levantado a las seis de la mañana, con el amanecer. Rezo un poco y luego voy a misa a casa de las monjas. Al regresar, cuando me disponía a ir al campo, veo que el coche tiene una rueda pinchada. Saco las herramientas y me pongo a cambiarla. Llevo a los padres al campo, los dejo en la iglesia, descargo tres sacos, uno de arroz y dos de azúcar, y continúo el viaje a Irabata para reparar el pinchazo. Todo es lento en el taller; tardan más de una hora en arreglar un pinchazo; para ellos el tiempo no existe. A las once y media ya estaba de vuelta en casa. Después de comer descanso un rato, más por calmar la tensión que por falta de sueño.

Por la tarde recibo a un sinnúmero de personas. Entre ellas, el nuevo director de secundaria, que dice querer hablar conmigo en serio pero que, cuando llega el momento, elude entrar en materia y después de un rato de generalidades se va sin decirme nada. ¿Qué está pasando? ¿Qué tiene este hombre que contarme que sea tan difícil de decir? Intuyo que es algo relacionado con los profesores que están preparando un curso de adoctrinamiento político. Tal y como están las cosas en Burundi, las milicias hutus deben de estar ya dispuestas para hacer frente a los tutsis y a los banyamulengue si éstos intentan atacar las zonas de refugiados; así que supongo que en Nyamirangwe, como en los demás campos, tendrán organizados sitios de entrenamiento militar para adolescentes. Probablemente el director de secundaria lo sabe, lo mismo que sabe que muchos de sus alumnos han sido reclutados para las milicias interahamwes. ¿Qué va a adelantar con decírmelo y qué voy a arreglar yo con saberlo? Mejor el silencio.

Pero ¿y si se trata de otra cosa? ¿Y si este hombre

se ha enterado de algún plan que nos afecta y que supone acabar con nosotros, con los dos sacerdotes o con las monjas? Entonces sí sería útil conocerlo, pues tendríamos la oportunidad de marcharnos. Seguro que en este caso su vida correría peligro pues al final se sabría de dónde ha venido el soplo. Ahí puede estar su duda, entre salvarnos a nosotros o salvarse él.

En fin, todo esto son elucubraciones. Quizá la indecisión de este hombre tenga un origen más simple y se deba a que quiere pedirle a Servando un aumento de sueldo y no se atreve. ¿Para qué preocuparme por algo que no puedo arreglar? La próxima vez intentaré sonsacarle algo, aunque sé de sobra que él es mucho más hábil que yo y que la única manera de enterarte de algo con esta gente es no demostrar ninguna curiosidad.

Seguimos escuchando puntualmente la radio. En Radio Agatacha (golondrina), hablan de más muertes violentas, tanto en Ruanda como en Burundi. Los análisis coinciden y se repiten día tras día: situación insostenible, fuerte inseguridad. Por lo que se ve, los miembros hutus de las antiguas Fuerzas Armadas ruandesas están haciendo incursiones cada vez más frecuentes en el interior de Ruanda para desestabilizar la zona. Tienen sus bases en los campos de refugiados o en sus alrededores. Por eso Ruanda presiona para que seamos suprimidos, por las buenas —regresando— o por las malas.

7 de septiembre

Hace fresco. La niebla está echada suavemente sobre todas las colinas. Me levanto. Hago la oración y desayuno. A las seis y media salgo para el mercado de Mugogo y me llevo a los inválidos en la camioneta. Paso por Kavare. La pista es estrecha pero en muy buen estado. Curvas, subidas y bajadas se alternan de forma continua. Una de mis pasajeras se

marea y vomita, así que, aunque intentamos limpiarlo todo, el resto del viaje —la mitad aproximadamente— se convierte en una pesadilla, sobre todo por el olor que no hay forma de que desaparezca. He tardado una hora y veinte minutos en hacer treinta y ocho kilómetros, con parada incluida; una buena media.

He aprovechado para dejar en Heri-Kwetu la documentación de todos los inválidos que atendemos a fin de que sea enviada a Lilians Fonds y puedan recibir la subvención que concede este organismo. Visito a los javerianos para enterarme de cómo va la gestión de la exoneración de impuestos de un coche de los hermanos de la comunidad de Goma y ya no me da tiempo a hacer ningún otro recado. Son las doce y comprendo que no voy a llegar a tiempo a comer, así que paso a un bar y tomo un plato de patatas fritas, carne asada y cerveza fría, un verdadero manjar comparado con lo que habitualmente comemos. Después visito el economato para hacer acopio de todos los alimentos que se encuentren disponibles de aquellos que había encargado hace unos días y que prometieron llevarnos a Bugobe con un camión, cosa que no han hecho. A las cuatro emprendo el regreso y llego cerca de las seis, pues el camino estaba mucho más atestado de gente que a la venida.

Todo un día fuera de casa, aparentemente inútil, con tanto tiempo muerto y perdido. Así son aquí las cosas. O las tomas como son o te desesperas y te vas. Sólo se puede sobrevivir haciendo en cada momento un ofrecimiento de obras que renueve la motivación sobrenatural que un día me condujo a África. Y eso es lo que hago.

8 de septiembre

Fiesta de la Natividad de María. Feliz cumpleaños, Madre.

Como ha sido domingo, hemos estado toda la ma-

ñana en el campo. En la misa de ocho y media ha cantado la coral de Kashusha. Lo ha hecho muy bien.

Por la tarde casi todos se han ido a dar un paseo por el bosque vecino. Yo no me he atrevido. Estoy ya casi totalmente repuesto del esguince, pero no quiero sobrecargar el pie para que no se reproduzca. En casa, a solas, me he recogido en silencio en la capilla y he rezado el rosario, ofreciéndome una vez más a María para ser todo suyo.

9 de septiembre

Han asesinado al arzobispo de Burundi, Joaquim Ruhuma. Con él han matado también a dos monjas que le acompañaban y una o dos más han resultado heridas. El cadáver del arzobispo aún no ha aparecido y sólo se ha encontrado el de una de las monjas; han sido las supervivientes las que han contado cómo ocurrió todo.

La noticia es terrible, por lo que significa la muerte de unas personas inocentes y por la categoría del asesinato. Nos devuelve a los peores momentos de la guerra en Ruanda. Además, el arzobispo era tutsi, aunque algunas de las monjas muertas eran hutus. Esto complica todavía más las cosas y ya se han producido, así lo hemos oído en la radio, las primeras acusaciones cruzadas. Los hutus acusan a los tutsis, y al revés. La verdad es que monseñor Ruhuma era una persona incómoda para todos, debido a sus múltiples intervenciones en favor de la paz y en contra de los extremistas de los dos bandos. Estas personas que intentan mediar y ser equilibradas parecen las primeras en ser elegidas como víctimas, pues no interesa a nadie que su voz se siga oyendo. Son muchos ya los obispos asesinados en esta guerra; que recuerde, están Vincent Nsengiyumba, arzobispo de Kigali, la capital ruandesa; Joseph Ruzindana, obispo de Byumba; Thadée Nsengiyumba, presidente de

la Conferencia Episcopal de Ruanda, y ahora este último. El de Bukavu debe andarse con cuidado, pues sus intervenciones públicas son tan valientes y decididas que muchos le miran mal. Como se ve, la Iglesia está pagando un alto precio en sangre y no sólo en las bases, los laicos, sacerdotes y religiosos, sino también en su más alta jerarquía.

Por aquí, los nervios siguen en aumento. No se ha cortado el reparto de alimentos, pese a lo cual los precios de las cosas están subiendo rápidamente, pues los que pueden hacen acopio de víveres y de gasolina. En el fondo es una tontería todo eso porque si hay que salir huyendo no podrás llevarte muchas cosas contigo. Sólo puede ser útil en caso de que debas mantenerte en el sitio sin poder acceder al mercado porque éste esté desabastecido.

Nos hemos reunido en comunidad para decidir juntos qué hacer. Hemos hablado por teléfono con la curia general y una vez más nos han dicho que no nos arriesguemos inútilmente. Sin embargo, no vemos claro que nuestra vida esté en peligro, al menos por ahora, por lo que nuestra opción por atender a Cristo en estas personas sigue intacta. Le hemos pedido al superior general que se comuniqué con el hermano Miguel Ángel, que está de vacaciones, y que le haga saber cómo están las cosas por aquí, para que él decida lo que crea más conveniente. Quizá lo mejor sería que no regresara, pues los tres podemos atender esto tal y como está. Sólo si empieza el curso, cosa que ahora mismo no sabemos si tendrá lugar, será necesaria su presencia.

Hemos rezado por el arzobispo y las religiosas asesinadas. Que Dios se apiade de ellos.

10 de septiembre

Ha hecho menos frío, aunque el cielo ha seguido nublado.

He estado casi todo el día repartiendo medicamentos y trabajando en la reparación de un gran agujero que se ha formado en el camino que nos conduce a Bukavu. La gente sigue muy nerviosa. La radio anuncia que diecinueve personas fueron asesinadas ayer en Ruanda; todos eran refugiados que habían regresado a sus hogares. Dice también que prácticamente se ha cortado el flujo de refugiados que regresan. Es lógico, la gente tiene miedo a volver y, por otro lado, las milicias hutus no quieren que vuelvan.

Leo un fragmento del libro de Chiara Lubich, *Meditaciones*: «El tiempo se me escapa veloz. ¡Acepta mi vida, Señor! Te tengo en el corazón, ése es el tesoro que debe informarme mis acciones. Tú cuídame, mírame, es tuyo el amar: gozar y sufrir. Que nadie recoja un suspiro. Oculta en tu tabernáculo vivo, trabajo por todos. ¡Que el toque de mi mano sea tuyo, sólo tuyo el acento de mi voz! ¡Que en este andrajo mío, tu Amor vuelva al mundo angustiado como el agua que mana abundante de tu llaga, Señor! Ilumina, divina Sabiduría, la oscura tristeza de muchos, de todos. Que María resplandezca.»

¡Qué hermosa meditación! ¡Y qué oportuna! Sí, yo también le he dicho hoy a Jesús que el tiempo se me escapa veloz. Tan veloz que no sé cuánto me queda, aunque yo tengo que vivir el momento presente como si fuera a vivir hasta los cien años. También he hecho mía otra idea sublime: ¡que este andrajo mío sirva para llevar un poco de esperanza a los que lo han perdido todo! No sé por qué, pero hoy me he visto como una de esas bayetas o trapos que se usan en las cocinas para recoger el agua y limpiar la suciedad. Soy así, o al menos me veo así; lleno de defectos, con taras que no consigo eliminar. Sin embargo, esta bayeta usada sigue siendo útil y con ella Jesús puede poner un poco de limpieza y de armonía, aun a costa de dejar más sucio el trapo. Estoy agotado, pero estoy aquí y aquí quiero seguir. Mi ago-

tamiento descansa a otros y, sobre todo, sirve para hacer presente el amor de Dios a unas personas que tienen motivos para creer que Dios y los hombres los han abandonado. Lástima que el Señor no disponga de instrumentos mejores para llevar a cabo esta tarea, pero al menos puede contar con esta humilde y ráfida bayeta que es mi persona, que es mi vida. Como termina diciendo Chiara en su meditación: «¡Que María resplandezca!»

Está lloviendo a mares.

11 de septiembre

He pasado buena parte del día intentando arreglar la fonía (el sistema de radio que nos permite conectarnos con los otros misioneros de Zaire y de Ruanda). Soy el encargado, pero no tengo ni idea, así que todo se me vuelve probar a ver si tengo suerte y lo arreglo por casualidad.

Servando ha estado en cama, pues lleva varios días incómodo y con algo de fiebre.

Como ayer, en cuanto cae la tarde se pone a llover abundantemente.

13 de septiembre

Ayer no pude escribir por lo cansado que estaba. La enfermedad de Servando y la ausencia de Miguel Ángel hacen que tanto a Fernando como a mí nos corresponda más trabajo. Hoy he tenido que ir a Bukavu y Nyanguezí. En la ciudad he hablado en serio con Kotecha, el comerciante, porque no nos lleva lo que le hemos pedido y pagado, con la excusa de que no tiene provisiones en su gran almacén. Es posible que sea verdad, pero también es posible que lo retrase todo para ganar más, pues los precios suben cada día.

El caso es que por la tarde ha enviado su camión con cuarenta sacos de harina y cuarenta y tres sacos de arroz. Una buena ayuda para seguir adelante otra corta temporada.

14 de septiembre

Exaltación de la Santa Cruz. Todos nos hemos reunido hoy de manera especial en torno a la eucaristía. Hemos leído juntos el oficio de lecturas y hemos meditado y comentado la Carta a los Gálatas y los sermones de san Andrés de Creta. «Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. Y, mientras vivo en esta carne, vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí.» ¡Cuánto me gustaría tener la medida de amor que tenía san Pablo cuando escribió esas palabras! Pero, mientras llega ese momento, sí puedo decir aquello del que pedía a Cristo un milagro y el Señor le preguntó si creía en Él. «Creo, Señor, pero ayuda a mi poca fe.» Estoy aquí, Señor, en este rincón del mundo. A varios miles de metros de altitud, a varios miles de kilómetros de mi padre y de mi madre, con la malaria en la sangre, con pulgas recorriéndome el cuerpo por la noche, con parásitos en el estómago. Estoy aquí por ti, por estos hermanos en los cuales estás tú. Estoy aquí y mañana me pueden matar, como han matado ya a tantos. Y, sin embargo, Señor, aún no me siento capaz de decirte, como Pablo, «para mí la vida es Cristo y una ganancia morir». ¿Por qué no te amo más, Señor? ¿Por qué no deseo la muerte con tal de estar contigo? No lo sé. Sólo sé que, mientras llega ese momento de unión definitiva, sigo en la carrera, la que empecé al consagrarme a ti, la que quiero mantener hasta el final, hasta que desaparezca en ti.

Y mientras, la vida ha seguido con su rutina. He ido al campo y he llevado seis sacos de arroz para

los pobres y tres de harina para los impedidos físicos. He escuchado Radio Agatacha, con sus habituales comentarios sobre las desgracias que no dejan de sucederse tanto en Ruanda como en Burundi. He comido y he cenado y, sobre todo, me he sentido un poco hastiado de esta espera ociosa, con ganas de que lo que tenga que ocurrir ocurra pronto, porque noto que mis nervios ya no dan de sí como para enfrentarme a un nuevo curso sin saber cuándo y cómo terminará todo. Aunque, pensándolo bien, ¿no será ésta la cruz de Cristo? ¿No será esta situación de tensión permanente una manifestación de la carga que, por él, estoy dispuesto a soportar? A veces, o casi siempre, pensamos que la cruz es una y luego, cuando sale otra, la rechazamos porque no es la que habíamos previsto.

Ayúdame, Señor, a abrazar la cruz, la que tú decides, porque en la cruz estás tú y es a ti, Cristo abandonado y crucificado, a quien quiero abrazar y por quien quiero vivir.

15 de septiembre

Domingo. Me levanto tarde. Hace un buen día aunque cubierto de niebla. Casi todos descansan cuando me levanto. Rezo un rato y recito las laudes en silencio. Me voy al campo dando un paseo. Chispea un poco, pero es agradable andar por el monte y aspirar el olor a tierra mojada. Como siempre, la misa dura dos horas y varias niñas bailan divinamente; la homilía es larguísima, también como siempre, y aunque ya estoy acostumbrado al kyniaruanda, todavía me cuesta trabajo seguir al sacerdote, así que me aburro un poco. Después de la misa colaboro con los sacerdotes en el trabajo pastoral y me reúno con varios grupos de jóvenes y de adultos para comentar la Palabra de Dios. Llego a Bugobe tarde y los demás ya han comido.

Después de comer duermo un rato la siesta y luego salgo a dar un paseo con Servando. Nos hemos encontrado con un grupo de niños que cazan ratas con un perro, metiendo las manos en sus madrigueras. Nos muestran una bien grande que puede pesar fácilmente dos kilos. No tardarán en comérsela en algún «blindado», felices de poder tener carne fresca en la mesa. Al regresar a casa, como solemos hacer cuando damos estos paseos, rezamos juntos el rosario.

Los días pasan, pasan también las semanas. De vez en cuando, alguna noticia trágica, que nos recuerda que la guerra está ahí, a un tiro de piedra como quien dice. Luego, la rutina de nuevo. La compra en Bukavu, el regateo y los nervios por la eterna lentitud. El reparto de comida. El reparto de ropa. El breve trabajo pastoral. La preparación del nuevo curso y luego, cuando llegue, las clases diarias y las reuniones con los profesores. En fin, una rutina dentro del drama.

Hasta en situaciones como la presente se puede llegar a establecer un ritmo cotidiano y casi vulgar. Por eso es tan importante, también aquí y ahora, elevar continuamente el ánimo a lo sobrenatural. Por eso es tan importante, a la vez, no dejarse abatir ante la sensación de que esto está encallado, de que no hay otra solución que la de dejar que las cosas se pudran por sí solas. En cualquier momento puede hacer erupción el volcán sobre el que nos hemos instalado y lo que hoy es calma chicha, mañana puede ser plena tormenta y derramamiento de sangre; sólo si estamos preparados, si estamos en Dios, podremos hacerle frente con éxito, aunque ese «hacerle frente» sea mirar cara a cara a la muerte y decirle al Señor, a través de su enviada, «te quiero».

Por cierto, hoy ha sido la fiesta de la Virgen de los Dolores, la Desolada, como la llama Chiara Lubich. Le he pedido a ella que me ayude a aceptar la inutilidad que siento, la sensación de impotencia que me está haciendo tanto daño estos días. Me noto, como

en aquella espléndida escultura de Miguel Ángel que se conserva en el Vaticano, como si tuviera a Cristo muerto sobre mis rodillas y no pudiera devolverle a la vida, como si estuviera al pie de la cruz viéndole morir y no pudiera hacer nada por ayudarlo. Sé tú, María, mi modelo y mi sostén en este momento. Que el cansancio y el desánimo no hagan mella en mi ánimo para poder compartir con los demás el consuelo que recibo de ti.

16 de septiembre

He conseguido quitarme dos «chiqués» que se me habían metido en un dedo del pie. Son muy molestos y relativamente peligrosos. Afortunadamente, un niño del campo se ha convertido en un verdadero especialista y tiene siempre gente en lista de espera para limpiar los pies de estos molestos parásitos.

He ayudado con una limosna a una niña que no tenía nada para comer y que acababa de perder a su madre, quedándose sola. La he incluido en la lista de huérfanos a los que atendemos, pero hasta que se haga el próximo reparto me ha parecido conveniente echarle una mano.

Hemos mantenido una reunión con los responsables del campo y con los jefes de los tres niveles educativos. Hemos hablado seriamente del próximo curso. Debería empezar la semana que viene, o como muy tarde a la otra, el 30 de septiembre. Ellos, que deben saber mucho más que nosotros sobre los planes de las milicias hutu, se muestran reticentes. Dicen que la situación en Ruanda está muy mal y expresan su temor a que el nuevo curso no pueda ni empezar o tenga que ser interrumpido pronto. No se han atrevido a decirnoslo claramente, pero he creído intuir que su deseo es quitarnos la responsabilidad escolar para dedicarse de lleno a la educación política y militar de los adolescentes. A la vista de la situación, les hemos dicho

que debían comentárselo todo al padre Cibambo, el responsable de Cáritas de Bukavu. Hemos quedado en volver a reunirnos a finales de esta semana o la semana que viene. Mientras tanto, el tiempo pasa y espero que tengamos algún dato más sobre lo que nos depara el futuro.

Por la noche hemos visto los tres una película sobre elefantes. Hemos llegado a la misma conclusión: si en Occidente se preocuparan tanto de los refugiados como de los elefantes, hace tiempo que no habría ningún campo de refugiados. No estamos en contra de la preservación de la naturaleza, pero ¿es que los hombres no son naturaleza? A la vista de lo que está pasando son menos importantes que las ballenas, los delfines o las focas.

19 de septiembre

He estado dos días fuera, haciendo un retiro de espiritualidad en Bukavu, aprovechando que aún no empezaba el curso en el campo. Ha sido una buena terapia, tanto para el cuerpo como para el espíritu. Salir y desconectar es algo imprescindible, pues de lo contrario terminas por adquirir tú también la mentalidad del refugiado.

Por fin hemos decidido, pese a todas las reticencias, que el lunes próximo empecen las clases. Nos hemos vuelto a reunir con los distintos responsables educativos, aunque en esta ocasión no ha estado presente el jefe del campo. Tanto Servando como yo hemos notado un cambio de actitud en ellos. Es como si hubieran perdido el interés por discutirnos la oportunidad de la fecha. Han dicho que sí a todo y apenas han puesto dificultades. Ni siquiera han puesto objeciones cuando hemos propuesto que el lunes, día 23, inauguraríamos el curso con una misa. Esta pasividad nos ha escamado tanto o más que sus anteriores reticencias. Indudablemente, saben algo

que nosotros ignoramos y no nos lo quieren decir; ahora es como si hubieran tirado la toalla y se hubieran abandonado a su ancestral fatalismo. Ya veremos lo que pasa. Uno de los directores del curso pasado, que no ha ganado las elecciones y que por lo tanto no repetirá en el cargo, era el único que parecía distinto, como agresivo y amenazador; pero ni siquiera su actitud disonante ha hecho que los demás salieran de su apatía.

Por lo demás, todo normal, como siempre. En el campo he rezado un rato, mientras esperaba a que llegaran todos los de la comisión educativa, en la capilla del beato Champagnat, que estaba muy bien adornada de flores. También he asistido a la oración que uno de los catequistas ha efectuado sobre un enfermo que se encontraba echado en una camilla, cubierto de mantas. Entretanto, afuera llovía y granizaba.

Ahora, ya de noche y a punto de acostarme, no puedo evitar un cierto sobresalto, la intuición de que algo va a pasar y pronto. Recuerdo la mirada del profesor agresivo y me da miedo; había odio en ella; odio y deseo de venganza, lo cual, siendo como son, puede ser terrible.

María, no abandones la obra de tus manos. No abandones a los que sólo te tienen a ti como puerto seguro.

20 de septiembre

He pasado una mala noche. Han venido un grupo de soldados del contingente que custodia el campo. Era pasada la una de la madrugada. Nos han despertado con sus gritos y con el ruido del camión. Han estado mucho tiempo haciendo jaleo y hablando a voces con los soldados del retén que están aquí, en Bugobe, a escasos metros de nuestra casa. Ni yo ni ninguno de mis hermanos de comunidad nos hemos movido de nuestra habitación. Por experiencia sabemos

que lo mejor es no inmiscuirse; si vienen a por ti, lo sabrás, y si no, te puedes encontrar con lo que no desees, pues a lo mejor lo único que les pasa es que están borrachos y que han salido a dar una vuelta para divertirse o a ver qué pueden robar. A eso de las dos y media se han ido. Entre los nervios y el sobresalto, eran pasadas las cuatro cuando he vuelto a coger el sueño. A las seis me he levantado.

No ha habido forma de enterarse de los motivos que trajeron a los soldados anoche a Bugobe. Los del retén han estado completamente herméticos y huidizos. Eso sí, han vigilado con más esmero a los que han venido al molino con su maíz.

Tanto Servando como Fernando y yo mismo hemos coincidido en valorar la situación como muy delicada. Es la misma actitud que mostraron los responsables de la educación. Ellos saben algo que no quieren comunicarnos y están haciendo sus planes. Lo que no sabemos es si el asunto nos afecta directamente. En todo caso, habrá que estar muy atentos para ver qué pasa.

Servando ha hablado con los dos sacerdotes, que por ser de etnia hutu podrían estar al tanto de alguna cosa. Nos han dicho, y creo que con sinceridad, que se oyen rumores de posibles ataques en el norte y en el sur, cuyo objetivo sería coger en una pinza los campos de refugiados que están en torno al lago Kivu. Según ellos, no hemos debido ser tan drásticos con los del comité educativo, pues nos hemos hecho algunos enemigos feroces; además, siempre según ellos, esa oposición no va a servir para nada, pues parece muy difícil que el curso que está próximo a empezar pueda acabarse. Le han prometido a Servando que si se enteran de algún peligro nos lo dirán inmediatamente.

Creemos que son sinceros y que no hay amenazas a corto plazo, pues de existir, ellos y las monjas están más expuestos que nosotros ya que todos son de etnia hutu.

Treinta días de otoño

21 de septiembre

Ha terminado el «verano» que, como estamos al sur del Ecuador, coincide con el invierno. Aquí no debería haber muchas diferencias de temperatura, pero la elevada altitud hace que se noten las estaciones, sobre todo en lo concerniente a las lluvias. Hoy al menos, la temperatura ha mejorado e incluso ha habido momentos de verdadero calor. Me he levantado pronto y he rezado un largo rato, invadido por todo tipo de recuerdos. Después he participado en la misa y he desayunado con los demás.

A las siete y media, cargado con varios sacos de comida y junto con Fernando y un grupo de inválidos, salgo para el campo. Fernando ha tenido una nueva reunión con los responsables del servicio educativo. Les ha propuesto que las clases empiecen el lunes. Nadie se ha opuesto, aunque, al igual que el otro día, no han mostrado el más mínimo entusiasmo. Celebraremos una misa y después una conferencia sobre los derechos humanos y la dignidad de la persona; así lo hemos decidido en comunidad, aun sabiendo de lo ridículo que resulta hablar de esas cosas en esta situación de miseria, pero quizá porque están en esta situación es por lo que necesitan

más oír que son personas y no animales a los que otros animales dan caza salvajemente.

Por la tarde he vuelto a bajar al campo para repartir ropa, comida y dinero entre los niños huérfanos. Cada vez que me toca realizar este servicio me siento premiado por Dios. Es una verdadera satisfacción ver la cara de alegría que ponen estos pequeños al recibir un pantalón que quizá les viene grande, o una camisa de colores, y no digamos si les tocan unas zapatillas. Todo ello está usado ya, por supuesto, y procede de lo que Cáritas nos envía. Pero estos pobres huérfanos tienen más alegría con las cosas que reciben que los europeos cuando se compran el mejor traje en el más elegante comercio.

Por la noche, después de cenar, los tres de la comunidad hemos estado un largo rato en la capilla. Hay algo en el ambiente que nos intimida. Sólo nos queda rezar y pedirle a Dios fuerza y sabiduría.

Son las nueve y media, un poco antes de lo que acostumbro, pero me voy a acostar. Estoy muy cansado y noto un agotamiento extraordinario debido a la tensión que padecemos.

22 de septiembre

A las cuatro de la mañana nos ha despertado la música de los militares que están de retén junto a nuestra casa. Ha durado hasta las seis. Ninguno de los tres ha salido de su habitación. Era sábado por la noche. Probablemente estaban borrachos. Y armados. Salir a increparlos era ir en busca de una bala. Y eso que su sueldo lo estamos pagando nosotros. Pero así son las cosas aquí: las amenazas peores las recibes de aquellos que tienen la misión de custodiarte.

A eso de las siete me he levantado, un poco nervioso y fastidiado por la música de los militares. Como ha sido domingo, hemos acompañado a Urbain al campo para asistir a la primera misa. Terminamos

antes de las diez. Hoy el sermón ha sido corto y las niñas han danzado, como siempre, maravillosamente; iban vestidas de azul con una cruz blanca en el pecho, mientras que otras llevaban túnicas blancas con franjas rojas. Me he quedado también a ayudar a la segunda misa. Cuando he llegado a casa era tarde y ya habían comido, así que he comido solo. Después he ido a descansar.

Hasta aquí todo se enmarcaba dentro de lo normal, pero a las cinco Servando ha venido a mi habitación un poco nervioso. Acababa de oír en Radio Agatacha que los banyamulengue habían empezado una gran ofensiva al norte de Bukavu con armas pesadas. El desconcierto era total y no se sabía si se trataba de un ensayo o de la temida ofensiva final para acabar con los campamentos de refugiados y con las milicias interahamwes.

Inmediatamente hemos ido a buscar a Fernando, que estaba dando un paseo y afortunadamente le hemos encontrado tomando un café con las religiosas vecinas nuestras. Junto a ellas hemos analizado la situación. Lo que sí pudimos observar inmediatamente es que los soldados zaireños que debían custodiarnos habían desaparecido como por encanto. Indudablemente que ellos no sabían nada de lo que iba a ocurrir, pues de lo contrario no se habrían corrido anoche la juerga que se pasaron. En cambio, las hermanas nos confirman nuestros temores al decirnos que desde hacía días corría en el campo el rumor de que podía estallar una gran ofensiva tutsi. Al preguntarles por qué no nos lo habían dicho, nos contestaron con gran sencillez que tampoco era una cosa segura, sino que era uno de tantos rumores y que, además, era de todos sabido que eso más pronto o más tarde tenía que ocurrir; añadieron que la prueba de que ellas tampoco se lo habían tomado muy en serio era que estaban allí, en lugar de haber huido con tiempo para salvar su vida ante un posible avance de los tutsis.

Como sea, decidimos esperar, pues no podíamos hacer nada. Logramos establecer contacto por radio con Nyanguezi y también con Goma; todo estaba allí relativamente tranquilo y nuestros hermanos pensaban que, de momento, lo más adecuado era no alarmar a los refugiados y esperar al menos un día o dos antes de tomar decisiones.

Por mi parte, le he dicho a Servando que estaba dispuesto a quedarme hasta el final, pero que no ponía ningún inconveniente a que ellos se fuesen. Yo ya he vivido una situación terrible, de asalto y caos, en Kinshasa, y sé cómo comportarme, así que les he asegurado que para mantener una presencia europea en el campo, de cara a que sirva de moderación a los asaltantes, me basto y me sobro yo. Fernando ha sonreído y me ha dicho que soy un joven presuntuoso y que él, como más mayor, reclama el honor de quedarse solo. Servando, por su parte y ya bromeando, nos ha dicho que el único que tiene derecho a quedarse es él, porque es el superior y el capitán es el último que debe abandonar el barco. Es decir, los tres nos quedamos y no sólo ahora sino mientras veamos que nuestra presencia aquí es necesaria.

No tenemos vocación de mártires. No queremos que nadie cometa un crimen, ni siquiera para llevarnos a nosotros al cielo. Queremos vivir para seguir sirviendo a Cristo a través de tantos hermanos necesitados como hay. Pero, al mismo tiempo, somos conscientes de que si nos vamos ahora será una terrible señal de abandono para esta multitud de personas que ya han sido desposeídas de todo. Nosotros somos testigos del amor y de la ternura de Dios. Abandonarlos en estas circunstancias es certificar que también Dios los ha dejado. Ya han perdido mucho, casi todo, y ahora pueden perder hasta la vida; que al menos nuestra compañía sirva para que crean en el amor de alguien que, a su vez, cree en el amor de Dios.

En fin, con estas circunstancias nos hemos ido a acostar muy tarde y bastante nerviosos. Antes, jun-

tos y en la capilla, hemos hecho un largo rato de oración y nos hemos confiado a la Santísima Virgen. Que ella nos guarde siempre.

23 de septiembre

Han continuado los ataques. Hemos oído por la radio que el bombardeo ha afectado a un barrio de Bukavu y que hay cientos de muertos y heridos. A pesar de eso Servando ha viajado a la ciudad, pues tenía una cita con el padre Cibambo. Fernando y yo hemos ido al campo. El nerviosismo era total. Sin embargo, los refugiados no habían levantado las tiendas ni recogido sus pertenencias, lo cual indicaba que no habían decidido aún marchar a ningún sitio, pero todos pululaban de un lado a otro, inquietos y con no pocos enfrentamientos entre ellos mismos. Uno de los responsables del grupo de alfabetización se me acercó y, con mucha ironía, me dijo: «¿No decía usted que las clases tenían que empezar hoy? Si quiere, convocamos a los alumnos.» Estuve por responderle mal, pero me pareció más prudente no enconar los ánimos y contesté, como quien no le da importancia a la cosa: «No te preocupes, ya empezaremos la semana que viene.»

Tanto Servando como Fernando y yo mismo hemos podido comprobar la actuación de las milicias hutus en el campo. Apparently podía ser un caos, pero en realidad todo estaba bajo control. No digo que no cupiera la posibilidad de que algún refugiado pudiera irse sin ser visto; esa posibilidad ha existido siempre. Pero de lo que se trata es de evitar que, de manera masiva, se emprenda el regreso a Ruanda. Por eso, como si fueran pastores que cuidan de un rebaño de ovejas, están atentos a los movimientos de masas y evitan, con golpes y con muertes si hace falta, que la gente emprenda el camino hacia donde a ellos no les conviene. La única posibilidad

de que se les escape la situación de las manos es que los banyamulengue avancen rápidamente y no les dé tiempo a huir conduciendo a tanta gente; entonces, estoy seguro, no dudarán en salvarse ellos y dejar atrás, expuestos a su suerte, a una multitud hambrienta, desorientada y completamente inerte; con el agravante de que esa multitud son los de su propia raza.

Por la tarde nos hemos quedado en casa. Comprendíamos que en el campo no teníamos nada que hacer. Además, seguían oyéndose las bombas. Las milicias hutus controlan todo, en pleno acuerdo con el destacamento de soldados zaireños asentado allí. Para ahorrar combustible, hemos parado los molinos, porque prácticamente nadie ha venido a moler grano. Naturalmente que ni ayer ni hoy se han distribuido raciones de comida por parte del HCR, cuyos representantes no han aparecido por el campo y suponemos que están en Bukavu, si es que no se han marchado ya al interior de Zaire o a Ruanda.

También hemos hecho una breve visita a las monjas para saber si necesitaban algo. La radio nos mantenía informados y hemos establecido contacto con la curia general, a la que hemos tranquilizado como hemos podido. Otra llamada ha sido del consulado español en Kinshasa; quieren que nos vayamos inmediatamente, «ahora que podemos», dicen. Les hemos agradecido su interés, que ya han manifestado en muchas otras ocasiones, pero hemos reiterado nuestro deseo de permanecer en el campo mientras queden refugiados. Veremos qué pasa mañana.

24 de septiembre

Han continuado los bombardeos sobre Bukavu. Hemos vuelto a ir al campo por la mañana y la situación era idéntica a la de ayer. Nada que hacer por

nuestra parte, pues la tensión era tal que ni siquiera había la posibilidad de repartir comida, ya que cualquier cosa podía desencadenar reacciones desesperadas. Sin embargo, los tres hemos observado en algunos de los responsables del campo una sensación de relajación que no existía ayer. Veremos si es una buena señal.

Hemos vuelto a hablar con Roma. Nos preocupa la situación de un joven postulante de origen ruandés, Jean Nepomuceno, y queríamos saber qué teníamos que hacer con él.

Todo el día han corrido rumores sobre si el ejército zaireño había entrado en Ruanda por Cyangugu. Los militares del retén así nos lo aseguraban, pero luego la radio lo ha desmentido.

Ha hecho un día de mucho calor.

25 de septiembre

Efectivamente, esta gente sabe las cosas con precisión antes de que ocurran. No sé cómo se enteran, pero ayer ya sabían que la ofensiva de los banyamulengue contra Bukavu estaba a punto de terminar. Nosotros nos hemos enterado esta tarde, por Radio Agatacha, pues cuando hemos ido por la mañana al campo nadie nos ha dicho nada. De hecho creíamos que continuarían los bombardeos sobre la capital de la provincia sur del Kivu. Eso sí, hemos visto que el ambiente era más tranquilo y de hecho uno de los profesores se me ha acercado para preguntarme cuándo iba a empezar por fin el curso; yo he creído que era una provocación, como dos días antes, y he contestado lo mismo: «Tranquilo, ya empezaremos la semana que viene.» En vista de que lo he dicho ya dos veces, aunque la amenaza haya terminado, no quedará más remedio que esperar al lunes próximo para empezar las clases, lo cual nos viene bien, pues estoy deseando ir mañana a Bukavu a ver qué ha pa-

sado y a ver si puedo ayudar en algo a las víctimas de los bombardeos, que son, según la radio, centenares.

Por cierto, esta noche se ha instalado un grupo de soldados aquí, en Bugobe. Por la mañana, Servando los ha conducido a Irabata con la camioneta.

También hoy ha hecho mucho calor.

26 de septiembre

Me he levantado, como todos los días, cuando la luz ha entrado en mi habitación. Después de lavarme, rezar y desayunar, he pedido permiso a Servando para ir a Bukavu. Él me ha dicho que pensaba hacer lo mismo que yo, así que hemos dejado a Fernando en casa y hemos salido en el coche.

A pocos kilómetros de Nyamirangwe nos hemos encontrado con una gran cantidad de refugiados que huían de la ciudad. Eran hutus y parecían desorientados. Iban hacia el sur, pero nos han dicho que la mayoría estaban adentrándose en Zaire, especialmente los originarios habitantes de la ciudad. En un principio pensamos que Bukavu se habría quedado vacía, pero al llegar la vimos casi tan animada como siempre. Eso sí, con las tiendas cerradas. La gente estaba en la calle y costaba muchísimo desplazarse en coche. Nos han dicho que no se podía ir a la zona afectada por los bombardeos, por lo que nos hemos dirigido al hospital; aunque nosotros no somos médicos ni tenemos idea de medicina, sí que podemos intentar aportar algo, por ejemplo sangre. La mía, como imaginaba, la han rechazado debido a la malaria, pero en cambio a Servando le han extraído una buena cantidad.

Después nos hemos dirigido a la casa de los javerianos, que nos han puesto al corriente de lo sucedido. Según parece, esto no ha sido más que un ensayo. Ni siquiera es un aviso, sino sólo una pre-

paración. Es decir, y siempre según lo que los javerianos contaban, los tutsis de Ruanda, unidos a los de Burundi, a los tutsis zaireños —los banyamulengue— y a fuerzas ugandesas, han decidido quitarle un buen pedazo de territorio a Zaire y apropiarse toda esta región situada en torno al lago Kivu. Ya no estaríamos, por lo tanto, ante una guerra dirigida a acabar con la amenaza permanente de los campos de refugiados que funcionan como un nido de guerrilleros peligrosamente cercanos a la frontera; el objetivo no sería, pues, hacer que los hutus regresen a Ruanda u obligarlos a introducirse más en Zaire. Los refugiados han pasado ahora a un segundo plano. Los tutsis parecen decididos a aprovecharse de la extraordinaria debilidad de Mobutu, de la corrupción de su régimen y del estado de caos en que se encuentran sus fuerzas armadas para dar un zarpazo al mapa y quedarse con una rica porción de este enorme país.

Eso significa, ni más ni menos, la guerra. Una guerra abierta que probablemente terminará con la destrucción de uno de los dos contendientes: Mobutu, con sus aliados hutus por un lado, y los tutsis por otro. Queda saber qué piensan las potencias internacionales, Estados Unidos y Francia sobre todo, que son los que más intereses han mantenido siempre en esta zona. Mobutu ha sido un buen aliado de Estados Unidos mientras duró el comunismo y en la vecina Angola había una guerra permanente con soldados cubanos incluidos. Pero ahora que se ha terminado la guerra fría, no sería raro que a los norteamericanos ya no les interesase mantener en su puesto a un sangriento dictador. De lo contrario, si el interés de Estados Unidos siguiese estando del lado de Mobutu, resultaría incomprensible que se haya boicoteado la intervención internacional para frenar las matanzas de Ruanda. Por menos se entró en Somalia. En cuanto a Francia, quizá haya perdido interés por la comarca o haya comprendi-

do que no puede mantener ella sola a Mobutu en el poder.

En todo caso, esta situación significa una cosa clara para nuestros refugiados: más dolor, más abandono, más sangre.

De camino a casa nos hemos confiado uno al otro nuestro desconcierto. No sabemos qué hacer, pero creemos que debemos mantenernos en el campo mientras éste exista. Si los refugiados se van, intentaremos irnos nosotros también, si podemos. También hemos decidido hablar mañana con los responsables del campo para empezar las clases el próximo lunes, día 30. Hay que actuar con normalidad, como si estuviéramos en una tranquila ciudad de provincias y nuestra única preocupación fuera que el equipo de fútbol local ganase a su rival en el partido de liga. Éste es nuestro mejor servicio a esta gente. Al menos mientras no veamos claro que debemos hacer otra cosa. Además, ¿qué otra cosa podemos hacer? No tenemos ninguna autoridad sobre ellos y ni tan siquiera somos sacerdotes para decirles en la homilía del domingo algo que incline su voluntad en un sentido o en otro. Nosotros somos hijos de María, que hemos venido aquí a servir y no a mandar y, ni tan siquiera, a hablar.

27 de septiembre

Me he levantado, como cada día, al amanecer. Estoy algo resfriado y ruego a Dios que no me ataque ahora la malaria, pues el momento no puede ser menos oportuno. Rezamos un largo rato juntos y terminamos con las laudes. A continuación hacemos una liturgia de la Palabra, pues hoy no vamos a poder participar en la eucaristía, dado que los dos sacerdotes están fuera.

Ayer nos propusimos actuar con la mayor normalidad posible, para ser instrumentos y testigos de

paz. Como no se reparte comida en el campo desde hace varios días, hemos decidido aumentar las cantidades que nosotros distribuimos y que suelen ir dirigidas a los más necesitados: los inválidos, los huérfanos, los enfermos. Así que esta mañana he salido hacia el campo con la camioneta llena de sacos de arroz, de harina, de azúcar y de leche en polvo. Con muchos miles de personas apiñadas en Nyamirangwe, lo que nosotros podemos dar es del todo insuficiente, pero al menos hacemos todo cuanto podemos y somos así testigos del amor de Dios.

He regresado a Bugobe para comer y después de descansar un poco, pues hacía mucho calor al mediodía, he regresado al campo. Servando venía conmigo. Nos hemos reunido con los responsables del sistema educativo, a los cuales habíamos citado por la mañana. Han acudido todos, aunque, como siempre, muy poco puntuales. Al fin hemos podido celebrar la reunión y hemos acordado empezar las clases el próximo lunes, día 30 de septiembre; siempre y cuando, hemos advertido, no tengan lugar nuevos incidentes armados. Hemos aprovechado para hablar con franqueza, expresando nuestro disgusto al comprobar que nos habían estado ocultando datos. Estamos con ellos, para servirlos a ellos y sin ganar nada a cambio; al contrario, nos jugamos la vida por permanecer a su lado; por eso, les hemos dicho, creemos que merecemos su confianza y que no nos dejen al margen de lo que está pasando alrededor, entre otras cosas porque nos interesa saberlo para intentar salvar la vida si llega el caso. Como suele suceder cuando nos ponemos serios, todos sin excepción han agachado la cabeza y no han dicho absolutamente nada.

Al acabar la reunión uno de los responsables se me ha acercado y me ha separado del grupo. Con gran humildad me ha pedido perdón, pero me ha pedido también que entienda su postura. Los jefes de los interahamwes habían dado la orden expresa de

que no se nos dijera nada so pena de muerte; incluso, para evitar que nos pudiésemos enterar por terceros, a ciertas personas muy próximas a nosotros también se les había mantenido en la ignorancia, como por ejemplo las monjas y los dos sacerdotes. Con todo, me ha asegurado que él estaba decidido a romper la prohibición y a jugarse la vida si veía que la situación se volvía peligrosa. Lo que más me ha preocupado es que me ha asegurado que los milicianos hutus no confían en nosotros, como tampoco confían los soldados zaireños; el teléfono móvil que tenemos y la emisora de radio les parecen instrumentos para enviar información a Europa y también a los tutsis. Me ha contado también que varios de los profesores son enemigos mortales nuestros, sobre todo por nuestro empeño el curso pasado en jugar limpio en las elecciones a dirigentes y profesores y en impedir que se introdujesen materias de formación política en las clases.

De todo esto he dado cuenta a Servando al regresar a casa. Algunas cosas ya las sabíamos o, por lo menos, las sospechábamos, pero nunca las habíamos oído tan crudamente expuestas. Los dos, y luego Fernando cuando le hemos puesto al corriente de todo, hemos coincidido en que estamos mucho más solos de lo que podíamos imaginar. No sólo no nos quieren los tutsis por ayudar a los hutus, sino que los mismos hutus —algunos de ellos— a los que ayudamos nos miran con desconfianza. Pero ¿qué hacer? ¿Marcharnos, como nos piden desde la embajada? ¿Abandonar ahora, cuando están por ocurrir los momentos más difíciles y en los cuales quizá nuestra presencia será más necesaria que nunca? No, el buen pastor no deja el rebaño cuando ve venir el lobo ni se marcha porque las ovejas no le aplaudan. El buen pastor da la vida por las ovejas, aunque éstas no se lo agradezcan. Eso es precisamente lo que hizo Cristo por nosotros y sólo amándonos con esa me-

dida tan grande nos salvó y logró que entrara en nuestro corazón el amor hacia Él.

En todo caso, hemos decidido hablar con Miguel Ángel para informarle con detalle de todo lo que sucede. Lo hemos intentado directamente en la comunidad donde creíamos que estaba y luego hemos llamado a la curia general en Roma para ponerlos al día de todo y pedirles que localicen a Miguel Ángel a fin de que él decida si vuelve o se queda. De momento, ni el general ni nosotros hemos dado con él.

Por cierto, al hablar con Roma nos han informado de que ayer empezó en Tanzania un juicio, presidido por un tribunal de la ONU, contra los genocidas ruandeses. El acusado era el hutu Jean-Paul Akayesu, al que acusan de haber incitado a la masacre de dos mil personas. Quizá este juicio tenga algo que ver con la ofensiva del otro día contra Bukavu. En todo caso, lo que hace falta no es sólo que se juzgue a los que cometieron crímenes en el pasado, sino sobre todo que se eviten los nuevos crímenes que se pueden cometer. Me resulta muy difícil entender los planes de la política mundial; parece que en tales planes no entra la suerte que pueden correr millones de personas refugiadas y maltrechas, al menos a juzgar por la ausencia de todo programa serio y controlado por fuerzas internacionales para la reinserción de estas gentes en su tierra y la conveniente protección una vez llegados allí.

28 de septiembre

Me levanto como de ordinario. Rezo un rato y luego tenemos la eucaristía, pues ya han vuelto los sacerdotes. Desayuno y salgo para Bukavu. No había vuelto desde el otro día y no sabía qué me iba a encontrar. Al contrario de la última vez, las tiendas estaban abiertas y con una provisión de mercancías sólo ligeramente inferior a lo normal; el precio, en cambio,

era muy superior. He retirado buena parte del dinero que teníamos depositado en el economato y he aprovechado para comprar lo que he podido encontrar, habida cuenta de que si ahora es caro ya nunca será más barato, pues aquí las cosas suben siempre y no bajan nunca. También he podido conseguir, a precios escandalosos, gasolina y gasóleo, que en determinadas circunstancias pueden ser más valiosos que el oro. Con todos estos gastos hemos dejado nuestra cuenta casi a cero, aunque aún tenemos algunos dólares en casa de los javerianos. Esperemos que pronto nos llegue dinero de Europa, quizá a través de Miguel Ángel si opta por venir.

En Bukavu he tenido una larga conversación con Cibambo, el sacerdote encargado de Cáritas. Me ha dado más o menos la misma versión de los hechos que me contaron los javerianos hace dos días. Hemos convenido seguir adelante con el plan de escolarización previsto, aunque ha expresado su certeza de que el curso que estamos a punto de empezar no lo vamos a acabar, pues las ofensivas definitivas de los tutsis no tardarán en producirse. Por lo que se ve, esperan a que se multipliquen las lluvias, pues así el ejército zaireño tendrá más dificultades en llegar desde las distintas regiones de este gigantesco país, mientras que los tutsis tienen cerca sus bases de operaciones y de aprovisionamiento. Me ha confirmado también que la intención de las milicias hutus, si la cosa se pone muy mal, es conducir a la gente de regreso a Ruanda, pero camuflándose entre los refugiados. En fin, rumores y posibilidades varias, que se planean de una manera y luego salen de otra, pues cuando los acontecimientos se precipitan lo único que se puede hacer es improvisar.

He regresado a casa tarde, pues me he quedado a comer en Bukavu. A la vuelta he recogido algunas personas que iban hacia el campo, sobre todo a dos hermanitos que estaban en la ciudad el día de los bombardeos y cuya madre fue alcanzada por la me-

tralla. Parecían como dos pollitos mojados, débiles e incapaces de moverse por sí mismos; sin más familia, no sabían ni siquiera adónde dirigirse, así que yo mismo los he llevado a las casas previstas para los huérfanos y los he dado todo el dinero que llevaba encima, que no eran más que algunos dólares, pues me había gastado casi todo en las compras. Si Dios quiere, mañana me ocuparé de ellos.

29 de septiembre

Domingo. Hemos participado en las misas en el campo como cada fiesta. Se ha recuperado el número de gente habitual, que había disminuido la última semana. Entre misa y misa he ayudado a los sacerdotes con los niños, organizando juegos y grupos de adolescentes y de jovencitos. He podido también ver a los dos pequeños que ayer recogí en la carretera; me han dicho que han pasado la noche bien, pero que echan mucho de menos a su madre. No puedo suplir el lugar de ella, pero para consolarlos les he dado una buena bolsa de comida con un gran puñado de caramelos y también algo de ropa que había traído para ellos. Son tantos y tantos casos semejantes, que te da la impresión de que aunque tuvieras todo el dinero del mundo no podrías solucionarlos todos; sé que no es verdad y que con algo más de generosidad, niños como éstos podrían afrontar la vida con esperanza. En fin, no quiero ni pensar en lo que les puede ocurrir si empieza la desbandada, con la multitud huyendo y protegiéndose cada uno a sí mismo o, como mucho, cuidando de los de su sangre. Que Dios los proteja y les haga suave su futuro.

He hablado por teléfono con mi casa, en España, y Servando lo ha hecho con la suya. También hemos logrado localizar a Miguel Ángel, que estaba en Nairobi. Ni pensar en no regresar cuando ya tenía, como

quien dice, el pie en el avión. Efectivamente, para mañana tiene prevista la llegada y yo mismo me encargaré de ir a buscarle al aeropuerto. Da gran alegría su venida, por más que en algún momento hayamos tenido nuestras diferencias.

Para terminar este domingo, el último propiamente de vacaciones pues mañana empezaremos las clases, hemos dado un largo paseo Servando y yo, compartiendo las experiencias vividas y rezando el rosario. ¡Qué dulce es cuando los hermanos viven unidos y el Señor está presente en medio de ellos! Dios quiera que ahora que vamos a volver a ser cuatro no se rompa esta unidad, pues si ya tenemos muchos problemas externos, lo único que no necesitamos son también problemas internos.

30 de septiembre

Me he levantado un poco antes de lo habitual, cuando todavía era de noche. Debía ir a recoger al hermano Miguel Ángel al aeropuerto y no quería llegar tarde. Como forzosamente tenía que pasar por Bukavu, era necesario disponer de más tiempo del normal para prever posibles controles y retrasos. Así que, después de lavarme, rezar laudes y desayunar, he salido para la ciudad.

Sin embargo, todo ha ido muy bien y sin contrariedades especiales. He llegado al aeropuerto con tiempo de sobra y he esperado tranquilamente a que llegara el avión. A eso de las doce ha aparecido Miguel Ángel, sonriente, descansado, contento de estar, como él dice, «de nuevo en casa». Ha sabido de lo ocurrido en Bukavu por las noticias de la prensa y por lo que le han contado en Nairobi, pero aun así no se hace a la idea de la gravedad de la situación, pues lo que pasa en los campos, salvo cuando ya todo es catastrófico, no suele interesar ni a los medios de comunicación ni a la opinión pública en general. El

drama de estos cientos de miles de personas se ha convertido en una rutina, en algo que llamó la atención en su día pero que ahora produce malestar, como si ellos no tuvieran más problemas aún que al principio y como si no necesitaran comer cada día o medicinas cuando enferman. Así que he empleado el viaje de regreso a Bugobe para poner al día, con todo detalle, a nuestro hermano.

De paso, hemos aprovechado el viaje para llevar refugiados de un sitio a otro; a tres los dejamos a la entrada de Kashusha y a otro a la salida de Inera. En Bukavu hemos hecho también una parada para hacer algunos recados y depositar el dinero que traía Miguel Ángel.

La vuelta fue más accidentada que la ida. A la altura de Kabara, después de pasar la prisión, hay un control de militares zaireños. Nos detienen y se empeñan en revisar todos los bultos que llevamos. Milagrosamente, al identificarnos, conseguimos que nos dejen pasar sin tocar nada, pues si se hubieran puesto a mirar probablemente habríamos perdido parte de nuestras pertenencias o habríamos tenido que pagar un fuerte soborno para que nos dejaran pasar, y eso no porque llevemos nada prohibido, sino por su gran capacidad de rapiña.

La llegada de Miguel Ángel ha sido acogida con gran alegría por todos, tanto por la comunidad —Servando y Fernando— como por las religiosas, los sacerdotes y los que nos ayudan en el trabajo de la casa y en el molino. Pasamos la tarde tranquilos, de fiesta, preparándonos para el día siguiente, día ya normal de clases, pues hoy, mientras yo he ido a buscar a Miguel Ángel, Servando y Fernando han estado en el campo con la inauguración del curso, incluida la misa.

Una de las cosas mejores que nos ha traído Miguel Ángel ha sido un regalo para cada uno de nosotros procedente de nuestra familia. ¡Qué dulzura se experimenta, cuando estás tan lejos de tus padres,

al recibir algo de ellos, algo que huele a tu propio hogar y que está lleno de calor y de ternura! Los padres, ¡qué tesoro tan grande y cuánto se los echa de menos cuando la muerte se los ha llevado o, como es mi caso, cuando no puedes estar cerca de ellos! Es quizá uno de los mayores sacrificios que tengo que hacer por estar aquí: no disfrutar de su compañía y aceptar el sufrimiento que les estoy produciendo al saber ellos el riesgo que corro.

Terminamos el día con una larga oración de acción de gracias. Ha sido un día hermoso y todos desbordamos de gozo y de esperanza, por más que sepamos que no tenemos muchos motivos «humanos» para estar así, pues los nubarrones siguen siendo muy negros en el cielo.

1 de octubre

El canto de la labradora me ha despertado, como casi cada día. Cada vez amanece antes. Se nota que avanzamos hacia lo que aquí es el verano, aunque coincide con el invierno europeo. Por eso ahora es primavera, mientras que en Europa es otoño.

Hoy he pensado en esto desde que me he levantado. Estamos yendo hacia el invierno, según el calendario, pero en cambio, según la realidad, nos encontramos en plena primavera. Estamos yendo hacia el martirio, según los ojos de los hombres, pero según la realidad de Dios nos dirigimos hacia la resurrección y la vida verdadera. Lo que se vive por dentro es lo importante. «Lo esencial es invisible a los ojos, sólo se ve con el corazón», decía Saint-Exupéry en *El principito*. Lo esencial para nosotros es que afuera el tiempo es excelente, cada vez mejor, y que eso es un anuncio de que triunfa la vida. Si el calendario marca otra cosa, el que está equivocado es el calendario. Si los demás piensan que sufrimos o que somos unas víctimas por estar aquí, son ellos los que están

equivocados, porque para mí, para nosotros, toda la vida es Cristo y una ganancia el morir.

Pero aparte de estas reflexiones con las que me he entretenido cuando gozaba de un momento de silencio interior durante el día, hoy he tenido que dar mis clases en el campo de refugiados, si bien yo soy el que menos asignaturas tiene pues al ser el más joven caen sobre mí las obligaciones de compras y todo lo demás.

Por cierto, ha sido la fiesta de Santa Teresita del Niño Jesús, patrona de las misiones junto a san Francisco Javier. Nos hemos encomendado a ella y hemos leído juntos el texto del oficio de lecturas en el que esta magnífica santa dice que en el corazón de la Iglesia ella ha sido llamada a ser el amor. Me he acordado de lo que originó toda mi vida religiosa y misionera: no me hice marista para dar clases; no me hice marista tampoco para enseñar a niños, ni siquiera a niños pobres, ni para llevar a cabo una gran labor social. Me consagré, vine a África, persevero aquí en primer lugar por Cristo. No me siento un «voluntario social», ni un «héroe humanista», ni un miembro de una ONG poderosa y multinacional que sería la Iglesia. Me siento un consagrado de Dios, un pequeño hijo de la Iglesia que tiene la principal misión de proclamar a estos hombres que tanto sufren que Dios no los ha abandonado, que el Señor sigue preocupándose por ellos aunque tantas apariencias digan lo contrario. Por eso comprendo y valoro que la Iglesia haya puesto como patrona de las misiones a una monja de clausura como santa Teresita; así se nos recuerda que nuestro deber es transmitir a Cristo y no sólo enseñar, hacer que funcionen molinos o repartir comida, ropa y medicinas. Tenemos que hacer todo esto, y más si pudiéramos, sin olvidar lo otro, que es lo que nadie puede hacer por nosotros y que es tan útil para los refugiados, y a veces más, como el pan que les damos o las asignaturas que les enseñamos.

Por la tarde, con Fernando, he pagado el salario a los profesores. Después de comer ha llovido un poco.

2 de octubre

Me he levantado como cada día, al amanecer, lo cual significa un poco antes que hace unas semanas, pues el sol aparece antes en el horizonte. Hoy, por cierto, ha sido bellissimo, con unos rojos fulgores tenues que rompían el cristal azul todavía oscuro de la noche. Este espectáculo, como el del ocaso, es de una belleza indescriptible.

Pero el día no ha sido hermoso. Nos hemos enterado de que ha muerto de malaria uno de los jóvenes que nos ayudaban, Bosco. Tenía dieciocho años. Nos lo ha contado su propia madre. Como siempre, y a pesar de eso siempre sorprendentemente, esta gente no parece tener sentimientos, a madre habla de la muerte de su hijo con una frialdad que sobrecoge. Da la sensación de que se refiere a la muerte de una gallina o de un animal del corral. No es cierto en absoluto, pues está sufriendo enormemente por dentro. Pero han padecido ya tanto que se han hecho a la idea de que el sufrimiento y la muerte son cosas naturales, a la vez que se han acostumbrado a no exteriorizar sus sentimientos, a tragárselo todo, a llorar por dentro y, en el fondo, a alimentar con tanto dolor reprimido el volcán ardiente del odio y de la venganza.

Un nutrido grupo de profesores ha venido hasta nuestra casa desde el campo a pedirnos que les vendamos arroz. Les hemos dado buena parte de lo que teníamos, con el riesgo de no poder repartir más si no conseguimos proveernos en Bukavu, donde todo está cada día más caro, pero no podíamos hacer otra cosa.

También hoy ha venido otro niño, Juan de Dios, cubierto de costras en las dos piernas y en los pies,

que se mueve descalzo y casi desnudo, a pedir un poco de ropa. Se me ha partido el corazón y, por supuesto, le he atendido y le he dado ropa, comida y también he intentado aliviar sus heridas. Le he preguntado por su origen y por qué no está en el centro de huérfanos al que habitualmente llevamos material de todo tipo; me ha contestado que no sabe nada de nada, pues lleva vagando solo, sin familia, desde hace semanas, cuando tuvo que dejar Bukavu, donde vivía con una tía y varios primos, a raíz de los bombardeos. Le he llevado inmediatamente al campo y le he dejado bajo la custodia del encargado del centro de huérfanos. Mañana intentaré verle de nuevo para ver cómo sigue y procurarle si no la salud si al menos la sensación ante los demás de que no está solo y que tiene alguien que se interesa por su suerte. Aquí las condiciones de vida son tan duras que la soledad equivale inmediatamente a la muerte. Si alguien más fuerte no cuida de ti, estás perdido. Sólo el número o el poder permiten la supervivencia.

Por cierto, ha sido el día de los Santos Ángeles Custodios. Hemos hecho un poco de fiesta a Miguel Ángel, pues no pudimos celebrarlo el día 29, ya que no estaba con nosotros. He encomendado especialmente a este pequeño huérfano, Juan de Dios, para que su ángel de la guarda, que le ha conducido hasta nosotros, le siga protegiendo. Este nuevo curso hemos decidido que ninguno tendrá clase los miércoles para poder estar juntos y dedicar más tiempo a la comunidad. Lo hemos empezado a cumplir hoy.

3 de octubre

La temperatura se vuelve de día en día más agradable. En la costa debe de hacer ya mucho calor. Aquí disfrutamos de un clima maravilloso que llega a los veinte grados en el centro del día. He dado mis cla-

ses en el campo por la mañana y he podido interesarme por Juan Bosco. Ambiente de timidez entre los alumnos y de menor interés que el curso pasado, como si supieran que la cosa no tiene mucho futuro debido a los continuos rumores sobre avances de los tutsis sobre los campos. Ambiente de alegría, en cambio, en el centro de huérfanos, que se desbordan en manifestaciones de cariño cuando llegas cargado de ropa y de caramelos.

Fernando ha ido a Bukavu con Jean Nepomuce-no, el postulante, para ayudarlo en los trámites de repatriación a Ruanda. No ha habido nada que hacer, lo mismo que no ha habido éxito en la compra de arroz en Kotecha ni tampoco en Cáritas.

Cuando me voy a acostar llueve intensamente y hace mucho viento. Es lo propio de la época.

4 de octubre

Hemos recordado en la misa a san Francisco de Asís y lo hemos hecho pidiéndole al santo de la pobreza que se acuerde de esta multitud de pobres.

Junto a Miguel Ángel he ido a Bukavu poco después de las siete de la mañana. Al pasar por el campo hemos recogido a dos niños inválidos. La carretera estaba muy deslizante debido a las lluvias que ahora sistemáticamente caen por la noche. He dejado a Miguel Ángel en el colegio Alfajuiñ y he ido a hacer recados. Todo inútil. No hay forma de comprar la comida que necesitamos ni la gasolina. Me aseguran que se esperan avituallamientos en abundancia para dentro de pocos días, pero ahora los almacenes están vacíos. Miguel Ángel está de mal humor porque he llegado tarde y sin nada; piensa que soy un inútil, aunque no me lo dice abiertamente. Eso me molesta mucho y me hace temer que vuelvan las tensiones que existían antes de irse de vacaciones. De inmediato me recojo en Cristo y en si-

lencio le reconozco crucificado en esta dificultad, en esta súbita cruz, y le digo, como hago siempre: «Por ti. Estoy dispuesto a estar contigo, abrazado a este problema en el que estás Tú, todo el tiempo que Tú quieras.» Después hago como si no pasara nada y seguimos el viaje hasta casa. Más tarde, cuando ya la situación se ha calmado un poco, me cuenta que en la reunión con los responsables de Cáritas y de la educación de varios campos de la zona han decidido rebajarle el sueldo a los profesores en cinco dólares, debido a que ha aumentado el número de los mismos y no hay forma de conseguir más dinero. Comprendo un poco mejor su malestar, aunque me duele que lo haya pagado conmigo.

De camino recogemos a las monjas de la comunidad vecina, que estaban subidas en un camión y que se vienen con nosotros. Llegamos tarde, a las seis, cuando ya casi es de noche. Menos mal que Fernando me demuestra su alegría cuando le entrego el pasaporte, que sí he conseguido recuperar, y que hacía siete meses que había enviado a Kinshasa para que le renovaran el permiso de estancia en Zaire. Algo bueno he hecho, por lo menos.

5 de octubre

Me he levantado, como siempre, al amanecer, a pesar de ser sábado. He rezado en silencio y luego he participado en la misa comunitaria. Era el día de temporadas de petición y de acción de gracias. Con humildad nos hemos dirigido en voz alta al Señor, uno tras otro, suplicándole por este pueblo tan maltratado. Pero no nos hemos olvidado de darle gracias. Somos conscientes de que la situación sería aún mucho más atroz si no fuera por la esperanza que nos da la fe, porque, en el fondo, nos queda precisamente eso: la esperanza de que detrás de todo este sinsentido haya algo, de que detrás de la muerte

exista otra vida mejor en la cual no se derramen más lágrimas ni se cometan más crueldades. Es curioso que con tantos motivos como podemos tener aquí para dudar del amor de Dios, e incluso de su existencia, ni en los refugiados ni en nosotros se produce ninguna crisis de fe. A pesar del evidente silencio de Dios, que a veces es tremendamente sonoro, no dudamos de que esté a nuestro lado. Se trata, sin duda, de una gracia. Pero se trata también de una necesidad. En el fondo, las dudas de fe son un lujo que se pueden permitir sólo los que tienen otras cosas; nosotros no podemos hacerlo; ya hemos perdido bastante como para renunciar también a la esperanza de que detrás de la muerte exista otra vida. Sin esa esperanza todo esto sería aún más atroz y no tendríamos fuerzas para soportarlo.

Después de desayunar he ido al campo con Fernando y Servando para repartir comida y dinero a los más necesitados. ¡Qué dulce y agradable es esta tarea! Como si fueras el agua que cae sobre el desierto y que produce de inmediato la vida, ves que con cada cosa que das estás sembrando montones de esperanza. Mientras tanto, Miguel Ángel se ha quedado en casa con Caroli sembrando alubias enanas, maíz, acelgas, alubias africanas y remolacha. Es una buena época para hacerlo, por el clima suave y las continuas lluvias.

De hecho, a eso de las cinco y media se ha puesto a llover y ha estado así toda la tarde. Ahora mismo, que son cerca de las nueve, sigue lloviendo.

6 de octubre

Domingo. Día de fiesta en el campo, como todos los dedicados al Señor. Miles de refugiados participan en las dos misas que se celebran por la mañana y a las que asisto, como siempre. ¡Qué fe la de esta gente! Están aplastados, no escuchan la respuesta de

Dios a sus súplicas y, sin embargo, no dudan. Cantan, bailan, rezan mientras lo hacen, y claman al cielo pidiendo misericordia. En realidad, la obtienen mientras la piden, pues para ellos la oración, la eucaristía, Dios mismo, es ya un consuelo gigantesco. A su lado aprendes a tener más fe, a aceptar el misterio, a respetar el tiempo de Dios y su aparente silencio. Aprendes también que Él está cuidando de ti aunque tú tengas la impresión de que no le interesas en caso de que exista. ¡Cómo me enseñan estas gentes tan maltratadas por la vida a ser cristiano, a tener fe, a darle gracias a Dios por lo que tengo y, sobre todo, por lo que espero tener algún día, bien en la tierra, bien en el cielo! Aquí aprendes de verdad lo que significa la virtud de la esperanza, que, creo yo, consiste en esperar algo que nunca llegas a obtener, en mantener esa esperanza contra todo intento de la realidad por desesperarte, sabiendo que tu única posibilidad de salvación está precisamente en no dejarte arrastrar por el desánimo.

Por cierto, en las misas se ha leído una carta pastoral del arzobispo de Bukavu, monseñor Christophe Munzihirwa, en la que denuncia ante la comunidad internacional la falta de garantías que dan las autoridades de Ruanda para que los refugiados puedan regresar a su patria. Según el arzobispo, esas promesas «están hechas para la opinión pública internacional», pues en los discursos que se emiten en el interior del país, en lengua kinyarwanda, «se desprecia a los refugiados y se les insulta gravemente». Monseñor Munzihirwa añade que «se ha constatado un endurecimiento político. Los ministros partidarios del diálogo con los refugiados han sido destituidos». Todos hemos coincidido en calificar de muy valiente la carta del arzobispo, pero también muy arriesgada, pues aunque ahora sea del agrado de los zaireños y de los milicianos hutus, si algún día cambian las tornas los tutsis podrán pasarle la factura.

Ha seguido lloviendo intensamente por la tarde, así que no hemos podido salir de casa. Hemos pasado el tiempo escuchando la radio, rezando juntos las vísperas y el rosario y escribiendo cartas a los amigos y familiares.

7 de octubre

La labradora ya no me despierta por la mañana. Con las intensas lluvias se ha acabado su canto. Después de rezar laudes, participar en la misa y desayunar, salgo para Bukavu a probar fortuna con las compras. Consigo una buena partida de judías verdes, pero nada de arroz. Las judías nos vendrán muy bien, porque son muy nutritivas, pero no podremos almacenarlas mucho tiempo, aunque eso no importa porque con la carestía que hay en el campo pronto darán cuenta de ellas las múltiples bocas hambrientas a las que alimentamos.

Lo peor ha sido, sin embargo, la noticia de que han asesinado a cuatro sacerdotes en Uvira. Estas noticias nos desalientan mucho, primero por lo que significan de desgracia para personas buenísimas y segundo porque nos advierten que nuestra propia situación es muy precaria.

En el camino he rezado el rosario con particular devoción, pues hoy era la fiesta de la Virgen del Rosario. Le he pedido a Marfa por el alma de los sacerdotes mártires y por tantos otros que padecen tortura, hambre, abandono.

Por la tarde he dado mis clases en el campo y he disfrutado con el espectáculo de los niños agrupados en el campo de fútbol, con su maestro y su encerado. Lástima que como ayer llovió, todo estaba húmedo, a pesar de lo cual ellos se sentaban en el suelo, sobre los charcos, un poco ateridos de frío porque la temperatura no era del todo agradable. Por cierto, en una conversación con Miguel Ángel me enteró de que está

preparando una síntesis del pensamiento de Sócrates, Descartes, Sartre y Gabriel Marcel para darla en las clases de filosofía que imparte; resulta todo un símbolo su empeño, pues cuando todo te habla de precariedad, de peligro inminente de muerte y destrucción, hablarles a estos jóvenes de esos filósofos europeos podría parecer del todo inútil; sin embargo, tanto ellos como nosotros necesitamos hacerlo. Necesitamos desarrollar una vida normal, pues de lo contrario el terror nos rodearía y la huida desesperada hacia lo desconocido sería la norma de comportamiento común. Lo mejor para luchar contra el miedo es llenar el tiempo de actividades, por más que sepas que es como tejer una tela que en cualquier momento va a ser destrozada por otro.

8 de octubre

El día ha sido soleado, lo cual contrastaba con el ambiente pesimista que nos ha rodeado.

El segundo comandante del campo y el segundo administrador han venido a Bugobe. Han mantenido una larga reunión con Servando, el cual después nos ha puesto al día de sus exigencias. De momento, nos han informado con detalle de lo ocurrido en Uvira; no fueron cuatro los sacerdotes asesinados, sino dos, pero también mataron a dos enfermeras, una comadrona, un auxiliar médico y todos los enfermos que se estaban restableciendo en el hospital. En total, cuarenta personas asesinadas a sangre fría. Terrible, terrible. Ni siquiera los hospitales, los enfermos, los médicos son respetados. Nada es capaz de detener esta oleada de terror y de barbarie.

Los responsables del campo le han dicho a Servando que nuestra situación es tan mala como la de ellos mismos, que no podemos fiarnos de que el pequeño grupo de soldados zaireños pagados por nosotros mismos y que monta guardia junto a nuestra

casa sirva para algo. Han vuelto a insistir, en cambio, en la necesidad de apoyar decididamente a las milicias hutus en su intento de formar políticamente a los refugiados y nos han advertido que, si no los hacemos caso, corremos el riesgo de tener a todos, hutus y tutsis, como enemigos.

Servando les ha agradecido cordialmente su interés y las noticias que nos dan. Luego les ha dicho que estudiaría el caso con la comunidad e incluso que lo consultaría todo con el arzobispo de Bukavu y con el padre Cibambo, responsable de Cáritas, que es quien sufraga económicamente la mayor parte de los gastos del profesorado.

Estamos enormemente inquietos y por más que confiamos en Dios y que sabemos que lo que nos ocurra, sea lo que sea, vendrá de su mano, no podemos evitar un sentimiento de miedo que nos impide incluso conciliar el sueño por la noche. Eso por lo menos es lo que me pasa a mí, porque a Miguel Ángel la tensión le afecta aún más y cada mañana nos cuenta que ha pasado la noche en medio de horribles pesadillas.

9 de octubre

Hoy hemos celebrado la eucaristía junto a las monjas, que han venido a nuestra casa para ello, pues su capellán se encuentra en Bukavu. A media mañana vienen a casa Christopher y Esteban, de Cáritas, para organizar las actividades extraescolares en el campo. Hablar de estas cosas en este ambiente resulta más ridículo que nunca. Todos, ellos y nosotros, estamos sensiblemente nerviosos. Miguel Ángel ha pasado muchas horas pegado a la radio. Las noticias son continuas y graves. Por un lado, parece que en Ginebra han acordado dismantelar por completo los campos. Por otro, se ha sabido que en Nairobi han asesinado a un militar y a un hombre de

negocios, ambos ruandeses. Otro hospital, esta vez en Emera, muy cerca del anterior, ha sido asaltado con el resultado de un centenar de muertos. No podemos evitar el miedo, por más que intentemos aparentar tranquilidad. Los visitantes han comido con nosotros y antes de regresar a Bukavu han llamado por radio para saber si allí las cosas estaban tranquilas y podían volver, lo cual es bastante descriptivo de cómo está la situación.

10 de octubre

He tardado muchísimo en dormir esta noche. No había forma de conciliar el sueño. La tensión no me dejaba ni un momento, como no me dejaban los recuerdos, sobre todo de mis padres y del resto de mi familia. También he repasado, casi al galope, pues todo se atropellaba, los buenos momentos en la congregación, las distintas casas por las que he pasado, así como las personas que he conocido en los focales, tanto en Roma como en Madrid o aquí, en Zaire. He tenido la sensación de que el final se acercaba y notaba en la boca un sabor seco y áspero, que sin duda era simplemente miedo, mucho miedo. No me avergüenzo de escribir esto, pues lo que estoy haciendo no es obra de un temerario que ignora los peligros en que se mete, sino consecuencia de una opción por Cristo y por los pobres que es para mí más importante que el instinto de supervivencia, que las ganas de vivir, que el amor a mis propios padres. Señor, tengo miedo, pero estoy aquí, contigo, por ti.

Me he levantado después de haber dormido poquísimo y muy, muy cansado. La niebla cubría todo a nuestro alrededor. Como todos los días, nos hemos alimentado del Cuerpo del Señor, verdadera fortaleza de nosotros, los débiles. Fernando ha salido para Bukavu para intentar que Jean Nepomuceno pueda

regresar a Ruanda a través del HCR. Ha sido imposible, y eso que estaba pidiendo ayuda a los que están, teóricamente, para darla, pues son los representantes de los organismos humanitarios. A la vuelta nos ha contado que la ciudad estaba llena de controles en todos los cruces importantes. Para colmo, no ha podido conseguir nada de comida, ni en Kotecha, ni en Dateo, ni siquiera en Cáritas.

Por mi parte, he pasado la mañana en el campo, con los niños y dando mis clases. Por la tarde, en cambio, le he pedido a Servando permiso para acosarme, pues no me encontraba nada bien. Hace un momento me he levantado para tomar un bocado y pronto me volveré a meter en la cama. Desde el mediodía está lloviendo sin parar; es propio de la estación, pero contribuye a que la sensación de desolación sea aún mayor. Pienso en los pobres refugiados, acurrucados en sus refugios de plástico, con el suelo bañado de agua y sin poder salir a ninguna parte. Con hambre, con miedo, con frío. Te suplico, Señor, escucha los gritos de tu pueblo. María, no nos abandones en manos de los señores de la guerra, que pereceremos.

11 de octubre

El día amaneció bien, sin nubes, aunque luego se amontonaron en el cielo por la tarde y estuvo lloviendo durante horas. Después de lavarme, rezar laudes y desayunar, salgo para el campo, a dar mis clases y organizar algunas actividades extraescolares con niños y jóvenes. Mientras, Miguel Ángel va a Bukavu. Va a intentar, de nuevo, comprar comida. A pesar del riesgo y del poco éxito obtenido en días anteriores, no nos queda más remedio que seguir yendo a la ciudad, pues nuestro almacén está bajo mínimos y son muchas las bocas que tenemos que alimentar, y eso que el HCR lleva unos días repartiendo comida entre los

refugiados, con lo cual la presión sobre nosotros no es tan grande.

A poco de volver del campo llega Miguel Ángel de Bukavu. Viene eufórico pues ha conseguido diez sacos de arroz y veinte bidones de aceite de motor, que nos vendrán muy bien para que el molino siga funcionando, aunque le han robado uno en el camino. Nos ha contado que la ciudad estaba llena de tropas zaireñas, con multitud de controles, algunos formales, otros intimidatorios y rapiñadores. La casa de los javerianos tenía muestras de haber recibido metralla recientemente.

En fin, que estamos en manos de Dios. Podemos morir como tantos han muerto ya, devorados por esta vorágine de odio y sangre. Pero también podemos morir en un vulgar accidente, como el que acaba de llevarse a un sacerdote javeriano, el padre Giovanni, que viajaba junto al responsable diocesano de la enseñanza católica.

12 de octubre

Durante la noche pasada me he despertado varias veces por el ruido de las bombas, ruido terrible y amenazador, por más que no sonara cercano. Al levantarme comento con los demás lo ocurrido y ellos también se han apercebido del bombardeo. Mientras rezamos se siguen oyendo las explosiones, siempre lejanas, siempre nítidas.

La situación es tan tremenda que no podemos evitar que nuestros nervios estén alterados. Los bombardeos significan claramente que la guerra ha vuelto a estallar, pero no sabemos si se trata de una escaramuza de tres días como pasó a finales de septiembre o si esta vez ya es la ofensiva definitiva que entonces se anunció. No sabemos tampoco qué hacer. Mientras desayunamos oímos Radio Agatacha. Las noticias son confusas. Parece que los problemas están

localizados al norte, en la zona de Goma, y nos inquietamos por los nuestros de allí. Pero también hay rumores de que los bombardeos se están dirigiendo esta vez contra los mismos campos de refugiados, especialmente contra los de Birava, Uvira, Mwenga, Fizi y Walungu; todos ellos están relativamente cerca de nosotros y el estallido de bombas que escuchamos sí que puede corresponder a la distancia que nos separa. Si es así, si los ataques van dirigidos contra los campos, la situación se puede volver absolutamente incontrolable. Será una especie de estampida. Miles y miles de personas huyendo desesperadas, haciendo muy difícil la organización defensiva del propio ejército zaireño, dejando tras de sí estelas de cadáveres. En fin, el infierno en la tierra.

Mientras seguimos estas noticias, comentamos qué hacer y no encontramos respuesta, así que optamos por continuar nuestra vida normal a la espera de más novedades. En Nyamirangwe las cosas están relativamente tranquilas y ayer se hizo el reparto de comida, por lo que no conviene que seamos nosotros los que precipitemos el caos mostrándonos nerviosos. Así pues, cada uno parte a sus obligaciones, como si estuviéramos en un colegio normal en una tranquila ciudad europea. Fernando sale para dar sus cinco horas de dibujo a sus alumnos; Miguel Ángel va a Irabata a comprar tabloneros para unas obras en el colegio; Servando inspecciona la construcción de unas letrinas en la escuela y yo me quedo en casa y voy al molino.

En esto llega desde Bukavu Jean-Marie, de Cárinas, que en el colmo de la normalidad viene a traernos una buena provisión de cuadernos y bolígrafos. Cuadernos y bolígrafos, material escolar, algo que habla por sí mismo de rutina y cotidianidad, cuando a pocos kilómetros de nosotros están bombardeando a miles de inocentes y la propia capital de la región está tomada por un ejército nervioso. Y, sin embargo, qué otra cosa podemos hacer que responder con nuestra calma al terremoto que se acerca. Atien-

do a Jean-Marie, que me cuenta más detalles de la situación en Bukavu y de los planes del arzobispo por si la ciudad queda en poder de los rebeldes ban-yamulengue. Para él, éstos son responsables de todo; para mí, de conquistar ellos la zona, supondría un poco de calma y quizá el fin de esta situación, por más que le pido a Dios que no sea a costa de masacres sin cuento. En realidad, más pronto o más tarde, los campos de refugiados tienen que desaparecer. Llevamos así más de dos años y no se puede pretender que se constituyan en poblaciones estables para siempre, pues ni la comunidad internacional quiere, ni al propio régimen de Mobutu le interesa.

Jean-Marie come con nosotros y luego, después de llamar por radio para ver cómo están las cosas, regresa a Bukavu. Llueve mucho, así que la carretera no le será propicia.

Antes de la cena rezamos vísperas y el rosario todos juntos. Luego festejamos tímidamente la fiesta de la Hispanidad, pues hoy ha sido la Virgen del Pilar. Tomamos unas almendras, unos caramelos y una copita de licor. Españoles en África. Testigos de Cristo lejos de su hogar. Toneladas de nostalgia entrando sin freno en nuestra alma, recordando la patria, recordando a las madres, recordando los amigos. Mientras, a nuestro alrededor, llueve y aunque ya no se oyen las bombas nos imaginamos el drama que puede estar ocurriendo a un centenar de kilómetros de aquí, drama que mañana mismo puede caer sobre nosotros.

Virgen del Pilar, sostén y apoyo del apóstol cansado, ayúdanos a nosotros a acertar en el sentido de nuestra misión. Ayúdanos a discernir cuándo tenemos que irnos y hasta cuándo tenemos que quedarnos. Ayúdanos a ser, como tú, una columna firme en la que encuentren apoyo todos los que están cansados y agobiados, que aquí son tantos, que aquí somos todos.

13 de octubre

Domingo. El día amanece soleado, lo cual no impide que por la tarde vuelva a llover. También esta noche hemos escuchado los estallidos de las bombas, que te rompen el sueño y te hacen estar atento para averiguar si se acercan o si siguen lejos.

Hoy no he ido a las dos misas al campo. Sólo he estado, junto a Miguel Ángel, en la segunda. En la homilía se ha leído una nueva carta pastoral del arzobispo de Bukavu, monseñor Munzehirwa. «La amenaza de la guerra pende sobre nosotros —dice el prelado—. ¿Se sabe que, desde hace cuatro meses, se han concentrado unos siete mil hombres de guerra para destruir los campos de refugiados desde Uvira hasta Bukavu y Goma? Hay carros blindados concentrados en las explanadas de Ruzizi, delante del aeropuerto de Bujumbura. Esperan la orden de infiltrarse entre nosotros.»

Al regresar a casa comentamos la carta pastoral. Munzehirwa se está comportando valientemente y lo está haciendo como un pastor que está más preocupado por la suerte de su rebaño que por la suya propia, pues no puede ignorar que estas denuncias públicas, que hallan eco en los medios de comunicación internacionales, le pueden estar sentenciando a muerte si un día los tutsis conquistan el territorio. A la vez, se comporta como un zaireño que ama a su patria y que no quiere verla invadida por tropas extranjeras.

Pero tenemos también otros motivos de preocupación, un poco banales si se quiere, pero que nos afectan directamente. En el campo nos han entregado la carta del dueño de la colina de Nyamirangwe, en la que nos denuncia por estar utilizando el campo de fútbol para dar clases a los niños. Resulta trágico y cómico a la vez. El mundo se desmorona y te cae

encima de la cabeza. En cuestión de días, de horas quizá, todo puede quedar arrasado por las bombas y un señor, un pobre señor, está preocupado porque en el contrato de cesión del terreno no se especificaba que en el campo de fútbol se iban a dar clases, como si realizar esa actividad fuera más perjudicial para el terreno que tener a una tropa de muchachos pateando encima. En fin, es una muestra más de la pequeñez y de la miseria humanas; la casa se hunde y tú estás preocupado porque has visto un poco de polvo en una estantería. Nos lo hemos tomado a broma y hemos aprovechado para reír un buen rato en la comida a costa de las preocupaciones de nuestro casero, que Dios le bendiga.

Por la tarde, Radio Agatacha ha proporcionado datos más contrastados de lo que está ocurriendo. El bombardeo ha afectado al campo de Biraba. Ha habido varios muertos y heridos. Veinte mil personas han emprendido la huida, la estampida mejor dicho, sin rumbo fijo. Como este campo está al norte de Bukavu, lo lógico es que la mayoría intente ganar la ciudad y luego se distribuya por los numerosos campos de la zona, incluido el nuestro. Pronto tendremos aquí una multitud hambrienta y desorientada. Si eso se repite en otros campos, no me cabe duda de que el final está próximo y que el ataque a las ciudades no tardará en producirse.

14 de octubre

Día de fiesta en Zaire. El Día de la Juventud, dedicado a ensalzar al presidente Mobutu. No ha habido clases y a cambio se han llevado a cabo numerosos actos extraescolares, con juegos, deportes y danzas de todo tipo.

Radio Agatacha nos informa que el gobernador de la provincia de Kivu sur ha sido relevado de sus funciones. Veremos si se trata de un cambio que permi-

ta poner orden en la zona o si es un intento desesperado de hacer frente a lo que cada vez se presenta como más inevitable: la conquista del territorio por los tutsis de Ruanda y por los banyamulengue.

Nos han dado una mala noticia. Servando ha hablado por teléfono con el hermano Marcelino Ganzarain, en Roma, que nos ha indicado que el hermano general, Benito Arbués, no ha conseguido los permisos necesarios para entrar en Zaire. Quizá si nos hubiesen dejado participar a nosotros en las gestiones se podría haber conseguido algo. En todo caso, es una frustración, pues nos hacía una enorme ilusión tener aquí, precisamente en estos momentos, al superior general.

Esa pequeña amargura me ha ayudado mucho. Y la verdad es que necesitaba esta ayuda. Me ha vuelto a situar en lo esencial: sólo Tú, Señor; sólo Tú, Cristo crucificado y abandonado. Sólo Tú, incluso cuando Tú no estás, incluso cuando te escondes, cuando pareces sordo a mis gemidos. También ahí, Señor, como Tú hiciste en la cruz, te digo: te quiero, me fío de ti, sé que existes y que eres amor aunque no te vea, aunque no te toque, aunque todo a mi alrededor e incluso dentro de mí me grite que me has abandonado. En tus manos, Cristo crucificado, Cristo del silencio de Dios, encomiendo mi espíritu.

15 de octubre

La niebla cubre las colinas. Me he levantado con la primera luz. Como mis hermanos, me he lavado y luego he ido a la capilla a rezar laudes. Hemos celebrado la misa y hemos tenido un recuerdo especial para santa Teresa de Jesús, la andariega, la intrépida castellana que tanto nos recuerda los valores de nuestra amada patria: la austeridad, la sinceridad, el valor, la nobleza. Las monjas nos han acompañado hoy también en la misa, pues su capellán está fuera.

Después de la misa, el desayuno. Luego me voy al campo a dar mis clases. Cuando regreso me encuentro con una magnífica sorpresa. Ha venido el camión de Kotecha cargado de víveres: cincuenta sacos de harina, cincuenta de azúcar y veinticinco de arroz. Es un balón de oxígeno en medio de una situación realmente apurada, pues las raciones que el HCR reparte en el campo son cada vez más pobres y su reparto cada vez más irregular. Con esto podremos, al menos, socorrer a los más necesitados, especialmente a los niños.

Por la tarde vienen a Bugobe dos jóvenes catequistas a los que estimo mucho por su nobleza de espíritu y su disponibilidad. Son Próspero y Emmanuel. Están muy abatidos. Los días pasan y pasan sin que se abra la más mínima esperanza en el horizonte. Me cuentan que en el campo se dice que o bien los milicianos hutus o bien los rebeldes tutsis van a acabar con nosotros más pronto o más tarde. Vamos, que es como si ya todos nos dieran por muertos. Parece que hay un plan, aunque no se sabe muy bien de quién, para acabar con todos los testigos europeos a fin de que no puedan delatar ante la comunidad internacional lo que va a ocurrir con los refugiados. Es decir, que si no nos vamos nos echarán al montón de cadáveres que de todas formas se va a hacer. Los animo a que sigan luchando y les hablo con toda claridad de la cruz y de la esperanza en la otra vida. Me han mirado muy sorprendidos, pues no se esperaban que ante las noticias que me traían yo reaccionara con tanta tranquilidad e incluso dando a entender que «para mí la vida es Cristo y una ganancia el morir». Por mi parte les he agradecido los datos que me proporcionaban, pues no me cabe duda de que son sinceros al comunicármelo y que no quieren que suceda lo de hace unos días, cuando estalló el primer ataque banyamulengue y nosotros no sabíamos nada mientras que en el campo el rumor era intenso.

Por la noche, en la cena, he comentado las noticias de los jóvenes refugiados. La comunidad se ha

dividido. Miguel Ángel no creía nada en absoluto y ha calificado esos rumores de invenciones perversas fruto del miedo. Por mi parte, me parece que si hay algún plan de ese tipo no sólo pueden tenerlo los ban-yamulengue, sino que los mismos hutus pueden estar interesados en acabar con nosotros para que no les impidamos llevar a cabo su programa de emigración con el conjunto de la población del campo.

En fin, que ahora, cuando me voy a acostar, me acuerdo de forma especial de aquella poesía tan bonita de santa Teresa: «Nada te turbe, nada te espante. Quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta.» Sí, sólo Dios basta. En Dios descansa mi alma y en Él encuentro y recupero las fuerzas que necesito para seguir adelante, haciendo sólo y únicamente su voluntad.

16 de octubre

Hoy hemos celebrado el segundo aniversario de la presencia marista en Bugobe. Como era miércoles, el día fijado para estar más tiempo en comunidad, hemos decidido ir de excursión los cuatro a Bukavu, a visitar la comunidad marista de allí y a aprovisionarnos de algunas cosas.

Todo ha ido bien por la mañana. Mientras unos hacían una cosa, otros hacíamos otras. Yo he podido visitar Amani, el centro de acogida para los refugiados que han instalado los jesuitas. Junto a Miguel Ángel he ido a recoger alubias a Cáritas. Hemos comido con la comunidad marista, que ha estado espléndida con nosotros: mandioca, verduras, patatas, arroz y hasta un poco de carne. Todo ello mojado con cerveza. Después de comer, bajo una lluvia torrencial emprendemos el regreso. Y ahí han empezado las calamidades.

En hacer treinta kilómetros, que habitualmente nos cuesta entre una hora y hora y media, hoy he-

mos tardado casi cinco. Primero nos hemos encontrado con dos camiones cruzados en la carretera. Nos hemos bajado y hemos arrimado el hombro para intentar sacarlos del barro, cosa que hemos conseguido a base de echar todo ese barro sobre nosotros. Después se han atascado dos coches que iban delante de nosotros. Uno se ha quedado allí atascado, imposible sacarlo. El otro y el nuestro han podido pasar, después de muchas dificultades. Más tarde, unos cientos de metros más arriba, nos hemos quedado atascados al menos tres veces más. Cada vez había que bajarse y empujar, bajo la lluvia intensísima y entre un barro pegajoso. Por fin hemos llegado a Kabare. Desde allí ya nos las prometíamos felices cuando nos hemos topado con una furgoneta cruzada; al echar marcha atrás, el coche ha perdido el control y a punto hemos estado de despeñarnos. En fin, después de enormes peripecias hemos podido llegar a casa.

Una vez allí, Servando ha hablado con la curia general en Roma, que nos ha confirmado que el superior general no puede venir a visitarnos.

También hemos tenido ocasión de comentar el texto de la carta pastoral que hoy ha hecho pública el arzobispo, monseñor Munzihirwa. Es muy dura contra la pasividad de las potencias internacionales ante lo que él considera próxima anexión de parte de Zaire por Ruanda. Nos hemos traído el texto, que, entre otras cosas, afirma: «Es un hecho: las potencias que se consideran a sí mismas defensoras de la democracia tratan de aprovecharse de la posición geográfica de Ruanda y de la minoría que gobierna ese pequeño país para asegurarse el control del futuro político, económico y estratégico del gigante zaireño, y, si es posible, de las otras naciones de los Grandes Lagos.»

No nos cabe duda de que el arzobispo actúa y habla como un valiente e intrépido profeta. Pero tampoco nos cabe duda de que si la ofensiva ban-

yamulengue tiene éxito, su futuro va a ser muy difícil, pues lo que hace y dice le crea gran cantidad de enemigos entre los tutsis de un lado y otro de la frontera. Que Dios le ayude y nos ayude.

En todo caso, nuestro viaje de hoy ha servido para comprobar que el ejército zaireño cuenta con un extraordinario dispositivo militar para proteger la capital del Kivu sur. Están muy confiados en que les resultará imposible a los tutsis ganar la batalla cuando ésta se produzca, cosa que todos esperan que sea inminente.

Me voy a acostar muerto de cansancio y, a pesar de la ducha con agua caliente, con la sensación de tener el frío metido hasta el tuétano. Dios quiera que mañana no me levante con fiebre o con un fuerte resfriado. En estas condiciones, sería lo peor que me podría pasar.

17 de octubre

He dormido muy mal, pero afortunadamente no estoy enfermo. Sólo tengo una cantidad inimaginable de agujetas, debido al mucho tiempo que pasé bajo la lluvia, metido en el barro y empujando tantos coches, incluidos camiones.

Pero de todo me ha consolado la lectura del oficio de hoy, festividad de San Ignacio de Antioquía. ¡Qué gran santo! ¡Qué consuelo para nosotros, que estamos en la boca del martirio, saber que ha existido gente que no sólo no ha temido a la muerte por Cristo sino que ha pedido a quienes podían salvarle que no lo hicieran! Por ejemplo, este fragmento de su carta a los romanos: «Os lo pido por favor: no me demostréis una benevolencia inoportuna. Dejad que sea pasto de las fieras, ya que ello me hace posible alcanzar a Dios. Soy trigo de Dios, y he de ser molido por los dientes de las fieras para llegar a ser pan limpio de Cristo.» Y más adelante añade: «Os escribo en

vida, pero deseando morir. Mi amor está crucificado y ya no queda en mí el fuego de los deseos terrenos; únicamente siento en mi interior la voz de una agua viva que me habla y me dice: Ven al Padre.»

Le he pedido a Dios intensamente, tanto en la oración como en la misa, que me dé la gracia de amarle tanto, con tanta intensidad, que la muerte no sea un obstáculo que me desvíe de mi camino, de mi propósito de hacer su voluntad, de servir a los pobres, a los huérfanos, a estos miserables abandonados ya por casi todos. Se lo he pedido con todo el fervor de que he sido capaz y me he sentido enormemente reconfortado. No sé qué sucederá, pero sí sé que, si llega el momento decisivo, el del martirio, la fuerza de Dios me protegerá para hacerme capaz de dar la talla de los que nos han precedido en la generosidad de la entrega.

He vivido todo el día con esta intuición marcada a fuego en el corazón. Por eso, quizá, me han afectado menos que a alguno de mis compañeros la conversación con Jeffrey, en Roma, en la que se nos daban ambiguas explicaciones sobre la imposibilidad de que el general pudiera visitarnos. ¡Qué más da si se nos tiene en cuenta o no! Lo importante es, para mí, para nosotros, elevar el vuelo de las cosas pequeñas, de las nimiedades y los detalles, y empezar a situarnos ya ante la realidad definitiva: la de que en cualquier momento podemos estar en presencia de Dios y en ese momento lo único verdaderamente importante será lo que hayamos amado, lo que hayamos servido.

Por cierto, durante horas y horas ha llovido torrencialmente.

18 de octubre

Aprovechando una pausa en el diluvio, me he armado de valor y he ido al campo de refugiados de Nyan-guezí. Tenía que recoger comida de allí para llevarla,

en Bukavu, a los familiares de nuestros hermanos ruandeses, así como para distribuirla en el campo entre nuestros niños y pobres. Afortunadamente, ni a la ida ni a la vuelta he tenido problema de atasco, aunque el camino estaba muy resbaladizo.

Cuando regreso me encuentro con que a Servando han tenido que llevarle al hospital, pues tenía una fuerte diarrea con sangre. Menos mal que le han recetado bien y le han tranquilizado. El padre Urbain sigue enfermo, así que las monjas continúan viniendo a misa con nosotros.

En Bukavu he comprobado que las barreras militares han desaparecido. Me he encontrado con un convoy de soldados zaireños que iban hacia el sur, hacia Nyanguezí. Parece que la batalla contra los banyamulenge se va a dar en esa zona. Ya veremos lo que sucede. Desde luego, lo que he visto del armamento zaireño era impresionante.

Me he alegrado mucho de saludar a la comunidad marista de Nyanguezí, sobre todo a los hermanos Descarga y Arrondo. Están haciendo un trabajo muy bueno. Insisten en que vayamos allí con ellos, aunque, de momento, no vemos las ventajas y sí vemos la necesidad de seguir al lado de nuestros refugiados todo el tiempo que nos sea posible./

19 de octubre

Ha amanecido con una temperatura agradable. El día, sin embargo, no lo ha sido tanto. Los padres Étienne y Urbain, junto a Augustín, han salido para acudir a una boda en Ivera. Han venido a visitarnos Jean-Marie y François, de Cáritas, para traernos los libros de francés para primaria y secundaria. Incluso, por la noche, hemos celebrado por anticipado mi cumpleaños y hasta hemos visto una vieja película que teníamos en vídeo, *El Cid*. Todo, aparentemente, tan normal. Los hermanos con sus clases, yo con

mi administración. El molino funcionando, el grupo electrógeno que nos sigue suministrando luz de seis a nueve, la conversación por radio de casi todas las tardes, de 7.30 a 7.45, con el resto de los maristas de Zaire. Todo tan normal, todo casi tan rutinario.

Pero sólo es una apariencia. Radio Agatacha informa de que en Uvira se están librando ya los primeros combates entre unos y otros. Parece ser que hay más de cien mil refugiados huyendo hacia el norte, hacia Bukavu. Se dice pronto: cien mil refugiados. Pero esa frase tan sencilla, que quizá apenas conmocione a alguien si la escucha en Europa, representa el drama terrible de una multitud de seres humanos ya exhaustos, ya tremendamente vapuleados por la vida. Van como ovejas sin pastor, sin rumbo, a la aventura, esperando un extraño milagro que saben que difícilmente llegará.

Nos ha visitado una jovencita, Cécile. Está asustada. Ha terminado sus estudios secundarios. Tiene, pues, su cultura. Sin embargo, su vida carece de horizonte. Si vienen los soldados tutsis, a ella, que es hutu, le puede pasar de todo. Y lo sabe. Sabe también que su familia sólo la tiene a ella para sobrevivir, pues su madre está muy enferma y sus hermanos son pequeños. Miguel Ángel le ha dado arroz, azúcar, jabón, en fin, algo con que intentar paliar su desesperación. Y éste es un caso más, uno de tantos como a estas horas están desplazándose hacia el norte, desesperados, huyendo de las balas, de los machetes, de las violaciones, de la tortura y de la muerte.

Señor, Dios misericordioso, apiádate de tu pueblo. Abre tus oídos y tu corazón para escuchar tanto sufrimiento. Y, si no es posible, haznos fuertes para no desesperar en medio de tanta desesperación y para no perder de vista que tras esta vida hay otra y que, al menos allí, podremos encontrarnos con la paz y la justicia.

20 de octubre

Hoy he cumplido cuarenta años. He podido hablar por teléfono con mi familia, lo cual ha sido uno de los mejores regalos que me han hecho en la vida. Los hermanos de comunidad también han estado muy cariñosos. ¡Cuánto añoro a mis padres y qué difícil se me ha hecho no llorar cuando los he saludado! Sólo quien ha estado largo tiempo separado de los suyos, en peligro de muerte incluso, puede comprender el valor que hay que tener para resistirse a las peticiones —hechas entre lágrimas— de la madre para que lo abandones todo y vuelvas a su lado. Era la voz de la sangre, de la patria, de la sensatez, de la supervivencia. Y, en contra, sólo otra voz, la de Cristo, que clama desde estos miles de pobres y de niños: ayúdame, no te vayas tú también, no me hagas más abandonado y miserable de lo que ya estoy.

La verdad es que celebrar un cumpleaños tan significativo en estas circunstancias te hace reflexionar. Cuarenta años de mi vida, de los cuales la práctica totalidad han sido para el Señor. Para el Señor en teoría, pues, cuando examino mi conciencia, veo también que no siempre he aprovechado el tiempo todo lo que debía. Por eso, especialmente en misa, le he pedido que me ayude a serle fiel en lo que me quede por vivir. Le he pedido que me ayude a sobrellevar con esperanza su silencio, a no dudar nunca de su amor por más que la cruz me abrace y me envuelva hasta el punto de que la luz, que es Él, se vuelva oscuridad en torno de mí. Por cierto, la misa ha sido bellísima, como siempre, con esos bailes tan dulces y llamativos de los niños; sin embargo, hoy he tenido la sensación de que, quizá, era la última misa que se celebraba en este campo. Miguel Ángel ha debido de pensar igual, pues le he visto haciendo fotos.

Servando ha estado todo el día en cama, como ayer. Está mejor, pero tiene que tomarse veinticinco pastillas al día, tanto para la diarrea sangrante como para el paludismo.

Ha venido a vernos otra jovencita, Jeannette. Con el mismo problema que Cécile. Las muchachas de esta edad, entre quince y veinte años, tienen mucho miedo a lo que les pueda pasar. Nuestras palabras les sirven de pobre consuelo. Lo mismo que las cosas que les damos.

Siguen llegando por radio noticias alarmantes desde Uvira. Parece que la ciudad está cercada y que podrá ser tomada por los tutsis de un momento a otro.

Diez días para el paraíso

21 de octubre

He ido a Bukavu a buscar comida. Algo de maíz he podido conseguir, pero a precios astronómicos. La ciudad está como suspendida en el miedo. No hay tropas, o al menos hay muy pocas. La mayoría están en el sur, en Uvira. Allí la lucha es encarnizada. Se sabe que trescientos mil refugiados han abandonado todos los campos de aquella zona y están marchando hacia el norte, hacia aquí, mientras el ejército zaireño intenta contener la ofensiva banyamulengue, que esta vez sí es la definitiva. Por lo que me han contado, son una multitud hambrienta y desarrapada. Desde hace quince días no han recibido alimentos de las organizaciones humanitarias, así que van extenuados, ansiosos de encontrar algo que llevarse a la boca, como una plaga de langosta que asola por donde pasa y que encuentra, a cambio, los golpes y la muerte.

En un momento dado me he encontrado con el arzobispo, monseñor Munzehirwa, que me ha dicho lo siguiente: «No les puedo pedir que se queden. Ésa es una decisión que les pertenece a ustedes. Sólo les digo que si pueden no se vayan. Esos miles de hermanos refugiados les tienen sólo a ustedes como apoyo y sustento en estos momentos terribles.»

Con el ánimo destrozado por lo que he visto en la ciudad he vuelto a casa. En el camino me ha caído una fuerte tormenta de granizo, pero afortunadamente no he tenido problemas con el coche.

Por la tarde he intentado encontrar un hueco para irme a la capilla. Lo necesitaba. No me cabe la menor duda de que el final de todo esto está próximo. No sabemos qué final será, si seremos ocupados por los tutsis sin sufrir daño; si éstos nos perseguirán por haber ayudado a los hutus; si serán los mismos hutus quienes actuarán contra nosotros. Todo es posible. Nuestras pobres defensas serán insuficientes si llega el momento de ser atacados por un grupo organizado. Lo mismo que no nos valdrá de nada contar con un estupendo teléfono para hablar con Roma o con España.

Por eso, ante este Crucificado que preside nuestra humilde capilla, he desnudado mi alma. ¡Cómo no, me he acordado de aquella famosa meditación, la que constituye uno de los vértices de la espiritualidad de los foculares! La he buscado y la he leído en silencio, haciendo mías, una a una, todas sus frases.

«Tengo un solo esposo sobre la tierra: Jesús Crucificado y Abandonado. No tengo otro Dios fuera de Él. En Él está todo el paraíso con la Trinidad y toda la tierra con la Humanidad. Por eso lo suyo es mío y nada más.

»Suyo es el dolor universal y, por lo tanto, mío. Iré por el mundo buscándolo en cada instante de mi vida.

»Lo que me hace daño es mío.

»Mío, el dolor que me acaricia en el presente. Mío, el dolor de las almas que están a mi lado. Mío, todo lo que no es paz, gozoso, bello, amable, sereno.

»Así, por los años que me quedan: sedienta de dolores, de congojas, de desesperaciones, de melancolías, de separaciones, de exilio, de abandonos, de tormentos, de... todo lo que es Él y Él es el Dolor.

»Así, enjugaré el agua de la tribulación en muchos corazones cercanos y —por la comunión con mi Esposo omnipotente— también lejanos.

»Pasaré como fuego que consume lo que ha de caer y deja en pie sólo la Verdad.»

¡Cuántas veces, allá en Madrid y después aquí, en Zaire, habré leído, meditado, abrazado con el alma estas palabras! Cuando tuve que abandonar el orfelinato de Kisangani y obedecer una orden que no entendía y que me separaba de mis queridos huérfanos. También cuando, en Kinshasa, vimos la muerte de cerca, en medio de los tumultos y saqueos. Pero ahora, más que antes, siento dentro una imperiosa llamada de Cristo que, como decía san Ignacio de Antioquía, me grita: «Ven a mí. Ven al Padre.»

Y le digo, como María al ángel, «soy esclavo del Señor, hágase en mí según tu palabra». Eso es lo que espera de mí mi fundador, que me aguarda en el cielo. Eso es lo que necesitan estas personas, estos niños, estos pobres de entre los pobres. Sí, «sediento de dolores», para enjugar el agua de la tribulación de tantos corazones, en este caso tan cercanos. ¡Cómo abandonar a Jesús, cómo dejarle más solo de lo que ya está! ¡Si me he consagrado a Él, si me he casado con Él! No puedo marcharme ahora, no puedo decirle, en este momento dramático, en este momento de auténtica cruz: no te conozco, no tengo nada que ver contigo. Yo sí le conozco. Yo he convivido con Él, he comido con Él, he recibido la ternura de su perdón, la esperanza de que con sus fuerzas podría fraguar mis victorias. No puedo ahora decirle que entre Él y yo no ha habido nada, que en la hora del riesgo me voy corriendo y dejo tras de mí un hueco aún mayor del que ya existe.

Lo siento por mis padres, sobre todo por mi querida madre. Le pido a Dios que no nos ocurra nada, que pase sobre nosotros la tormenta sin que el rayo nos golpee. Se lo pido porque no quiero morir y porque no quiero que mi madre sufra por mí. Pero si

ocurriera, si el Señor decidiera, en su actuación misteriosa y sublime, llevarme consigo, entonces quisiera que no me lloraran los míos. Que se alegraran más bien, porque mi nombre estará escrito en el cielo, como el Señor ha prometido. Quisiera que recordaran que al final todo pasa y que, más pronto o más tarde, de un infarto, de un accidente, de una mala enfermedad, de la simple acción de la edad, la vida tiene que terminar. Para mí éste será un final adelantado, pero bendito adelanto si se produce por ser fiel al Señor y demostrarle, con ayuda de su gracia, lo mucho que le quiero.

Sí, Jesús, pecador como soy, poca cosa como soy, permíteme que te diga lo que Pedro contestó a tu triple pregunta después de la resurrección: Tú sabes que te quiero. Te quiero apasionadamente. Te quiero y te he querido. Tú me sedujiste y yo me dejé seducir, me forzaste y me pudiste, y ahora soy feliz contigo y no deseo otra cosa más que hacer tu divina voluntad. Vivo en medio de tu silencio. Lloro por tu silencio. Grito, incluso, contra tu silencio. Pero te quiero. Desde esta cruz en la que me hallo, rodeado de crucificados como Tú, te lo digo una vez más y de forma definitiva: te quiero. Y hago más las palabras que le dirigiste al Padre desde el púlpito de la cruz: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.» *Fiat*. Creo.

22 de octubre

El éxodo en torno a Uvira continúa. La ciudad ha sido tomada. Las fuerzas de Zaire han establecido otra barrera —cerca de Nyanguezi— para intentar detener a los tutsis en su avance hacia Bukavu. Preocupados por nuestros hermanos de allí, hemos hablado con ellos por radio, esta vez al mediodía y no a la hora de todos los días. Nos han contado que los refugiados se han marchado y que ha sido un es-

pectáculo insólito e increíble. En poco más de dos horas desaparecieron cuarenta mil personas, que se unieron a la poderosa riada que marcha hacia el norte. Tienen miedo a que los hutus armados por los zaireños carguen contra ellos, para robarlos o para quién sabe qué tipo de venganzas. Parece, nos dicen, que los banyamulengue están muy organizados y que no hay nada que temer de ellos, al menos por parte de los europeos, pero los hutus son víctima de las represalias más crueles. Permaneceremos a la escucha para ver qué les ha sucedido, pues en este momento están exactamente entre dos fuegos.

También hemos hablado por teléfono con Roma, con el hermano general, para informarle de la situación. Nos ha explicado los motivos por los que no ha podido venir y nos ha pedido que no arriesguemos inútilmente la vida.

De momento, aquí todo continúa con aparente normalidad. De hecho, hoy, a pesar incluso de las fuertes e intermitentes lluvias, han continuado las clases. Miguel Ángel, por ejemplo, ha dado sus dos clases a tercero y su curso de filosofía a sexto. Contaba que los chicos estaban muy distraídos, lo cual es lógico, pues lo que nos pide el cuerpo a todos es salir corriendo y solamente no saber hacia dónde ir te hace estar, de momento, quieto. Por cierto, todos los miembros de las organizaciones humanitarias, incluidos los de la ONU, se han marchado. Hasta que vuelvan, los refugiados no volverán a recibir comida. El miedo es atroz, porque su marcha significa que no habrá ni siquiera testigos para contar lo que vaya a suceder.

Hemos oído por la radio que los ataques tutsis han empezado también en el norte, en Goma, así que estamos en medio de una tenaza que tiene como corazón la ciudad de Bukavu.

23 de octubre

El caos se ha apoderado de nuestro entorno, pero no de nuestra alma. Por el contrario, esta mañana, en la misa, Servando, como superior, nos ha advertido que ha llegado el momento de demostrar que somos religiosos. Cuando los demás se han ido, nosotros podemos, legítimamente, marcharnos también o quedarnos el mayor tiempo posible para ayudar a los que ya no tienen a nadie. Todos hemos decidido quedarnos, hasta el final. Entonces él nos ha vuelto a insistir en que esto sólo tiene sentido desde la fe y que sólo abrazados fuertemente a Cristo crucificado podremos resistir el huracán que se nos viene encima. Se ha comportado, al hablarnos así, como un verdadero pastor, como alguien que habla en nombre de Dios y nos ayuda a estar continuamente en lo sobrenatural, a elevarnos por encima de las terribles circunstancias que nos rodean.

Porque así son, efectivamente, estas circunstancias. Esta noche han llegado a Nyamirangwe más de cuarenta mil refugiados, apenas una pequeña parte de los cientos de miles que están marchando hacia el norte, como si Bukavu fuera una plaza inexpugnable que sus enemigos no pudieran conquistar. Se han establecido en todos los huecos libres, sobre todo en la iglesia y en el campo de fútbol. El espectáculo es apocalíptico. Sus rostros impasibles, incapaces ya de reflejar ningún sentimiento, parecen estatuas de yeso oscuro, zombies, muertos vivientes que siguen andando sin saber hacia dónde, esperando una muerte que ven segura.

En el campo no hay nada que darles. Los depósitos de víveres están vacíos. Los del HCR se han marchado. No hay esperanza ni para los que acaban de llegar ni para los que ya estaban, que saben que qui-

zá mañana o pasado tendrán que emprender de nuevo la huida como cuando llegaron hasta aquí.

El jefe del destacamento nos ha quitado los soldados que guardaban nuestro poblado, Bugobe, así que hemos tenido que recurrir a miembros de las fuerzas armadas ruandesas, hutus, para establecer unas patrullas que nos brinden un mínimo de seguridad.

Hemos hablado con el superior general, que está muy inquieto y preocupado por nosotros. También hemos hablado con nuestros hermanos de Nyanguezi. Todo les ha ido bien. Los tutsis ya han llegado, justo antes de que los milicianos hutus pudieran hacer nada contra aquellos de quien tanto bien habían recibido. Pero así son las cosas.

Los de Nyanguezi quieren que vayamos con ellos, que no lo hagamos a través de Bukavu, porque por allí los caminos estarán controlados, sino que nos busquemos un guía y nos metamos por la montaña para, en una jornada de marcha, llegar a la seguridad de su campo ya «liberado». Hemos estado discutiéndolo y hemos decidido, de momento, seguir aquí, con nuestra gente. Si a ellos les ha ido bien, no vemos el por qué a nosotros nos tiene que suceder algo malo.

24 de octubre

Me he levantado al amanecer, como cada día, aunque la tensión apenas me ha dejado dormir. Como cada día, también, me he lavado y luego he ido a rezar laudes con la comunidad y a celebrar la misa. Urbain, uno de los sacerdotes que viven con nosotros, nos ha aconsejado que nos marchemos cuanto antes, pues de lo contrario la situación puede volverse irreversible. La multitud que inunda Nyamirangwe ocupa ya los alrededores de nuestra casa, y eso que estamos a tres kilómetros del campo. Mon-

tones de madres con sus hijos famélicos colgados de la cadera nos extienden sus manos pidiendo algo de comer. Es imposible hacerlo, porque si sacáramos lo poco que tenemos, aparte de que no solucionaríamos nada, armaría tal motín que quedaríamos arrasados por la masa desbocada. De hecho, en Nyanguenzi el hospital ha sido completamente desvalijado; se llevan todo lo que pueden, aunque no les sirva para nada, con el fin de tener algo por inútil que sea que poder cambiar más adelante por un poco de comida.

Oímos por la radio que en Bukavu ha sido decretado el toque de queda. No puede haber nadie por las calles entre las ocho de la noche y las seis de la mañana. Han requisado todas las camionetas y automóviles que se ven por las calles, así que ahora resulta ya prácticamente imposible emprender la huida hacia allí, que es nuestra única posibilidad de salir de este enredo. El ejército zaireño se ha instalado en las colinas de Nyantende, a diez kilómetros de la ciudad. Es su última oportunidad de detener el avance. Dicen que han minado las carreteras, lo cual es un vano intento de parar a los tutsis, pues ellos no avanzan por caminos que puedan tener peligros, sino campo a través, por senderos de ganado.

Señor, en medio de este torbellino, elevo mi alma a ti y te digo, como te prometí, «Jesús crucificado y abandonado, estoy dispuesto a estar así toda la vida con tal de estar contigo. Te quiero. Dame fuerzas para serte fiel hasta el final».

25 de octubre

El día ha sido terrible. El apocalipsis continúa. En el campo, una joven madre, con su niño a cuestas, se me ha acercado pidiéndome comida. Tras ella, observándola, muchas otras. Me he dado la vuelta y he

salido corriendo. Ella me ha seguido durante un tiempo, sin entender que estaba huyendo de ella y de mi propia conciencia. Es terrible estar aquí y no poder hacer nada. Apenas te detienes un momento te rodean veinte o treinta personas, muchos de ellos niños, que te cogen de la ropa, de las manos, de cualquier parte, y tiran de ti con suavidad, con infinita humildad, con hambre. Y no puedes hacer nada, ni siquiera decirles palabras amables que ya no salen de tu garganta.

En el pequeño hospital de campaña de Nyamirangwe ya no quedan medicinas. En cambio, los enfermos son muchísimos, centenares. La mayoría procede del enorme contingente recién llegado. Empiezan a producirse las muertes, con el riesgo de una grave epidemia. De la escuela y de la iglesia se han llevado los bancos, probablemente para quemarlos y hacer un poco de fuego con el que calentarse por la noche, pues muchos tienen que pasarla a la intemperie. Los responsables del campo han tirado la toalla y la desorganización es total. Hasta los militares parecen desorientados y tenemos la impresión de que en cualquier momento pueden huir a la desbandada. Hemos sabido también que hay cada vez más milicianos hutus infiltrados entre los refugiados; se han organizado, al parecer, algunas bandas de matones que no temen a nadie ni tienen otra causa que la del pillaje y la supervivencia. Son temibles, incluso para los de su etnia.

Protégenos, Señor, que en tus manos encomendamos nuestra suerte.

26 de octubre

A pesar de la caótica situación, seguimos intentando mantener la normalidad hasta donde nos es posible. Por eso, tanto ayer como hoy mis hermanos han seguido dando sus clases aquí en Bugobe, a los pocos

alumnos que han acudido. Fernando, por ejemplo, ha dado cinco horas hoy mismo, a pesar de ser sábado. En la última, de dibujo, no tenía ni la mitad de los alumnos.

Servando y Miguel Ángel han ido al campo, a hablar con el jefe, y le han convencido para que desbloquee el reparto de los víveres que hay almacenados y que nosotros creíamos que ya no existían. La excusa para no hacerlo es que sólo los pueden repartir los miembros del HCR, pero como éstos llevan varios días sin venir, con la excusa de la inseguridad, la comida está almacenada mientras la gente muere literalmente de hambre. También se ha hablado de organizar un plan de seguridad para prever ataques, de unos o de otros. A todo ha dicho que sí.

Cuando, de regreso a Bugobe, me lo han contado les he echado un jarro de agua fría en su entusiasmo. Su pasividad, su dócil aceptación de todo me recordaba tremendamente lo sucedido hace algunas semanas, cuando hablábamos de empezar las clases en una época en que ellos sabían que iba a empezar una ofensiva banyamulengue que podía ser definitiva. Llevo bastantes años en Zaire y sé que no suelen discutir. Te dan la razón o te atacan violentamente, pero cuando no están de acuerdo, ni se molestan en argumentar para convencerte. Por eso sé que ellos saben más que nosotros de lo que va a pasar y que nos miran desde su ancestral sabiduría, no sé si con pena o con admiración, y nos dejan planear y organizar, como si no estuviera ya todo decidido.

Hay ochenta mil personas en el campo. Hemos llegado al límite. En la lejanía se escuchan los cañonazos y el estallido de las bombas. Quién sabe qué pasará mañana. Hay una hermosa luna llena en el cielo. Buenas noches, Señor.

27 de octubre

Nos han despertado las monjas a medianoche. Los refugiados han empezado a huir del campo. Se van con todo lo que pueden pillar. Primero se fueron los que llegaron de otros sitios, los que están de paso, los que ya saben que la única salida es la huida antes de que la trampa se cierre. A lo largo de la mañana se han ido los demás, incluidos los que trabajan con nosotros: Pauline, Évaste, los profesores, todos. Una verdadera marea humana que, silenciosa, derrotada, exhausta, se introducía en la montaña alejándose de Bukavu, en la que aún no han entrado los tutsis pero que ya dan por perdida. Por eso ayer el jefe del campo le daba la razón en todo a Servando. De sobra sabía él que no había nada que hacer y que, aunque lo hubiera, ni él ni nadie podía hacer nada. Sólo rezar. Sólo esperar.

Por la radio hemos escuchado que ha empezado la batalla en Nyantende. Es el asalto decisivo. A través de la radio hemos recibido de nuevo la invitación de dirigimos a Nyanguezí, junto a los nuestros de allí que ya están a salvo, pues es zona conquistada por los tutsis.

Hemos ido los cuatro al campo, cruzándonos con algunos rezagados, entre ellos un enfermo al que unos familiares arrastraban en una camilla. El espectáculo es desolador. Todo está destruido: el hospital, la escuela, las máquinas para potabilizar el agua, todo. Todo menos la iglesia, nuestra capilla y las oficinas. Los almacenes han sido saqueados y no queda ni rastro de comida, aunque dudo que haya sido repartida entre los refugiados como inocentemente habíamos solicitado.

Por la tarde escuchamos Radio Agatacha. Bukavu está cercada, pero el ejército zaireño ha recibido órdenes de no rendirse, así que quizá se produzca

una masacre dentro de la misma ciudad, o quizá hayan todos dejando incluso las armas al enemigo.

Hemos aprovechado que aún tenemos la posibilidad de hacerlo para hablar por teléfono con Madrid, con Roma y con nuestros familiares. Yo he hablado con mi hermana Fredes. He tenido que fingir y decir que todo está tranquilo y controlado, que no corremos ningún peligro. Sé que no me creen, como no nos cree el general, pero algo tenemos que decir para no ponerlos más nerviosos. Al provincial, el hermano Adolfo, le he pedido que, por favor, se pusiera en contacto con los medios de comunicación para lanzar un grito de socorro a la comunidad internacional.

Ahora es cuando vienen los momentos difíciles, los momentos en que nos encontramos en tierra de nadie. Aún no han llegado unos y los otros ya se han marchado. Estamos a merced de las bandas, de los asesinos, que no tienen ni etnia ni credo, sólo el pillaje, sólo el crimen y la bestialidad. Han matado tanto que ya no distinguen el bien del mal; están ciegos de sangre y si caen sobre nosotros no podremos salvarnos. Por eso sopesamos seriamente irnos a Nyan-guezí por la montaña, ya que vía Bukavu es imposible. Podríamos hacerlo en una jornada, pero correríamos un gran peligro; al menos aquí tenemos aún unos cuantos guardias armados que nos protegen. Además, es frecuente que los refugiados, que se han marchado a las montañas para esconderse, regresen cuando vean que el peligro ha pasado. Si estamos aquí, podremos ayudarlos de nuevo.

María, Madre de misericordia, ten piedad de nosotros.

28 de octubre

Si ayer teníamos dudas sobre lo que había que hacer, hoy ya no tenemos ninguna. Nuestro puesto está aquí. Y lo está porque, como suponíamos, muchos

de los refugiados han vuelto al campo al no saber dónde dirigir sus pasos. De hecho, hemos tenido una reunión no sólo con el jefe de Nyamirangwe, sino también con los jefes de doce campos más cuyos pobladores han ido recalando aquí en su huida. El padre Étienne Kabera estaba presente y hacía la traducción al kinyarwanda para que no hubiera riesgo de que no nos entendieran. Servando ha estado muy duro con ellos y los ha invitado a que asuman sus responsabilidades con decisión, a que tengan autoridad y organicen cuadrillas que eviten la acción de los violentos, a que establezcan guardias para impedir el pillaje de lo poco que queda. Ellos, como siempre, dóciles y dando la razón en todo, lo cual a mí me parece más negativo que si pusieran objeciones en algo.

La situación sigue siendo dantesca. Hace ya más de una semana que no viene nadie de la ONU ni de la Cruz Roja y entre los refugiados que han vuelto hay numerosos enfermos, niños, ancianos y mujeres embarazadas; un espectáculo trágico en definitiva.

Hemos utilizado mucho el teléfono, para hablar con la embajada en Kinshasa, con Roma, para hablar con nuestras familias. Yo he hablado con mis padres. Me ha pasado algo semejante a lo que me ocurrió el día de mi cumpleaños; me he tenido que apartar casi sin despedirme cuando hablaba con mi padre, porque ya no aguantaba más la tensión y las ganas de llorar. Es durísimo escuchar a tu madre reclamar sus legítimos derechos a tener a su hijo con ella cuando todos somos conscientes del enorme peligro que corremos. El cuerpo y hasta el alma se rebelan y reclaman salir corriendo de aquí e intentar salvar la vida, volver con los tuyos; incluso una cierta lógica te lo dice también: haz como los de las ONG, márchate para volver cuando el peligro haya pasado, pues si te matan no podrás seguir ayudando a los que queden. Sin embargo, cuando ves la gran cantidad de gente que hay a tu alrededor, cuando ves que han

vuelto varias decenas de miles y que están, literalmente, como ovejas sin pastor, entonces sólo te queda encomendarte a Dios para que sea Él quien te guarde porque prefieres afrontar la muerte antes que dar la espalda a quienes no tienen a nadie más que el pobre consuelo de la presencia de un hijo de la Iglesia a su lado.

Una cosa positiva se ha conseguido de los jefes del campo: la creación de unos grupos de hutus armados que se han establecido en varios lugares estratégicos del campo y en los alrededores de nuestra casa, para proteger lo que todavía no ha sido destruido y para ayudarnos a nosotros. Esto nos da bastante seguridad, por más que sepamos que si viene un contingente decidido a acabar con nosotros es posible que nuestros guardianes huyan o se unan a ellos.

Las bombas se han estado oyendo todo el día muy cerca de nosotros, probablemente en Bukavu mismo.

29 de octubre

Bukavu ha sido conquistada por los banyamulengue apoyados por el ejército ruandés y el de Burundi. Una nueva marea de refugiados, esta vez zaireños en su mayoría, ha salido de la ciudad y algunos han pasado y parado en nuestro campo. Parece ser que la conquista fue mucho más fácil de lo esperado, pues los tutsis habían logrado introducirse dentro de la población y mediante un golpe de mano pusieron en fuga al desmoralizado ejército de Mobutu, que huye a la desbandada dejando las armas en manos de los milicianos hutus y de bandas de matones. A varios de éstos los hemos visto merodear hoy por el campo fuertemente armados. Daban miedo, pues sus caras no eran inexpresivas, como las de los refugiados, sino muy decididas y llenas de odio. De hecho, va-

rios han venido a Bugobe, según ellos a inspeccionar los dispositivos de seguridad y a proteger la instalación telefónica de que disponemos, que es la única que queda en muchos kilómetros a la redonda. Todos hemos tenido la impresión, sin embargo, de que querían observar qué había para poder apoderarse de ello si lo necesitaban.

Los refugiados han seguido en el campo, deambulando de un lado a otro, perdidos y desorientados. Ha sido imposible establecer una mínima autoridad y control, aunque hay que reconocer que el edificio de la iglesia sigue intacto y todos lo respetan.

A media tarde nos ha llegado la noticia de que los tutsis han matado al arzobispo Munzihirwa en Bukavu. Parece ser que venía de salvar a un grupo de tutsis de los hutus que hufan de la ciudad, lo cual no le ha servido para salvar su propia vida de manos de los de la misma etnia de los que acababa de proteger. Su muerte estaba anunciada, porque las palabras y escritos contra los banyamulengue eran demasiado claras como para que éstos las dejaran impunes. Tenía setenta años. Según parece, han matado primero a su acompañante y cuando él ha protestado le han cogido entre dos mientras otro le daba un tiro en la nuca, por la espalda. Han dejado su cuerpo colgado de unas verjas, con la prohibición de que nadie lo toque. Es terrible, terrible.

El padre Urbain se ha ido, con Patricio, pero no han tardado en volver, de mala manera, pues les han robado el coche. Es una lástima, porque ahora sólo nos queda una camioneta. Habían decidido probar fortuna y no han tenido suerte.

Aunque la situación no ha variado con respecto a ayer en lo concerniente al campo, la muerte del arzobispo ha sido un duro golpe para nosotros. Esta muerte refuerza aún más nuestra decisión de quedarnos aquí, ya que él mismo nos ha dado ejemplo. Cuando hace unos días me encontré con él en Bukavu, sin mandármelo me lo pidió, y ahora veo que

él ha sido el primero en llevar a cabo lo que pedía a los demás. Además, en Nyanguezi nuestros hermanos no han sufrido ningún daño de los banyamulengue y probablemente eso nos pasará a nosotros también, aunque siempre cabe la posibilidad de que los interahamwes actúen contra nosotros antes de que los otros lleguen; de hecho, algunos de ellos han venido a inspeccionar el terreno. Creo que están intentando organizar a los refugiados que quedan para hacer con ellos una especie de escudo humano con el que pasar camuflados a Ruanda pues por el puesto fronterizo de Gisenyi están regresando a su país miles de refugiados hutus.

Servando ha logrado hablar con la COPE y a través de esa emisora ha lanzado un urgente llamamiento al mundo, a la ONU y al mismo Santo Padre para que hagan algo por esta multitud hambrienta, enferma y desesperada.

Es tardísimo y, sin embargo, no puedo dormir e incluso no me apetece nada meterme en la cama. A pesar de la conquista de Bukavu las bombas no han dejado de estallar y eso contribuye aún más a aumentar la tensión en mi corazón, fiel reflejo de la que percibo a mi alrededor. Sólo me queda rezar. Para no alarmar a mis compañeros, no voy ni a la capilla. Aquí, en mi propio cuarto, me recojo ante el Señor y le renuevo mi disponibilidad a dar la vida por Él; a abrazarle a Él, crucificado, como Él hizo por mí. Tengo miedo y, a la vez, tengo paz. Voy a rezar el rosario y luego me acostaré, aun sin saber lo que podrá suceder esta noche. María, Madre de misericordia, ten piedad de todos nosotros y protege nuestro sueño.

30 de octubre

Me he levantado antes de las seis, sin apenas haber dormido nada, por los nervios. Estoy, estamos agotados, pero eso forma parte de la experiencia que he-

mos elegido, pues si nosotros estamos así hay que imaginarse cómo se encuentran los miles de personas que desfilan por delante de nuestra casa procedentes de Bukavu y Bagira, camino de Walungu.

Es una marea humana que, en vano, tratamos de consolar. Son miles y miles. Avanzan en silencio, arrastrando los pies, con pequeños o medianos fardos sobre sus cabezas, con los niños pequeños colgados de las caderas, con el rostro inexpresivo. Es el silencio de Dios. Es el Cristo que grita desde la cruz: «Dios mío, por qué me has abandonado.» Es el Dios al que amo y en cuyo abandono me abandono yo también en este momento trágico.

Hemos estado todo el día yendo y viniendo de Bugobe al campo, con diversas peripecias. Hemos hecho acopio de todas las medicinas que había en casa, de toda la sal y de todo el azúcar, y lo hemos llevado allí para tratar las diarreas sangrantes y aliviar en lo posible a los muchos enfermos. En dos ocasiones nos hemos encontrado con militares fuertemente armados. Nos han pedido gasóleo y los hemos dicho que no teníamos, lo cual, creo yo, no los ha terminado de convencer. Otro de ellos ha venido hasta nuestra casa en busca de lo mismo; como tenía una rueda del coche pinchada, le hemos ayudado y le hemos contentado con una cámara nueva para la rueda, así que se ha ido tranquilo.

Hemos estado todo el día intentando hablar con la embajada de España en Kinshasa, sin conseguirlo. Sí hemos podido conectar con el hermano general y Fernando con sus familiares. También he conseguido hablar con Nyanguezi; insisten en que nos reunamos con ellos, que están ya a salvo; les he pedido que nos envíen algo de comida, al menos unos sacos de arroz, pues la gente se está muriendo de hambre en el campo.

Miguel Ángel ha estado inspeccionando el sistema de seguridad. Ha ideado un «santo y seña», que es «yo», para ser advertido por ellos sin peligro. Está

confiado en que con esa protección tenemos suficiente. Ni Servando ni yo creemos que sea así, pero todos estamos de acuerdo en que la gente de Nyamirangwe, los muchos que han quedado, nos necesita y que abandonarlos ahora, aunque sea temporalmente, sería una verdadera traición. Hay que ser solidarios en el riesgo, como Cristo lo fue con nosotros al hacerse hombre y morir en la cruz.

Me voy a acostar. No sé qué será de nosotros, como no saben los ruandeses qué será de ellos. Hemos llegado a la comunión plena con los que sufren, pues su suerte es la nuestra. Seguro que es por eso por lo que tengo una gran paz, aunque sigo padeciendo la misma e inevitable tensión. Sé que hay otra vida, que la muerte no es el final de nada sino el principio de todo. En esta fe me siento consolado y tranquilo. Creo que puedo decir, como en su día afirmara san Pablo: he recorrido mi camino y he llegado a la meta, estoy en paz. Pero también creo que debo decir, como Jesús nos enseña: soy un siervo inútil que no ha hecho más que cumplir con su deber, el deber de amor que se desprende del amor que recibí cuando Cristo, hace casi dos mil años, nació y murió por mí. Además, percibo muy fuerte que esta capacidad de ver con serenidad a la muerte acercarse sin saber si pasará de largo o te golpeará de lleno, no es un fruto mío, sino que es un don de Dios. ¿De dónde, si no, esta tranquilidad y este valor? Todo es gracia. Todo es fuerza de Dios, que se hace presente, quizá más que nunca, en momentos como éste. Momentos en que aparentemente Él no está y en los que, contra toda apariencia, le sentimos extraordinariamente cercano y todopoderoso.

Madrecita, apiádate de este pueblo errante y abandonado. Que no nos falte tu consuelo en la hora de la cruz como no le faltó a tu querido Hijo. Amén.

MÁRTIRES, TESTIGOS DE CRISTO

En buena ley, el diario de Julio podría haber continuado unas horas más, pues fueron asesinados —martirizados— el 31 de octubre a eso de las ocho de la tarde. Pero como he dado por supuesto durante todo el relato que él escribía al anochecer, antes de acostarse, no tiene sentido hacer una excepción para este último momento.

En cambio, me voy a permitir copiar los fragmentos de los dos textos hallados entre los despojos de la casa de los hermanos, el de Miguel Ángel y el de Fernando. Ambos —uno en nombre de la comunidad y otro por iniciativa propia— ponían por escrito a lo largo de la jornada lo que iba sucediendo y por eso nos es posible saber casi hasta el último momento qué pasó, así como estar seguros de que fue el 31 de octubre cuando los mataron.

Dice Miguel Ángel:

«Me despiertan los saludos de los hermanos. Me levanto. Veo que Servando está más sereno y tranquilo. Me lavo y en seguida bajo a la barrera. Nuestros militares controlan a los sospechosos. Escucho radio FI. Me voy a orar un rato. Servando me pasa la epístola del día y me dice de leerla. Efesios 6, 10-20. "Poned vuestra confianza en Dios." Tenemos la eucaristía y desayunamos. Escuchamos la fonía. Invito a Julio a desayunar. Tenemos que conservar los hábi-

tos normales. Se escuchan los bombazos con frecuencia de minutos y bastante cerca, más o menos como ayer. Son armas pesadas. En este instante (ocho menos cinco) se oye un buen bombazo. Hemos puesto el grupo (otro bombazo) para poder llamar por teléfono (otro bombazo). Después de unos momentos le digo a Servando que me voy al campo con Kabera. Llegamos al campo y vemos que todo el mundo está huyendo con rapidez. Me quedo solo, pues Kabera se vuelve a casa. Sigo contemplando el éxodo de más de ciento veinte mil ruandeses de Nyamirangwe y de Kivogovo. Desolador, desolador. Saludo y digo adiós a muchos conocidos. Me acerco a la iglesia y veo a varios que están terminando de llevarse los plásticos. Les grito y a pesar de que están armados con machetes huyen como ratas. Me da una rabia incontrolable. Tomo un palo y me doy vuelta con un bastón alrededor de la iglesia que no la han tocado. Recupero la carretilla y la guardo en la casa de un zaireño. Y vuelvo a casa y me encuentro a Servando muy nervioso. Todos se han marchado. Hacemos una oración juntos y luego consumimos el santo sacramento. Preparo un poco de comida. Comemos y me voy a dormir la siesta. Duermo algunos instantes, pero el teléfono y la fonía no me dejan dormir. Son las tres de la tarde y el ambiente parece bastante tranquilo. Las monjas se han ido, los curas también. No queda más que la población local. Veo que no estamos organizados.»

«Veo que no estamos organizados.» Ésas fueron sus últimas palabras escritas. Quizá lo comprendió demasiado tarde, él que tanto confiaba en el sistema de seguridad que había insistido en establecer.

Por su parte, el hermano Fernando, mucho más lacónico siempre en su diario, fue sorprendido mientras lo escribía. Lo correspondiente al día 31, en cuya página se encuentra la cinta separadora bañada en sangre, dice sólo esto:

«El día ha comenzado con una espesa niebla. Después ha hecho sol. Los zaireños han venido desde Bukavu y Bagira, huyendo de la guerra. Hemos escuchado las bombas a las seis y media. Fr. Servando ha llamado por teléfono a...»

No pudo ni terminar la frase. Según lo que sabemos, Servando estaba hablando por teléfono con el hermano Ramón Rodríguez, provincial de la Bética, la demarcación religiosa a la que él pertenecía y que era además primo suyo. En ese momento interrumpió la conversación con estas palabras: «Te dejo. Tenemos visita.» El otro preguntó: «¿Buena o mala?» Y Servando contestó: «Parece que mala.» Poco antes se había puesto en contacto con Roma, advirtiendo del peligro que se corría y señalando que si en los próximos días no había noticias eso significaría que algo malo había ocurrido. También se había despedido de su madre, Otilia, que vive en Hornillos del Camino.

La «mala visita» era un grupo de ochenta hutus armados, a las órdenes de un teniente. Eran los temibles interahamwes, matones expertos en asesinar y que seguramente llevaban ya muchos crímenes a sus espaldas. Iban de retaguardia, empujando a los de su propia etnia como si fueran ganado. Pasaron por Bugobe como una plaga de langosta y allí se quedaron para acabar con toda vida.

Uno de los zaireños, o quizá fue un hutu rezagado, escuchó un grito que procedía del interior de la casa de los hermanos, cuando ésta estaba ya rodeada por los milicianos y dentro se encontraban los cabecillas. «¡Dios mío! ¡Dios mío! Vamos a morir. Ten misericordia de nosotros.» No sabemos más. Se escucharon tres disparos seguidos. Luego varios más y, finalmente, otro. Parece que fueron unos seis tiros en total, y luego vino el saqueo.

Al día siguiente, unos vecinos de Bugobe, zaireños, vencen el miedo y se acercan a la casa de los hermanos. Hablan con uno de los milicianos de las

Fuerzas Armadas ruandesas y le preguntan si han asesinado a los misioneros. Les contestan que no, pero que si los jefes lo ordenan así, lo harán. «¿Por qué habéis detenido a los hermanos?», siguen preguntando los campesinos. «Tienen un teléfono internacional, con el que dan informaciones a Pasteur Bizimungu (presidente de Ruanda) y el hermano Miguel Ángel ha facilitado la entrada de los betutsis en el Zaire para que nos maten.» La excusa no podía ser más floja, pues no sólo no se usaba el teléfono para ese objetivo sino que desde donde se encontraba situado el campo, muy lejos de la frontera, era imposible colaborar con los tutsis. Los campesinos observaron también que de la habitación de Miguel Ángel salía sangre y pudieron ver que la gorra de Fernando, la camisa y las gafas de Julio, así como la chaqueta del chándal de Servando las llevaban puestas algunos de los milicianos. Desde ese momento no les cupo duda de que los hermanos habían sido asesinados. Al menos uno de los que figuraban en el grupo de matones era un antiguo empleado de los hermanos; había también ex profesores del campo. Parece ser, incluso, que fueron éstos quienes los asesinaron.

El 3 de noviembre se fueron los interahamwes, dejando todo desvalijado a su paso. Sin embargo, hombres armados siguieron rondando por el lugar los días posteriores. Por eso los habitantes de los alrededores, incluido un sacerdote zaireño, no se atrevían a acercarse a Bugobe.

Los maristas, tanto los de Roma como los del vecino campo de Nyanguezí, se alarmaron cuando vieron que pasaban días sin tener noticias de sus compañeros de Bugobe. Al final, pasada una semana, el 8 de noviembre, dos de ellos, los hermanos Arrondo y Descarga, decidieron ir a Nyamirangwe a ver qué había sucedido, aunque para entonces ya había corrido la voz de que los hermanos habían sido asesinados. Esa misma mañana se había oído un confuso mensaje en la radio privada de los misione-

ros: «Han asesinado a tres hermanos en Bugobe. El cuarto ha huido con los sacerdotes.»

En el camino se encontraron con las tropas banyamulenge, que iban hacia el campo, al que todavía no habían llegado; ellos, por lo tanto, no habían sido. Evidentemente, se trataba de una acción sangrienta ligada a la rapiña y, también, al odio. Lo mismo que los tutsis habían acabado con el arzobispo Munzihirwa que les era hostil, los hutus más radicales, sin tener en cuenta el enorme servicio que los maristas prestaban a su propio pueblo, habían asesinado a cuatro personas excelentes que lo último que podían esperar era que fueran sus mismos conocidos los que los mataran. Porque eso fue lo que ocurrió; ya no cabe duda de que entre los asesinos de los hermanos había personas que formaban parte del equipo que trabajaba a las órdenes de los religiosos maristas. La negativa de éstos a dejarse manipular, en aras de una formación en el odio y el rencor, no había sido grata a los interahamwes y, llegado el momento, pasaron factura.

Los hermanos Descarga y Arrondo se encontraron con un espectáculo desolador al llegar a Bugobe. Había desaparecido todo. Sólo quedaban multitud de papeles por los suelos de la que había sido la casa de los hermanos y, en la capilla, el humilde crucifijo que la había presidido estaba roto, tirado. Todo un símbolo.

Había sangre en tres habitaciones, una de las cuales era la del hermano Miguel Ángel. En esa misma habitación se encontró su diario, profusamente manchado de su sangre. El otro, el de Fernando, aunque también presenta manchas de sangre, no debió de recibir sobre él el cuerpo de su autor. Tres, por lo tanto, fueron asesinados en sus humildes cuartos; el otro, quizá Julio, encontró la muerte en la capilla.

Parece ser que los mataron a golpes, a machetazos, para no llamar la atención. Al menos dos de los cadáveres presentaban puñaladas en la espalda.

A los que agonizaban, nerviosos ya los asesinos, les descerrajaron un tiro, lo cual explica que sólo tres disparos se escucharan, pues uno de ellos ya no necesitaba ser rematado. Los otros disparos fueron hechos más por el nerviosismo que por necesidad de acabar con la vida de los misioneros. Luego los metieron en la caseta del motor y desde allí los arrojaron al pozo negro, de bastantes metros de profundidad.

Como se ha dicho, durante los días que los asesinos ocuparon la casa varios vecinos y refugiados, al verlos con la ropa de los hermanos, les preguntaron si los habían matado, a lo que ellos contestaron diciendo que los tenían prisioneros. No era verdad. Los mataron el mismo día que llegaron, entre las seis y las ocho de la tarde, como demuestran los diarios y confirman los testimonios de los que oyeron el grito y los disparos.

El rescate de los cuerpos fue muy arduo. Como era imposible penetrar directamente en el pozo negro, se tuvo que excavar otro, paralelo, a fin de llegar lateralmente al fondo del primero. Durante un tiempo cupo la posibilidad de que uno de los misioneros, precisamente el más joven, Julio, hubiera logrado escapar; el hecho de que sólo se hubieran oído tres disparos hacía pensar eso. Las esperanzas se desvanecieron cuando del fondo del pozo, mezclados con el barro y las heces, extrajeron los cadáveres de los cuatro. Las ropas que llevaban estaban muy ensangrentadas y mostraban múltiples heridas. Era el 14 de noviembre. Un grupo de postulantes javerianos participó activamente en las tareas de rescate.

Los hermanos decidieron llevárselos al vecino campo de Nyanguenzi, donde les dieron sepultura en el cementerio que allí posee la congregación, en una amplia fosa común. El padre Ante, franciscano, presidió la ceremonia y cuatro niñas depositaron sendas coronas de flores sobre la tumba. A pesar del deseo de sus familiares y de las facilidades dadas por las autoridades zaireñas y la embajada de España, el

estado de descomposición de los cuerpos no aconsejaba el traslado. La tierra africana los protege ahora. La tierra de las gentes a las que vinieron a amar y servir y en la que encontraron la cruz de Cristo y la gloria del cielo.

En cuanto a los otros miembros del grupo que vivían en Bugobe, los sacerdotes Étienne y Urbain y las cuatro religiosas, se sabe que se marcharon el mismo día 31, horas antes de que llegaran los milicianos. Así lo testifica la crónica de Miguel Ángel. Llegaron hasta Kalima, siempre en Zaire, a quinientos kilómetros de Nyamirangwe. Allí, en zona ya dominada por los tutsis, tenía que recogerlos un avión del HCR, pero no pudo hacerlo debido a los disparos de los banyamulengue. Se habían alojado en casa de los padres blancos y de ella fueron sacados, tanto los sacerdotes como las monjas. Se los llevaron con la excusa de conducirlos a Bukavu y ellos, confiados, no se resistieron. Sin embargo, lo primero que hicieron fue conducirlos a un barrio de la misma ciudad de Kalima, meterlos en una sala y hacerles ver un vídeo que narraba las matanzas llevadas a cabo por los hutus —la etnia a la que todos ellos, monjas y sacerdotes, pertenecían— contra los tutsis. A partir de ese momento debieron de comprender el fin que los esperaba, sobre todo cuando notaron que, de nuevo en el camión, cogían una carretera que iba en dirección opuesta a Bukavu. A treinta kilómetros de la ciudad se pararon y sin más preámbulos los mataron a golpes de machete, dejando sus cadáveres tirados en el camino. Cuando se supo, se recuperaron los cuerpos de ocho sacerdotes —entre ellos los de Urbain y Étienne, así como el del padre Norberto, capellán de los maristas en Nyanguenzi— y los cadáveres de cuatro religiosas. Todos estaban desfigurados horriblemente por los golpes recibidos. Fue, sin lugar a dudas, una carnicería.

La costumbre de los ruandeses cuando se matan entre ellos de esa manera tan salvaje es la de seguir un rito que tiene como objetivo la aniquilación com-

pleta del enemigo. Una vez muerto éste, le arrancan el corazón y los pulmones, le seccionan la garganta y le cortan los órganos genitales. Después se comen un pedazo del cuerpo del enemigo o se lo dan a comer a alguna otra de las futuras víctimas. Hay relatos estremecedores a propósito de esto: reunían a las familias enteras y mataban a los hijos delante de los padres, luego a éstos los obligaban a comer un pedazo de la carne de sus propios hijos y después los mataban a ellos. Sólo conociendo el grado de crueldad que este tipo de ritos supone se puede entender que para los hutus o los tutsis implicados en ese tipo de actos sanguinarios, matar a unos misioneros que estaban allí para ayudarlos les resultara poco menos que indiferente.

Otro asunto de interés es el concerniente a la forma en que los sacerdotes y las monjas que vivían con los hermanos en Bugobe pudieron haber huido del lugar. Una versión afirma que, dado que sólo tenían una camioneta, ya que la otra se la habían robado a Urbain en los últimos días, como atestigua Miguel Ángel en su crónica, los hermanos maristas les dieron el vehículo para que pudieran escapar, renunciando así ellos a esa última posibilidad de salvar sus vidas. Incluso se afirma que el hermano Julio los acompañó un trecho y luego volvió andando.

Esta versión es, no sólo la más hermosa por el rasgo de extraordinaria generosidad que conlleva, sino también la más probable. Sin embargo, varios testigos afirman que vieron a los asesinos de los hermanos deambulando por la zona en los días siguientes a la matanza y que, además de lucir la ropa de los misioneros, llevaban su coche. Claro que bien podía ser el automóvil robado días antes al padre Urbain, pues de lo contrario no se explica cómo los sacerdotes y las religiosas que huyeron de Bugobe pudieron hacer quinientos kilómetros en tan pocos días.

En todo caso, el ejemplo de los cuatro hermanos maristas —Servando, Miguel Ángel, Fernando y Ju-

lio— es el de unas personas que postergaron su seguridad a la fidelidad a una misión: servir a Cristo y a Cristo crucificado. Es muy importante que esto quede claro, porque de lo contrario sería como matarlos una segunda vez. No nos encontramos ante un grupo de «voluntarios humanistas», sin que rechazar eso sea hacer ningún desdoro a los magníficos miembros de las ONG o de las instituciones solidarias internacionales. Pero es que ellos no eran eso, simplemente. Eran misioneros. Lo tuvieron bien claro desde el primer momento. Lo atestiguaron en multitud de ocasiones, por carta y en las conversaciones que mantuvieron. Se sentían religiosos consagrados a Dios que estaban en Nyamirangwe llevando a cabo esa consagración de una manera distinta en la forma pero igual en el fondo a lo que ya habían hecho desde que se consagraron al Señor. Eran gente llena de fe y de ganas de amar. Los torturaban las mismas preguntas que a nosotros acerca del silencio de Dios, pero daban las respuestas que debe dar un creyente: Señor, no entiendo por qué permites esto, pero creo en ti. Y esa respuesta la acompañaban con una actitud de servicio heroico hacia aquellos en los que veían el rostro de Cristo humillado y crucificado. Todo un ejemplo para tantos teóricos de salón que dicen que han perdido la fe porque Dios permite el mal en el mundo, mientras ellos están cómodamente instalados en su confortable hogar sin mover un dedo para ayudar a esos que, según dicen, les causan tanta pena. Los hermanos maristas mártires de Nyamirangwe tuvieron todas las dudas de fe del mundo, pero las pasaron abrazados a Cristo crucificado, que también conoció la desesperación y el abandono; y, sobre todo, no se limitaron a lanzar cuestiones incisivas al aire del cielo, sino que a la par estaban dando la vida por personas que no tenían nada que ver con ellos e incluso de entre las cuales salieron sus asesinos.

Unos días antes, en la ciudad de Goma, donde hay una comunidad marista, se habían vivido momentos de gran peligro. Uno de los religiosos de allí, el hermano Esteban, había escrito lo siguiente: «Nosotros sabemos que hoy estamos vivos, pero no tenemos ninguna garantía de que lo estaremos mañana. Si conocéis que nos han matado, celebrad una acción de gracias solemne, pero no podemos irnos en estas circunstancias. Hay algo muy hondo que nos pide quedarnos con esta gente. Rezad por nosotros. Que estemos dispuestos a todo, también a dar la vida.»

No fue Esteban el llamado al sacrificio. Fueron sus compañeros de más al sur. Pero su carta es fiel reflejo de lo que todos sentían: «Hay algo muy hondo que nos pide quedarnos con esta gente», ¿qué podía ser si no la fe, sobre todo cuando los miembros de las organizaciones humanitarias habían, prudentemente, desaparecido? Y luego, esa clara referencia a la gratitud: «Si conocéis que nos han matado, celebrad una acción de gracias solemne.» Sí, ésa es la actitud típica de los cristianos, la prueba de que la savia de los viejos mártires sigue viva en el viejo tronco de la bimilenaria Iglesia católica. «Celebrad la acción de gracias»; no lloréis, hemos pasado de la muerte a la vida, hay un cielo nuevo y una tierra nueva que nos espera. Somos, en definitiva, el pueblo de la fe, del amor y de la esperanza.

No es por ellos por quienes debemos llorar. Animo incluso a sus padres y hermanos a que no lo hagan. Han muerto, sí, pero están vivos y no sólo en el recuerdo o la admiración que produjeron. Están vivos en la vida verdadera. Nosotros, en cambio, corremos el riesgo de estar muertos aunque aún la sangre circule a través de nuestro corazón. «Mujeres de Jerusalén, no lloréis por mí», había dicho Jesús cuando le llevaban al Gólgota. «Llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque si con el leño verde hacen esto, qué harán con el seco.»

Honor y gratitud, pues, a los mártires, a los testigos de Cristo. Hora de reflexión para todos nosotros que, llamados como ellos a dar la vida, dejamos que el tiempo escape veloz por nuestras manos sin tener en ellas nada que valga la pena; sin poderle ofrecer al Señor, al prójimo y a nosotros mismos el testimonio de que los talentos que un día recibimos los hemos hecho rendir de manera apropiada. Que los mártires, que María Santísima a la que ellos se encomendaron, intercedan por nuestra mediocridad y por nosotros.

JULIO RODRÍGUEZ JORGE

Nació en Piñel de Arriba, provincia de Valladolid, el 20 de octubre de 1956. Sus padres, Edesio y Ángeles, son agricultores y tienen otros dos hijos, Celso y Fredesvinda (Fredes).

Un hermano marista, José Navarro, encargado de recorrer los pueblos castellanos ofreciendo la opción vocacional a niños y jóvenes, encendió su alma para seguirle al seminario. Lo hizo en el que la congregación tenía en Villalba (Madrid), en el curso 1969-1970. Los compañeros que vivieron con él lo recuerdan como poco sobresaliente en cuanto a resultados académicos, pero con un gran espíritu de superación, alegría e interés. Si no recibía notas muy altas en las principales asignaturas, sí, en cambio, las sacaba en aquellas que medían el buen comportamiento en clase. En Villalba estuvo otros dos años, hasta que en 1972 se fue a Sigüenza, donde pasó apenas unas semanas pues sus superiores decidieron enviarle a Buitrago para que cursara Formación Profesional en el Instituto Politécnico Santa María del Castillo. De 1972 a 1973 hace dos cursos en uno, pues se le convalidan muchas asignaturas al proceder del bachillerato. Al año siguiente hace tercero de oficialía en la rama de delineación, con algunos suspensos que recupera al año siguiente.

El 8 de septiembre de 1975 ingresa en el noviciado que la congregación tiene en Maimón, un barrio de Córdoba. Allí estará dos años, hasta que profese. En el curso 1977-1978 vuelve a Buitrago y empieza FP-2, que termina en 1981. Los que le trataron en aquella época le recuerdan como un muchacho enormemente servicial —era el que preparaba la tortilla de patatas cuando la comunidad salía de paseo— y especialmente paciente con los muchachos a los que ya en los últimos años había empezado a dar clases.

De 1981 a 1982 le vemos de profesor en el Colegio Santa María, en Toledo. El 27 de septiembre de 1981 emitió los votos perpetuos, que representaban entregarse definitivamente a Dios sin ningún tipo de reservas. Es en Toledo donde toma la decisión de ofrecerse voluntario para ir a Zaire. Fue enviado a Kisangani, la antigua Stanleyville, que padeció como ninguna otra la rebelión de los simba, allá por los años sesenta. Se había construido, a finales de los setenta, un gran orfanato, Mamá Mobutu, cuya dirección fue confiada a los hermanos maristas. A esa comunidad fue destinado Julio. Su misión principal era la atención de los huérfanos y llevar a cabo las compras que necesitaba el centro; además, impartía dos horas de clase de religión semanales en el colegio anexo destinado a los alumnos sin escolarizar de la zona. Su amor por los niños era proverbial; todas las noches, por ejemplo, al ir a despedirlos, les llevaba un bocadillo extra.

En 1985 los superiores maristas se ven forzados a hacer una reestructuración de la zona. Los numerosos hermanos ruandeses tienen que regresar a su país y eso reduce mucho el número de hermanos con que se contaba. El orfanato Mamá Mobutu fue dejado en manos de una congregación de monjas y Julio fue destinado a una misión que estaba a quince kilómetros de la ciudad, donde los maristas dirigían una escuela primaria, otra secundaria y un gran complejo de escuelas técnicas. Era el Instituto Cho-

lolo y Julio quedó al cargo de las clases de religión y dibujo.

En 1986 regresó de Zaire y fue destinado a Alcalá de Henares para completar su formación. En esos dos años estudió catequética en el Instituto San Pío X.

Pero África seguía ejerciendo sobre él una poderosa fascinación. Nada más acabar sus estudios, pide volver. En 1988 regresa y es destinado a Kinshasa, la capital, donde pasará cuatro años de profesor en uno de los colegios maristas de la ciudad.

En 1992 volvió de nuevo de Zaire a España para reponerse de una preocupante enfermedad y para hacer su segundo noviciado. Durante unos meses, y para curarse, residió en la comunidad marista de Navalморal de la Mata; el resto del tiempo —cinco meses— lo pasó en El Escorial.

En cuanto recuperó la salud regresó a Zaire, pues allí se había quedado definitivamente atrapado su corazón. Era el año 1993. Primero recaló en Kinshasa y en octubre de ese mismo año está ya instalado en la ciudad de Kisangani, de tan buenos recuerdos para él. A primeros de 1994, esta vez por un problema renal, tuvo que regresar a Madrid, para residir en el colegio que la congregación tiene en la calle Rafael Calvo. En cuanto se repuso pidió regresar a África, lo cual le condujo de nuevo a Kisangani (junio de 1994).

En el curso 1995-1996 le vemos ya instalado en Goma, junto al lago Kivu, y al acabar ese curso, ante la petición de voluntarios efectuada por los superiores para acudir a los numerosos campos de refugiados hutus que se han instalado en la zona, Julio se ofrece y es enviado a Nyamirangwe, adonde llega el 12 de junio de 1996. «Me siento privilegiado por Dios y por el hermano Benito (el superior general marista) por haber pensado en mí para ir allí», le escribe al hermano Adolfo Varas, superior provincial en España. Con esta misma actitud vivió todo el tiempo que la Providencia de Dios dispuso de él des-

de entonces. Nunca le abandonó la actitud de sentirse afortunado por poder servir, en el nombre de Cristo, a quienes llevaban en su carne las huellas de la cruz de Cristo. En definitiva, Julio fue un hombre que amó hasta el final.

HAN DICHO DE ÉL

«Tenía una alma hermosa, profundamente buena. Estaba lleno del espíritu de Dios. Era sincero, callado, sensato y muy respetuoso con los hermanos, con los compañeros de clase y con la gente. Era muy sencillo. No se daba importancia por nada; todo en él era transparencia, inocencia, humildad y sencillez. Hacía todo sin ruido, sin apariencia engañosa. Hablaba muy pausado y siempre sin acaloramiento. Su educación era exquisita» (hermano Pedro Luis Ederra).

«Una mañana, estando en el orfanato de Kisangani, salió Julio de compras. Mientras él entraba en su habitación y preparaba sus cosas, un huérfano, adiestrado por un centinela, entra, despacito, en una habitación vacía. Julio sale y cierra la puerta del pabellón de los hermanos. El ladrón queda dentro y hace de las suyas, registrando una a una las habitaciones. En bolsas va metiendo todo lo que le interesa y se las va dando al centinela por la ventana que da a una plantación de plátanos; después, el centinela sale de la casa sin ser visto y bien cargado. Ya en la ciudad le reconocen unos policías, pues tenía fama de ladrón, y al verle tan bien provisto piensan que ha robado. Le interrogan, con algún que otro palo, y termina confesándolo todo. Julio, mientras tanto, ha regresado a casa y en la primera habitación, detrás de la cortina de la ducha, se

encuentra al ladrón, que por cierto era bastante forzado; sin embargo, el muchacho se le entrega sin resistencia y es llevado a la policía. Como uno de los dos era huérfano, no tenía a nadie que les llevara comida a la cárcel, lo cual es costumbre en Zaire que haga la familia. La comida se la tienen que dar a los guardias, los cuales se quedan con la mayor parte y dan al preso sólo un poco. Julio iba todos los días a las seis a llevar la comida para el preso huérfano que había intentado robarle; afortunadamente, como era blanco, los guardias permitían al muchacho salir fuera y comer junto al religioso. A los quince días debían trasladarlo a la prisión central. Entonces el director de la cárcel nos ofreció un acuerdo: si pagábamos una cierta cantidad, le pondrían en libertad. Así hicimos y el ladrón regresó al orfanato donde hicimos una gran fiesta para festejarlo. Fue algo así como la parábola del hijo pródigo» (hermano José Domínguez).

«En su despedida de España le vimos profundamente emocionado y desde lo más profundo de su corazón nos dijo: “Sé que no soy un héroe, pero siento que tengo que ser consecuente con lo que Dios me pide en estos momentos.” Como persona tenía, según sus amigos, una madurez humana profunda. Cuando él hablaba, sus opiniones pesaban en los demás. Era un líder carismático, un hermano alegre, bonachón, sincero y abierto, que desprendía afectividad y calor humano» (hermano José María Ferré).

«Un verano fuimos invitados por el hermano José Domínguez al colegio de Sigüenza. Éramos Julio, mis dos hermanas y nosotros. Fueron unos días de paz. Ya de vuelta a Madrid, una de mis hermanas le preguntó: “¿Te vas a volver a Zaire o te quedas aquí? ¿No estarás aquí mejor?” Julio contestó firmemente: “¡Oh, no! Mi corazón está en África. La vida de aquí, a mí no me va.” Estas frases fueron pronunciadas en el tren poco antes de llegar a Madrid» (Lely de Fernández).

«Era un ilusionado de Dios. Julio estaba en el Zaire porque era exactamente lo que él quería: ayudar a los demás. Era una persona tierna, jovial y, sobre todo, destacaba por su gran humildad. La última vez que hablé con él estaba contentísimo y lleno de vida. No paraba de hablar de “sus niños”. Contaba durante horas sus travesuras, sus carencias, pero todo con increíble ternura y cariño, como lo haría cualquier padre enamorado de sus hijos. Además de su vocación religiosa, había en él un gran amor de padre» (Araceli Rodríguez).

«Hizo el noviciado en Córdoba. Allí se encontró como maestro al hermano Rafael Arteaga y como colaborador al hermano Timoteo. Ambos conocían el movimiento de los focolares y para Julio esa experiencia tendrá una importancia y una repercusión grandes en su vida. Desde entonces hasta su muerte, siempre hizo lo posible por manifestarse como un miembro simpatizante de dicho movimiento, manteniendo lo que en él se conoce como “la unidad”, comunicando la vida. Otro elemento de su vida fue la sensibilidad por los niños más olvidados. Siempre tenía una gran facilidad para acercarse a los niños» (hermano Esteban Ortega).

«A Julio lo recordamos como un jabato en vivir la “Palabra de vida” que se propone cada mes en el movimiento de los focolares. Vivir la Palabra, encarnarla en la vida concreta, en la comunidad de cada uno, es un modo de permanecer unidos, incluso a distancia, y de experimentar los efectos de la presencia del Resucitado: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18, 20)” (padre Manuel Morales).

«Cuando le conocí en el orfanato Mamá Mobutu de Kisangani, Julio me resultó muy acogedor y sencillo. Se desvivía por prepararnos las habitaciones, estar

con nosotros e interesarse por nuestra misión. Gustaba conversar con los huérfanos, escucharles, sentado a veces en la hierba con ellos, hacerles bromas y ser particularmente acogedor con los más pequeños, especialmente con uno que era deficiente mental. Hay que resaltar también la imagen de Julio orando en la capilla, en la celebración de la eucaristía o rezando el rosario paseando por las avenidas del orfanato. No era un capítulo más del horario. A pesar de las múltiples tareas, el tiempo de oración era respetado y querido y Julio manifestaba una actitud, en la oración y en la vida, de confianza filial con el Padre Dios. Se sentía feliz de vivir y de trabajar con los pobres y necesitados, de dedicar su vida a las misiones» (hermano Antonio Rieu).

SUS PENSAMIENTOS

«Me gusta aprovechar las realidades impresionantes y nuevas entre las que vivo para admirar a Dios que las ha creado y unirme más a Él desapegado de todo. Por eso me gusta la pobreza en la que vivimos porque me ayuda a vivir más sólo por Él» (Kinshasa, 6/1/89).

«Nuestra fidelidad al Espíritu que nos guía en cada momento tiene un alcance redentor-constructor muchísimo mayor de lo que nosotros podemos imaginar, no sólo a nuestro lado, sino en todos los rincones del mundo, pues es Jesús quien llega y actúa en esos sitios donde hay sufrimiento, cuando nosotros le hacemos presente con nuestra tensión a la santidad. ¿Te das cuenta de la enorme responsabilidad que tenemos delante de esos pobres de todo tipo que sufren en el mundo entero? ¿No te parece que no nos podemos permitir el lujo de vivir en la mediocridad, ni tampoco el de desanimarnos y detenernos porque nuestros pecados son muchos y no nos creemos capaces ni dignos? Sólo se trata de recomenzar siempre, dada nuestra condición de hombres que Jesús conoce y tolera. Y eso sí que lo podemos hacer todos» (Kinshasa, 25/2/89).

«Cuando se es suficientemente humilde y paciente, las dificultades de la vida, fracasos, oscuridades,

todo lo que nos haga sufrir, representan el desierto que ha purificado a los profetas, la cruz que Jesús nos pide coger cada día, conscientes del valor que tiene» (Kinshasa, 12/4/89).

«Personalmente, a veces me resulta difícil seguir a Jesús y aceptar que su voluntad, con frecuencia, es la monotonía de la vida, la lentitud en nuestro progreso espiritual, aunque seamos nosotros la causa de no darnos más rápidamente a Él y la consecuencia sea nuestra debilidad, nuestra lentitud. Ayer le decía en mi oración que estoy dispuesto a vivir con esta sensación de impotencia, de fracaso, como dijo Chiara una vez, toda la vida, si ésa fuera su voluntad y parece ser que con frecuencia lo es» (Kinshasa, 2/6/89).

«Lo único que debe enristecernos o alegrarnos es saber si estamos luchando o no por hacer la voluntad de Dios, si estamos en esa lucha renovada o si por el contrario, cansados de tanto tener que volver a empezar, perdemos la confianza en Dios, creemos que estará cansado de nosotros y dejamos de volver a empezar dando libertad a nuestro hombre viejo» (Kinshasa, 5/7/89).

«Desde aquí te aseguro que no trato de hacer otra cosa, en medio de tantas actividades, que vivirlo todo —deshacerme— sólo por Él. Utilizo esta expresión —deshacerme— porque este año, al comienzo del nuevo curso, me sentía un poco así, como desahaciéndome por tanta ocupación. Pero a la vez eso mismo me llenaba de alegría, pensando que mi tiempo no se me escapaba de las manos sino que quedaba, cada segundo, para la eternidad» (Kinshasa, 13/10/89).

«He meditado en estos días sobre la realidad del amor, que es donde se concentra toda la voluntad de Dios. Entonces me he dado cuenta que, engañado

por un falso celo por Dios, me dedicaba a contemplar los defectos de los demás y a veces a criticarlos directamente, lo cual me ha llevado a distanciarme de ellos y en definitiva no los amaba. Este falso celo por Dios me ha engañado muchas veces y en consecuencia me ha frenado en el amor al hermano. Esta vez he vuelto a renovar mi propósito de no mirar en los demás más que sus cualidades; de esa forma me será posible amarlos más, que en definitiva es el amor quien más convierte y conquista. El ejemplo lo tenemos en el encuentro de Jesús con la mujer adúltera. Esto me parece un punto importante que nos puede dar mucho fruto» (Kinshasa, 19/5/90).

«Te comunico la última gracia que el Señor me ha dado. Es a propósito del comportamiento con los demás. Me he dado cuenta de que he estado perdiendo el tiempo muchos años pretendiendo cambiar los defectos de los demás. Un día me encontré en la *Vida de santa Teresa de Ávila* estas palabras: "Descuidarse de todo y de todos y tener en cuenta consigo y contentar a Dios. Procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros, y tapar sus defectos con nuestros grandes pecados." La puesta en práctica de esto me ha devuelto la amistad que me faltaba con alguno y la ha potenciado con los demás. También vivo en una paz más grande por esta amistad con todos y porque no me amargo más la vida contemplando los muchos defectos que encontraba de la otra forma. Además, en otro libro he visto otra reflexión al respecto. Te la digo con mis palabras: "El 90 % de las veces es mejor no hablar. Conozco muy pocos casos en los que las personas se hayan enmendado por un reproche o una llamada de atención. ¡Es mejor rezar! Sólo diez veces sobre cien es mejor hablar. Y en esos casos después de mucha reflexión." Me parece que son grandes verdades a tener en cuenta. El amor es lo único que transforma» (Kinshasa, 23/6/90).

«Estoy decidido a volverme a Zaire el 6 de septiembre, pero siento que me cuesta tanto como la primera vez, sobre todo por la familia, que no volveré a ver en dos años. Es lo que más me cuesta, pero esta dificultad la acepto con generosidad, porque es por Él, el único que podría pedírmelo. Y así, siendo por Él, el dolor se me convierte en gozo porque sé que lo hago por el Amado. Intento hacer lo mismo con todo lo que me cuesta y Él me pide, pienso que es por mi Amor y entonces el dolor se transforma en amor» (Madrid, 3/9/90).

«La comunidad está cuajando en estos meses. Hay tres nuevos y tres de paso. No es nada fácil, porque para que esto cuaje bien alguien tiene que ceder y amortiguar golpes. Lo más fácil sería estar a la espera de lo que pase, a la expectativa. Pero si alguien no da el primer paso en amar por encima de los prejuicios, todo se estanca. A esa tarea me siento yo llamado, pero no es fácil. El dinero que me diste lo estoy empleando en hacer las canastas del campo de baloncesto y algunos arreglos más de la casa. Gracias en nombre de esta gente que no reconocen ningún mérito en lo que se les da desde Europa» (Kinshasa, 12/10/90).

«Estos días estoy con la malaria. Es como la gripe de España. Te deja sin fuerzas durante una semana. Ya me estoy recuperando, pero después de pasar unos días muy desagradables. El Señor me ha consolado un poco haciéndome ver que mi perseverancia, a pesar de todas las dificultades que encuentro, dará muchísimo más fruto de lo que puedo imaginar» (Kinshasa, 16/11/90).

«Mi vida aquí sigue siendo la misma. Vivir junto a esta gente, compartir su suerte y trabajar por ellos. Evidentemente, todo ello alimentado con un cierto ritmo de oración y fidelidad a la voluntad del que es

la causa de que yo esté aquí. Si no fuera por Él no estaría viviendo aquí. Pero por Él y con Él me es posible vivir aquí, con alegría, paz y plenitud. Todo esto Dios lo da siempre, sin tardar, cuando se hace algo exclusivamente por Él» (Kinshasa, 15/2/91).

«Me he dado cuenta de que vale la pena humillarse y privarse de todo para que el otro se sienta bien. Los frutos son incalculables, en nuestro interior y a nuestro alrededor. Veo que el clima de mi comunidad depende de mí» (Kinshasa, 13/4/91).

«Gracias por las fotografías para la comunidad y por el *ABC Internacional* que me llega regularmente, dependiendo sólo del correo» (Kinshasa, 21/6/91).

«Las oscuridades que todos experimentamos son justamente la cruz que Jesús quiere que llevemos por amor a Él. Por lo tanto, debemos esperarla cada día para que no nos sorprenda y así podamos vivirla con serenidad aunque sea muy pesada. Todo, cualquier cosa que nos hace sufrir, es esa cruz a abrazar con serenidad para que nuestro estado de ánimo no cambie demasiado y haga sufrir a los demás. Cuando el dolor, la oscuridad, sea tan grande que no podamos amar al hermano, limitémonos a vivir en silencio esos momentos, evitando así descargar la ira sobre los demás, y esperemos por amor a Dios otros momentos de más luz» (Kinshasa, 28/6/91).

«Esta tarde, cuando recogía la ropa ya seca en el tendedero, pensaba en lo ridículo —según toda lógica humana— de mi situación. Aquí, solo entre gente de otra raza, cultura y color, haciéndome el servidor de ellos en ese acto humilde de recoger la ropa de todos ellos o prepararles la cena cuando no ha quedado suficiente de lo que preparó el cocinero para la comida. Pero, en seguida, me ha venido a la memoria la figura de María, que se pasó toda

su vida haciendo cosas parecidas, y sabemos que es la que más gloria ha dado a Dios. Era el Espíritu que me ha asegurado que estaba en el buen camino aunque muy lejos de toda lógica humana. Hay que cerrar los ojos y lanzarse por ese camino que nos señala el Espíritu» (Kinshasa, 2/8/91).

«Si Dios no quiere quitar al hombre su libertad, ni aun para hacer el mal, ¿cómo vamos nosotros a criticar y dejar de amar a nuestros hermanos por sus faltas, si Jesús no lo hace?» (Kinshasa, 22/9/91).

«Los religiosos misioneros creemos que compartir con los pobres sus condiciones de inseguridad y pobreza es parte principal de nuestra misión. Sabemos que Dios todo lo puede hacer y lo hace, pero necesita de hombres totalmente confiados en Él que luchen por ser fieles a su voluntad aunque ésta, frecuentemente, sea contra corriente. Me considero privilegiado por poder vivir estos momentos con esta pobre gente, y le doy gracias a Dios por haber contado conmigo para ello. Sólo le pido que me dé su gracia y aumente mi fe para responderle generosamente» (Kinshasa, 6/11/91).

«A nosotros en el Zaire, desde el punto de vista material, nos falta casi todo. Pero sabemos que unas fiestas felices no dependen de lo material, sino, exclusivamente, de lo espiritual. Y eso, si queremos, no nos faltará» (Kinshasa, 25/12/91).

«He pasado la cuaresma y ahora la Pascua con una gracia especial que no sé de dónde me viene. Pienso que será por la gente que reza por mí. Me he sentido todo este tiempo con una gran fuerza, luz y seguridad para serle fiel en todo momento. Me parecía que mi fe había aumentado. Veía con mucha claridad la importancia de ser fiel, los frutos que ello conlleva y la culpabilidad de ser infiel. Cada vez que escuchaba

noticias de dolor en el mundo veía con toda claridad mi responsabilidad. Me decía a mí mismo: Si soy fiel a Dios hago presente en mí a Jesús, y si Él está presente, todo el mal desaparecerá. De esta manera he conseguido metas que nunca antes había conseguido» (Kinshasa, 17/4/92).

«He renovado mi intención de volver a Zaire en el mes de septiembre. No quiero quedarme en España por comodidad después de conocer por todos los medios la miseria que hay en el mundo» (AVE, Sevilla-Córdoba, 12/4/93).

«Me cuesta volver a Zaire, pero aquellos hermanos nos necesitan y Jesús se merece todo. Ayer me fui con la bici al Valle de los Caídos y al llegar a la basílica me quedé mirando mucho rato la estatua de la entrada donde se ve a María con Jesús muerto en sus brazos. Me encontré de nuevo con el Amor de Jesús y la Fidelidad de María. Mis infidelidades me parecieron más grandes y mi tibieza más miserable. Entré en la basílica y, ante el sagrario, renové mi compromiso con Él» (San Lorenzo de El Escorial, 20/4/93).

«Ya estoy en Zaire de nuevo, pero ahora en otra ciudad, a 1 500 km de Kinshasa. Me ha costado mucho dejar mi familia, mi cultura y mi país, pero sentía muy claro que tenía que hacerlo por Él, que es el centro de mi vida, y por Él hay que darlo todo aunque cueste la vida» (Kisangani, 1/10/93).

«La experiencia de enfermedad que me ha traído a España me hace vivir en un continuo ejercicio de humildad que acepto conscientemente y que ofrezco a Dios por mi propia conversión y la del mundo. La ocasión de viajar me hace ver con más claridad las miserias de una cultura y de la otra, la gran complejidad de las cosas que producen esa miseria. Llego siempre a la misma conclusión: lo mejor y acaso

lo único que se puede hacer para su solución es la oración. Por ello, cada vez admiro más y comprendo mejor la vida en clausura de los hombres y mujeres dedicados a la oración y contemplación. La oración es lo máximo que podemos hacer para eliminar el dolor en este mundo» (Madrid, 4/2/94).

«Estoy contento de estar aquí ya, con esta gente que carece de casi todo. Así puedo ayudar a que al menos no les falte a los jóvenes la enseñanza» (Kisangani, 2/6/94).

«No hay esperanza de mejora por aquí. Nuestra misión es ser solidarios con esta gente que sufre, viviendo junto a ellos y participando un poco de sus condiciones extremadamente pobres» (Kisangani, 21/9/94).

«Sigo bien y muy feliz entre esta gente con quienes he decidido compartir mi vida. Estoy aprendiendo su lengua, el suahili, que no conocía. Ya empiezo a hablar con ellos, los que no saben francés, cuando voy al mercado o voy por las calles en que ellos viven. Yo disfruto mucho, y a ellos les encanta ver a un blanco que viene a sus barrios y se acerca a hablar con ellos y sus hijos, en su lengua. Al menos ahí sí que se sienten seguros y hasta superiores al blanco que balbucea su lengua como un niño. Así sí que se sienten bien, pues desaparece el complejo de inferioridad que tienen siempre y que les hace tanto mal. Siempre comienzo a hablar con los niños y luego se acercan los adultos mostrándose con toda su naturalidad, que nunca manifiestan cuando están en tu colegio o en tu casa» (Kisangani, Navidad, 1994).

«He empezado el curso al día siguiente de llegar, pues ya había comenzado. Ya echaba de menos mis clases de formación religiosa, pues ellas me ayudan mucho a mantenerme en la tensión a la santidad. Es

un continuo recordar todo el Antiguo y el Nuevo Testamento con la riqueza que eso supone en la regularidad de las clases durante todo el año. Reconozco que es un privilegio que Dios me da y soy consciente de que tengo que responder lo mejor que pueda con una vida comprometida y fiel al día a día, que es también el volver a empezar. También doy dibujo técnico a los de ciencias de secundaria. Este año tengo más horas de clase porque ya no tengo la administración de la comunidad, aunque ayudaré al que han puesto porque es mayor y no conduce bien. También recogeré el dinero que los alumnos tienen que pagar cada mes para pagar a los profesores» (Goma, 16/10/95).

«Pasaré las Navidades con mis hermanos de comunidad: tres belgas, dos zaireños, un italiano y tres españoles. Nos entendemos bien y todo funciona con satisfacción. También lo pasaré con los huérfanos ruandeses que están aquí, junto a 150 000 refugiados en el campo de Goma. Esos niños necesitan mucho cariño. Muchos han visto matar a machetazos a sus padres y hermanos. Les he comprado cuatrocientos cuarenta pares de sandalias de plástico con doscientos veinte dólares que me dieron en España. Con lo que tú me diste quiero pagar una profesora que esté con los más pequeños, de uno a cinco años, que están sin hacer nada» (Goma, Navidad, 1995).

«Vivir aquí, en un mundo de pobreza, tiene la gran ventaja de no distraerte con las ofertas continuas que el mundo rico ofrece. Pero aunque nos falten tantas cosas seguimos siendo ricos al lado de los pobres. Por ello, la lucha por la fidelidad sigue siendo tan válida en España como aquí. De todas formas puedo comunicarte el gozo inmenso y la libertad que se siente al vivir y compartirlo todo con los pobres. He comenzado hace tiempo un contacto directo con los más pobres de aquí, que son los refugiados ruande-

ses. Y entre ellos los más pobres aún, los niños que UNICEF ha recogido en la guerra de Ruanda. Voy todos los domingos a organizarles juegos y satisfacer así la gran necesidad que tienen de que alguien se ocupe de ellos y los quiera. Es una gota de agua en el mar, al lado de tantas necesidades de este pueblo en el exilio. La semana entera la paso en el colegio, donde también estos zaireños están sedientos de modelos de identificación. Y la presencia entre ellos de alguien que lucha por ser fiel a Dios tiene muchísimo más valor de lo que nosotros podemos imaginar» (Goma, 10/4/96).

«Hemos tenido un susto con el coche. Hace unos días salió un hermano a la ciudad y se le puso delante una furgoneta para bloquearle. De ella salieron varios militares armados que le obligaron a salir del coche y a darles el dinero y el reloj. Luego se marcharon con nuestro Toyota. El hermano fue a buscar otro coche que teníamos y con otro hermano se pusieron a buscarlos. Cuando lo vieron, lo siguieron hasta que, en un cruce, al hacer el stop pudieron cruzarse delante de ellos para bloquearlos. Ellos intentaron escapar marcha atrás pero se chocaron con un mercedes de un "pez gordo" que se paró y salió enfadadísimo a coger por la solapa al militar que conducía nuestro coche. Le sacó del coche y empezaron a discutir acaloradamente. Entonces mi compañero aprovechó para coger el coche y escapar corriendo mientras los otros discutían. Aquí la tensión aumenta cada día» (Goma, 15/4/96).

«Estoy muy bien y trabajando con mucha ilusión y satisfacción entre esta gente. Te encantará la foto de la niña con su hermanito. A mí me toca la suerte de vivir con ellos y gozar cada día descubriendo en esas escenas —sobre todo de niños— la presencia de Dios. Ahora vengo del campo de fútbol, al pie de la colina llena de casas, como puedes ver en dos de las fotos.

Cada domingo por la tarde voy a organizar juegos con los niños, como hacía en Goma con los huérfanos. Es una gozada para ellos y para mí, también para todos los mayores que se acercan a vernos jugar. A la vez aprovecho para aprender su lengua, que es el kinyarwanda. En la otra foto ves a muchos jóvenes escribiendo. Como el Estado del Zaire ha prohibido desde enero pasado la enseñanza en los campos de refugiados, hemos tenido que meternos a dar las clases en sus chozas. En las escuelas, que también hemos construido, no podemos entrar por la prohibición. Pero creo que en septiembre vamos a empezar en ellas el nuevo curso a pesar de las órdenes de las autoridades. No olvides que tú, desde ahí, con tu fidelidad al momento presente y con tus oraciones, puedes hacer tanto o más que yo estando aquí. Sólo que a mí Dios me ha privilegiado, sin merecerlo, concediéndome el estar aquí con esta gente» (Nyamirangwe, 15/7/96).

«El 22 por la noche tuvimos un bombardeo que se repitió el 23 mucho más prolongado. La tensión fue grande en toda la ciudad de Bukavu y alrededores. Ayer se temía otro ataque pero no lo hubo gracias a Dios. La tensión es muy grande en esta zona y no nos queda más que rezar por la paz en esta región de los Grandes Lagos y por el retorno de los miles de refugiados a una vida normal en su país. Con nuestra fidelidad al Señor podemos hacer muchísimo más de lo que nosotros podemos imaginar en los lugares más inimaginables. Lo dijo un día Chiara también y siempre me ha impresionado la fidelidad al momento presente como algo capital en la vida. Vivir en presencia de Dios, decía Champagnat» (Nyamirangwe, 10/10/96).

SED, UNA ONG MARISTA

La Congregación de Hermanos Maristas ha creado una ONG (Organización No Gubernamental) que presta su ayuda en diversos lugares del Tercer Mundo, siempre dentro del espíritu de servicio propio de la familia religiosa fundada por el beato Marcelino Champagnat.

Los interesados en colaborar con esta institución pueden dirigirse a la sede de la calle Irati, 12. 28002 Madrid. Teléfono: (91) 563 74 02.